

# MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 15

50 Céntr.

ecbe



PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.

Ed. "Saturnino Calleja"

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.



# „PRESA“

LA CASA DE LOS SOSTENES

GRAN CORSETERÍA

FUENCARRAL, 72. :: Teléfono M. 48-00

MADRID

## VELLO

DESAPARECE  
INMEDIATAMENTE  
CON EL

## DEPILATORIO GVIDOR

INOFENSIVO E INODORO

ESTUCHE, 6 PESETAS

EN DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS

CONCESIONARIO: P. Suñer-Sicilia, 29. Barcelona.



### ¿LE GUSTAN A USTED MIS OJOS?

Uso la célebre pasta  
NORTEAMERICANA, núm. 55  
para embellecer las pestañas.

Nada mejor para embellecer los ojos y dar realce y brillo a la mirada. En forma de pasta muy fluida, su aplicación es fácil y cómoda, no irrita ni pica a los ojos, no ennegrece el lagrimal, no destiñe al frotarse o al reír, no forma grumos.

Riza, ennegrece y alarga las pestañas.

Frasco, ptas. 3,50 en las droguerías.

DEPOSITARIO:

JOSÉ CINTO. — RUIZ, 18. MADRID

## ESTABLECIMIENTOS

# MADAME X



**Madrid:** Travesía del Arenal, 2, esquina a  
Mayor, 8.

**Barcelona:** Paseo de Gracia, 127.

**Sevilla:** San Isidoro, 1, ent., esquina a  
Francos, 21.

**San Sebastián:** Garibay, 22.

**Vigo:** Victoria, 8.



FAJAS, CORSES, SOSTENES Y PANTALONES, TODO DE CAUCHO PURO :: SERVILLETAS ABSORBENTES :: PRO-  
TECTOR Y CINTURILLA DE CAUCHO PURO :: AJUAR PERIÓDICO :: DUCHA VAGINAL :: CURA FACIAL :: ME-  
DIAS DE CAUCHO :: BOTELLAS DE CAUCHO, ETC.

**MADAME X, Travesía del Arenal, 2 - MADRID**

# Fuera



# canas

Sin teñirlas  
ni arrancarlas

## Brillantina

## India

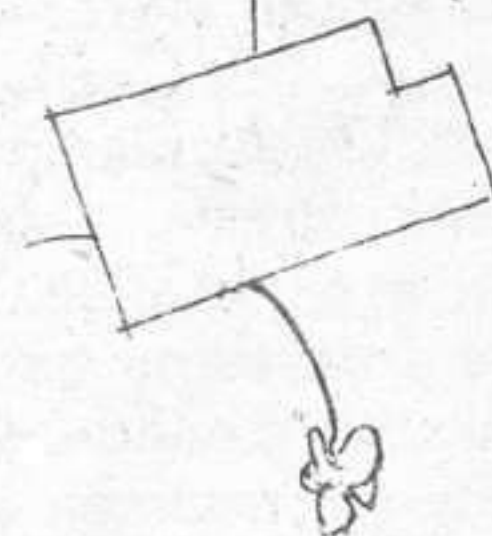
(Sin grasa)  
Gran invento

Producto antiséptico completamente higiénico, compuesto de raíces indias aromáticas. Único que SIN TEÑIR, y por consiguiente sin manchar ni perjudicar nada en absoluto, devuelve en pocos días a las canas su color primitivo o hace que no salgan si se empieza a usar antes de tenerlas. Por el nuevo procedimiento de proporcionar al cabello el jugo necesario, fortificando su raíz, evitando su caída y devolviéndole el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder su color y fuerza. Este producto ha sido premiado con medalla de oro y diploma de mérito en el Congreso de Higiene, por haber comprobado que es absolutamente inofensivo y de inmejorables resultados. Exíjase en la etiqueta la figura de la india, marca registrada. Precio en España, 5 pesetas frasco. De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor, José Barreira, calle Muñoz Torrero, 6. Madrid, y principales almacenes.



SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :-: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas  
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.

## Vistas de mujer



## Lola Bruguera y Medina



ALLO en la bella marquesita de Torralba de Calatrava, amén de sus dotes habituales de afabilidad, inteligencia y distinción, el nuevo encanto de una conversación, a la cual su reciente viaje a Italia presta un interés extraordinario.

En compañía de su madre, la marquesa de Borghetto, y del mayor de sus hermanos —son siete: tres chicas y cuatro chicos, cuyas edades oscilan entre tres y quince años—, Lolita Bruguera acaba de llegar de Roma, y me demuestra que pertenece a la rara categoría de personas que saben viajar, sacar de sus viajes un profundo provecho cultural y conservar de los mismos un recuerdo imperecedero.

En el patio luminoso y confortable del suntuosísimo palacio de los marqueses de Borghetto, Lola me enseña la colec-

ción de vistas que —viajera perfecta— ha tomado en la capital de Italia; y añade a la presentación de cada «foto» unas palabras de explicación, una leyenda, una anécdota histórica, menos quizá para mí que para rememorarse impresiones únicas.

—Esta es la pirámide de Caio Cestio; unos dicen que la mandó edificar, sencillamente, para que le sirviera de sepultura; otros, para refugiarse en ella los días de tormenta, que le inspiraban un pánico horrible; y parece ser que, dentro de su pirámide, murió herido por un rayo.

Aquí es donde está el Moisés, de Miguel Angel; dicen que al terminarlo, entusiasmado por la belleza de su obra y exasperado por su inmovilidad, la golpeó, gritando: «¿Por qué no te mueves?»





En esta casita estuvo San Francisco de Asís, mientras esperaba el permiso para fundar; en ella se ve todavía, admirablemente conservado, el corazón del beato Sezzé.

Este es el castillo de Santangelo. Fué edificado por Adriano; los Papas le hicieron basilica; debe su nombre a lo siguiente: durante una horrible epidemia, que diezmo la población romana, el Papa organizó una peregrinación imponente a las basílicas, y el último día de esta peregrinación apareció en lo alto del castillo un ángel, que, mostrando su espada, la envainó como promesa manifiesta de terminar la epidemia; ésta, en efecto, concluyó aquel mismo día. En conmemoración de este prodigio celeste, el Papa dió al castillo el nombre de Santangelo.

Siguen desfilando «fotos»: —La tumba de Cecilia Mettela, en la Vía Appia; las termas..., San Pedro..., la fuente de Trevi; en esta fuente todos los forasteros que pasan echan una moneda, y con esto se comprometen a volver.

—¿Usted la echó? —Yo, no; sólo me ocupé en hacer fotografías..., y, sin embargo, volveré.

—¿La gusta mucho viajar? —Mucho; pero si me dieran a elegir, entre conocer cualquier país nuevo, por interesante que fuera, y volver a Roma, escogería lo segundo. Ha sido para mí una impresión inolvidable.

—¿Han visto a los Reyes? ¿A Mussolini? —preguntó con curiosidad.

—A nadie; nosotros solamente hemos ido a ver al Papa. Su Santidad nos concedió una audiencia privada, cosa difícilísima de obtener. Estuvo amabilísimo con nosotros y, poniendo su mano sobre la cabeza de mi hermano, le prometió que rezaría por su porvenir.

Y añade con gran fervor religioso:

—He sacado de este viaje una nueva consolidación de mi fe cristiana y de adoración por la Santa Sede.

Ya ha desfilado por mis manos toda la serie de fotografías, en alguna de las cuales aparece—elegantísima silueta— la marquesa de Borghetto.

Pregunto:

—Como persona en quien es tan alta y refinada la afición a viajar, seguramente le gustará también la lectura, ¿no?

—Me gusta, sí —contesta la marquesita—, y mis preferencias van a los libros históricos. Ultimamente he leído con gran interés la *Historia de la Revolución francesa*, por Pierre de Nolhac; la *Encuesta jurídica sobre el asesinato de la familia imperial rusa*, por Sokoloff; *El trágico destino de Nicolás II y su familia*, todo ello en francés. Mis autores predilectos en español son Fray Francisco, Núñez de Arce, de éste, sobre todo, *El vértigo*, *La pesca* y *Raimundo Lulio*. ¿Conoce usted esta última obra?

Confieso mi ignorancia y de este modo saboreo el placer de oír referir a mi culta interlocutora la historia de aquel hereje empedernido que, locamente enamorado de una mujer casada, entró un día en la iglesia a caballo por verla.

—He visto abajo, en el *hall*—digo—, un harpa. ¿Es de usted? —No, de mi madre; antes tocaba admirablemente; ahora lo ha descuidado mucho por falta de tiempo. Pero a mí también me gusta la música; toco el piano y ahora estoy aprendiendo a cantar...

—¡Ah! —exclamó—, entonces si tuviera usted que ganarse la vida, ¿se dedicaría quizá al teatro?

—No; ¡eso nunca! —afirma con energía—; el teatro, según me han dicho, es un sitio muy peligroso, y por nada del mundo me arriesgaría en él. Como espectáculo, sí, me gusta mucho la ópera, sobre todo la italiana: *Rigoletto*, *Tosca*, *Bohemia*; en cuanto a la música de Wagner, me parece más propia para conciertos que para canto.

Añade:

—Me gustan las óperas que «se pueden ver», cosa que no siempre ocurre. Así, por ejemplo: yo tenía grandes deseos de oír *Thais*, cuya música me entusiasma, sobre todo la *Meditación*. Pero me resultaba desagradable presenciar una representación de esa índole; por ello, me fui una noche al Real,

en traje de calle, y me quedé durante toda la representación de *Thais* en el antepalco; de esta manera lo oí todo, sin ver nada.

—Lo cual es —concluyo— la mejor manera de oír música. Y el teatro de verso, ¿no la gusta?

—Sí; principalmente las obras de ambiente histórico por el estilo de: *En Flandes se ha puesto el sol*, y también las comedias finas y morales, tales como: *Hay que vivir*, que representaban el año pasado en el Infanta Isabel.

Y exclama con vehemencia:

—¡Odio el género de *astrakán* y los actores que quieren hacer gracia a fuerza de contorsiones groseras y chabacanas!

—Me ha dicho usted que no se dedicaría al teatro, a pesar de sus condiciones musicales; pero no me ha dicho a qué se dedicaría.

Queda un momento en suspenso.

—Nunca he pensado en ello —murmura.

Y tras de rechazar varias «proposiciones» mías (¿Modista? ¿Manicura? ¿Abogada? ¿Maestra? ¿Mecanógrafa?), exclama:

—Me dedicaría a la Medicina, o, cuando menos, me haría enfermera. Creo que tengo para ello disposiciones asombrosas; he presenciado

varias operaciones gravísimas sin inmutarme.

—¿Quién era el operador?

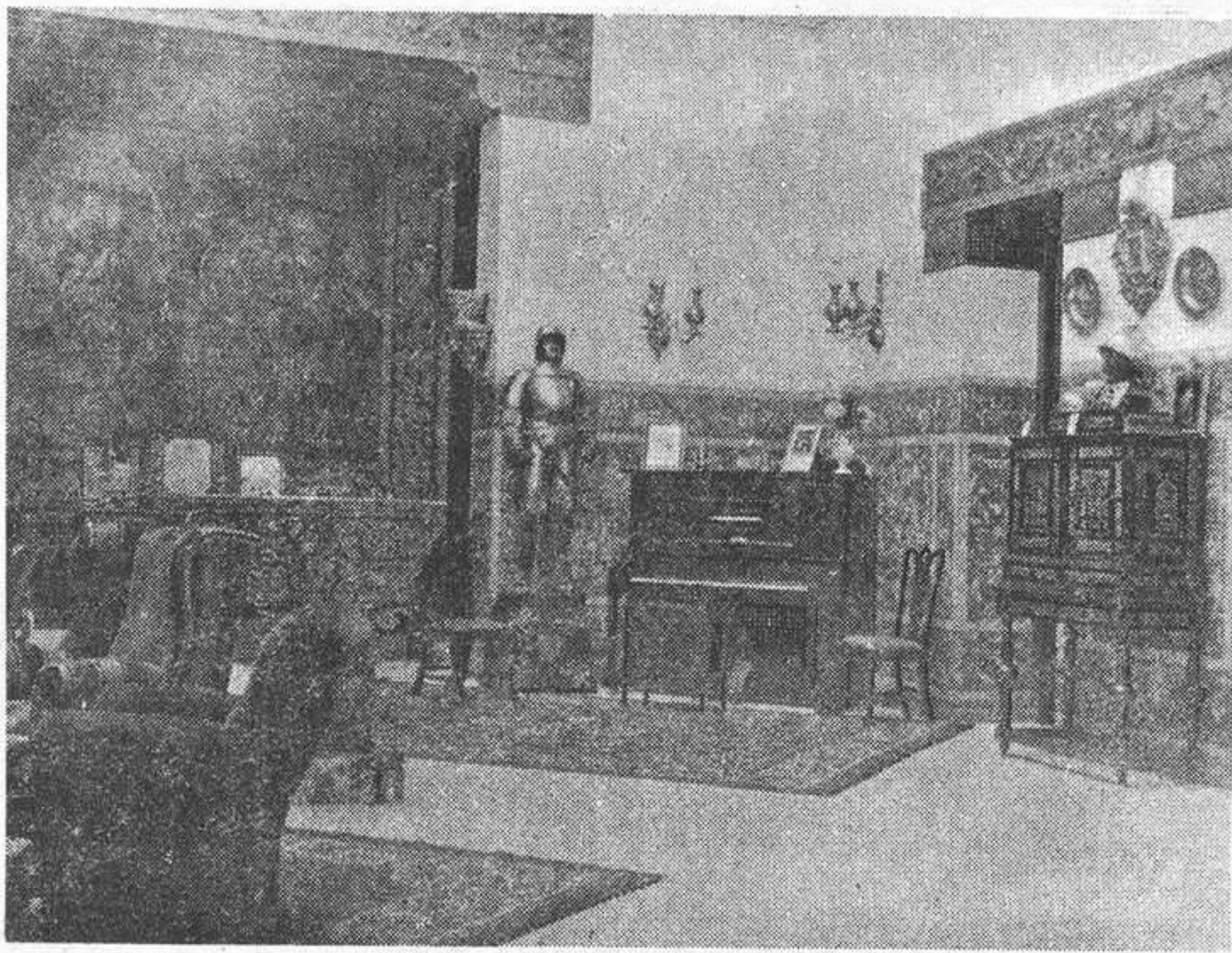
—Úrrutia, siempre. Es amigo nuestro y, lejos de poner obstáculos a mi presencia, le encanta esta afición mía...

—Afición nada común en una mujer, indudablemente. Veo que tiene usted una sangre fría admirable.

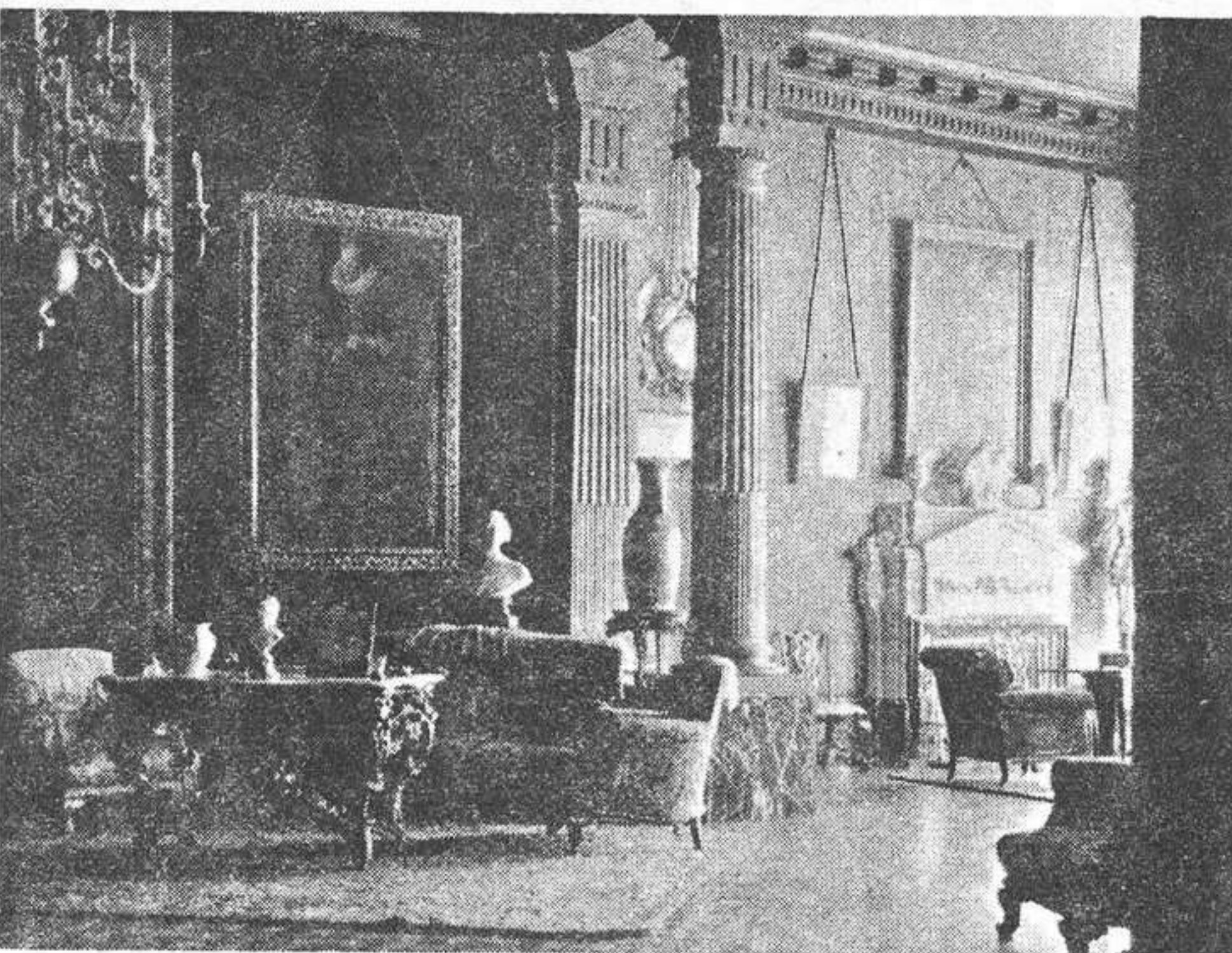
—¡Oh! —dice la marquesita—. La voluntad lo puede todo. Yo, cuando me propongo una cosa, la llevo a cabo, y ello no me cuesta esfuerzo alguno.

Y en la sencillez con que son pronunciadas estas palabras —toda una teoría de vida—, se refleja la singular energía, matizada de una piedad ardiente y minuciosa, que caracteriza la personalidad de Lola Bruguera y Medina, marquesa de Torralba de Calatrava.

CARMEN DE AVILA



El palacio de Borghetto. Un rincón del patio.



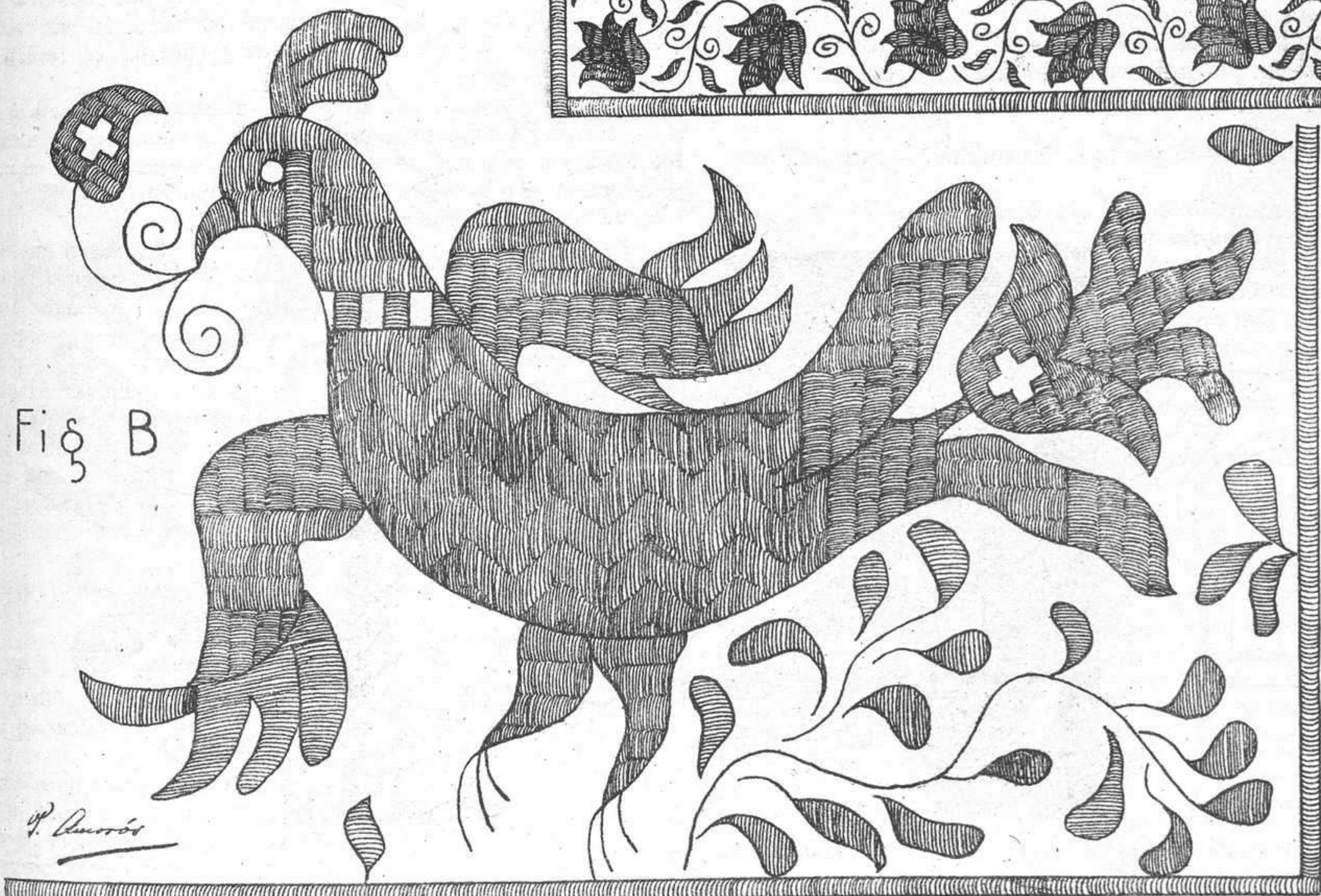
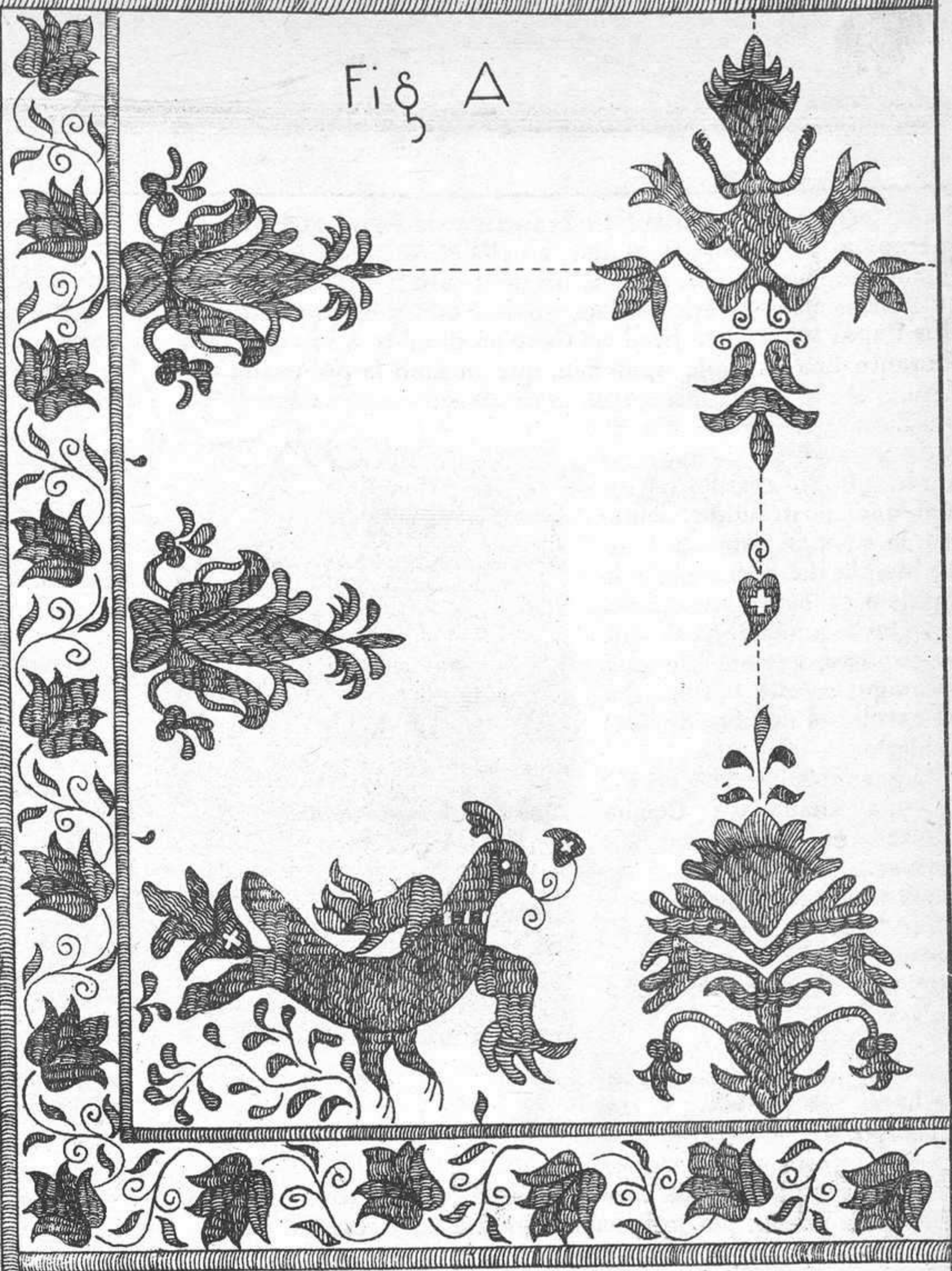
El palacio de Borghetto: El «hall».



# Los bordados Españoles en el siglo XVI



PRECEMOS hoy a nuestras lectoras un dibujo de bordado de estilo español del siglo XVI, cuya originalidad se hermana con su belleza artística, dentro de su carácter genuinamente nacional.



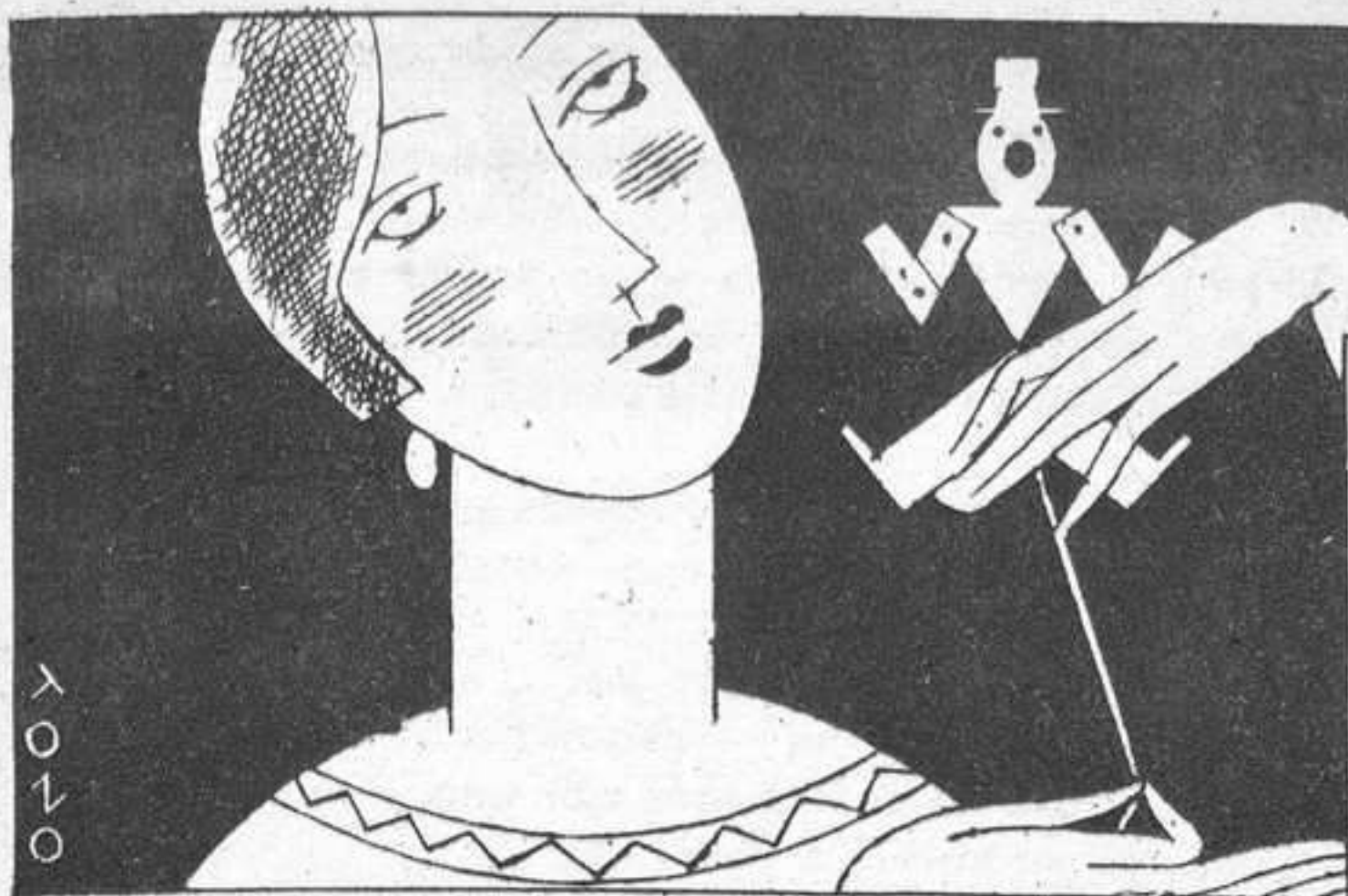
Arriba (fig. A), reducción de la cuarta parte de la labor; abajo (fig. B), y en la página siguiente, los diversos motivos que la componen, a su tamaño natural.

Este dibujo se borda con algodón perlé negro del número 8, sobre un lienzo de hilo bastante grueso, a punto largo, lo que ahora llamamos bordado al pasado. Las puntadas se dan en las direcciones que indica el grabado. El contorno de los dibujos se perfila a punto de cordoncillo. La labor se orla con un flequito de cinco centímetros de alto y del mismo algodón que el utilizado para bordar. Este fleco no debe cortarse al filo, es decir, que las hebras quedan dobles, como formando anillas de algodón muy juntas.









# MONINA

NOVELA

POR

CYR

(Continuación.)

—No me disgusta tener un marido protestante, y te confieso que hasta cierto punto me tranquiliza.

—Bueno, dime: ¿qué traje piensas llevar al baile?

—No lo sé aún; no tengo ninguno.

—Pues... ¿y el blanco de ramitos?

—Papá no lo encuentra bastante bueno. Este año será el baile en casa de los Tourvilles... ¡Será una cosa muy elegante!

—¡Ah, eso sí!

—Nosotros no les conocemos; es la primera vez que vamos a Tourville y no estaría bien que me presentase mal vestida, siendo tu abuela quien nos ha hecho invitar. Así es que papá me ha dicho que encargue un traje..., y me ha dado el dinero.

—¿Y qué vas a hacerte?

—No lo sé. Aconséjame, ¿quieres?

—Monina reflexionó profundamente unos instantes.

—Si tú quisieras, podíamos ir iguales. Haría muy bien.

—¿Cómo es tu vestido?

—No lo sé aún. Será... rosa. Claro que en crespón, muy sencillo. Falda recta, cortada como las de las bailarinas para no recargarla con festones. Tres faldas superpuestas del mismo largo...; sí, tres... para que esté vaporosa y no quede tirante... y formando grandes pliegues redondos; un cuerpecito fruncido, sencillo, con bulloncitos y muchas cintas; cintura de galón anudada por detrás con caracolas alargadas, y faldones largos también..., el galón ancho como la mano, no más.

—Hará muy bonito.

—Y a ti te sentará a las mil maravillas.

—Pero... —preguntó Juana tímidamente—, ¿no te molestará que vayamos iguales?

—Al contrario, me complacerá. ¿Quieres que hagamos aquí también tu vestido? Yo te lo probaré... y así estaremos más seguras.

—¡Qué amable eres! Otra, en tu lugar, no se ocuparía más que de ella sola.

—Dime, ¿y si escribiéramos para que mandaran mañana el crespón.

Y añadió, riendo:

—Al señor de Bernés, que me preguntaba ayer si no quería nada de Pont-sur-Loire, he debido encargárselo.

—Quizás le fuera molesto.

—¿Por qué? No es difícil comprar crespón rosa llevando una muestra.

La tía Rafut, que hasta aquel momento había cosido sin decir palabra, menudo y deprisa, levantó su cara rugosa de manzana pasada, diciendo:

—Y aún sin...

—¿Sin qué?...

—Sin muestra. ¡Ya lo creo que no le costaría ningún trabajo! ¿Quién sino él compra siempre las telas a la señorita Liseta Renaud?

—¿Liseta Renaud, la cupletista...? —preguntó Juana con vivacidad, mientras Dionisia, embebida en su labor, pareció no haber entendido.

—No, señorita —respondió la Rafut—; la otra, la ingenua.

—Sí; esa quería yo decir. ¿Y el señor Bernés, la conoce?

—¡Sí, la conoce...! Hace ya más de año y medio. Y de fijo no hay pareja mejor avenida.

—¡Ah! —dijo Juana, con interés—. ¡Es tan linda Liseta Renaud!

—Yo la he visto trabajar en *Mignón* y en los *Dragones de Villars*.

—¡Muy bonita! —confirmó la Rafut—. ¡Y formal, ya lo creo!

—¿Formal? —preguntó la señorita Dubuisson— pero...

—¡Ah, sí...! Claro que no es una señorita como usted; pero es formal, porque desde que está con el señor de Bernés no ha vuelto a mirar a ningún otro. Ni tampoco él, que es de una fidelidad conmovedora. Y eso que, como es buen mozo, no falta quien se le meta por los ojos; hasta señoras de la alta sociedad andan tras de él..., y mujeres de oficiales. La misma gobernadora, ¡qué más querría! Pero él, ni mira siquiera; no hace caso más que de su Liseta; y hay que ver cómo la trata. De fijo que si tuviese mayor graduación se casaba con ella..., ¡y muy bien que haría...!

—Juana —avisó Monina—, el primer toque para el almuerzo.

Y al salir, dijo en tono cariñoso, que apenas dejaba adivinar el reproche:

—¿Por qué dejas a la tía Rafut que te cuente cosas que tú no debes oír?

La joven enrojeció, y respondió, turbada:

—Por Dios, hija, no eran tan malas. Y aunque lo fuesen, ¿cómo quieres que la impida contarlas?

—Pues, muy sencillo: no respondiendo ni haciéndole caso, verás cómo se calla.

—Es verdad; tienes razón.

Y pasando el brazo alrededor de los hombros de Monina, Juana la abrazó, diciendo:

—Tú tienes siempre razón. Ya lo ves: a pesar de mi aspecto serio soy más aturdida que tú, y más débil, porque no sé resistirme a lo que me gusta...

—¿Y te gustaba?

—¡Mucho!

—Pero, ¡por Dios...! ¿Qué puede haber en eso de divertido?

—Mira, no lo sé. Pero soy curiosa y observadora, y esa historia me explicaba algo que ya había notado.

—¿Cuándo?

—Pues desde hace cuatro o cinco meses que salgo un poco...

—¿Y qué has notado?

—He notado que el señor Bernés no hace la corte a ninguna. Que no es apenas amable ni con las más bonitas; y estoy segura de que ni aún contigo ha ensayado el más insignificante chicoleo.

—Claro que no. Pero el que no se haya fijado en mí no quiere decir que con otras...

—No; la Rafut debe de tener razón. Y no me extraña, porque no puedes figurarte criatura más deliciosa que Liseta Renaud. Así, de tu tipo..., pero mucho más alta y menos rubia, con unos ojos preciosos y un talle flexible..., casi tan flexible como el tuyo. Me explico que la quiera de verdad. Además tiene talento y buena voz... de contralto. Estoy seguro de que te gustaría.

—No lo creas.

¿Por qué?

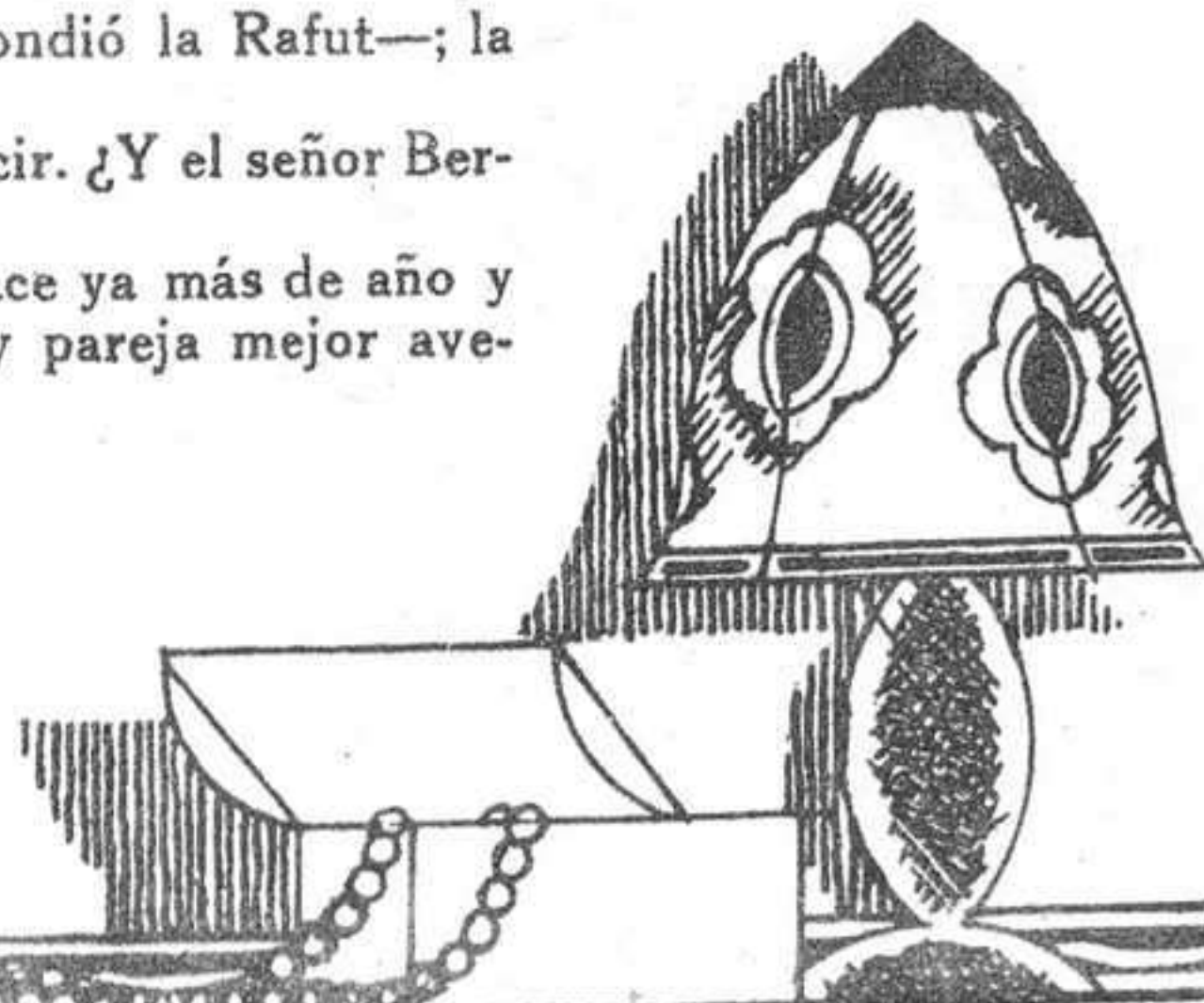
—No me gustan las cómicas, aunque representen bien. Eso mismo indica doblez, falsía.

—No, mujer; indica facilidad de asimilación y mucha sensibilidad, pero no falsía.

—Qué quieres, no lo veo de la misma manera, lo que no impide que, por excepción, la señorita..., ¿cómo se llama?...

—Liseta Renaud.

—... la señorita Liseta Renaud pueda ser una excelente persona, y así quiero creerlo. En cuanto al señor de Bernés...





—No te es muy simpático a ti el señor de Bernés...  
—¿Por qué? Me es indiferente; me parece un cualquiera.  
—No, mujer. Yo le veo a menudo en Pont-sur-Loire...  
Es muy inteligente, muy atento; y además, físicamente, está muy bien, ¿no te parece?

—Te aseguro que nunca he prestado gran atención al físico del señor Bernés.

Y Monina añadió, riendo:

—En cuanto le vea pondré en él todos mis sentidos y trataré de descubrir sus perfecciones... para complacer al señor de Clagny...

—¡A ese sí que le quieres!

—¡Oh, sí, ya lo creo!

—Lo he notado desde el primer momento; en cuanto llegué, me hablaste de él. Y ayer, cuando vino, estabas en tus glorias.

—Sí, mujer, ¡es tan bueno, tan amable conmigo!...

—Todo el mundo lo es.

—Todo el mundo es demasiado bueno y benévolo conmigo, ya lo sé. Pero el señor Clagny es aún mejor que los demás; le conozco desde hace tres días y ya no puedo pasarme sin él. Cuando le veo, me siento alegre, feliz, y querría que estuviera siempre aquí. Me gustaría tener un padre o un tío como él. ¿No te parece que produce esa impresión?

—¡Calla, mujer! A mí me sería imposible suponerme otro padre que no fuese papá. Tal cual es, le adoro. Quizá a los demás les parezca un poco ordinario mi padre, pero es mi padre. De todos modos, encuentro muy bien al señor de Clagny, y ha debido de ser encantador.

—Yo encuentro que lo es todavía.

Las dos muchachas llegaban al vestíbulo. Juana se aproximó a la escalinata:

—¡Qué calor! —exclamó.

Y mirando hacia la carretera:

—¡Mira, un mail! ¿Quién podrá venir en él?

—¿Quién ha de ser, mujer? El señor de Clagny —dijo Monina alegremente—. Había dicho a mi abuela que, de serle posible, vendría a almorzar.

—¡Y ha podido! —dijo ásperamente el señor de Rueille, saliendo del salón— se le ve demasiado por aquí desde hace tres días al señor de Clagny.

Y más ásperamente todavía:

—Habrán que creer que le gustamos mucho.

Al ver el tronco, que se detenía ante la escalinata, exclamó asombrado:

—¡Diantre, qué caballos!... ¡Y qué bien los guía!... ¡No cabe duda, nuestro hombre es simpático!...

Después del almuerzo se quejó Pedrito de que le dolían los pies. Era en la punta de los dedos donde sentía el dolor; y no sabía la causa.

—Yo sí la sé —apuntó Juan de Blaye—; que le están cortos los zapatos.

—¡Cortos!... —exclamó el señor de Jonzac—, ¡imposible!

Y después de un instante de reflexión, añadió, asustado:

—A no ser que le hayan crecido los pies.

Juan se echó a reír.

—Eso será, probablemente. De todos modos, se le doblan los dedos por la punta y se le montan unos sobre otros; estoy seguro. No hay más que mirarle los pies para darse cuenta. Todos llenos de bultos... parecen sacos de nueces.

—Voy a mandar que hoy mismo le compren calzado —dijo el señor de Jonzac.

—Creo, tío, que sería mejor mandarle a Pont-sur-Loire para que le tomen medida; allí debe de haber algún buen zapatero.

—Precisamente —dijo la señora de Bracieux— el señor obispo tiene que ir dentro de un momento a llevar una carta al señor obispo y esperar respuesta; podía ir con él.

—Entonces —dice Monina— que enganchen el ómnibus y también iremos Juana y yo de compras.

—¿Qué compras? —preguntó la marquesa.

—Por el pronto, crespón; crespón para Juana. Además, lápices y colores que me faltan... una porción de cosas.

—¿Quieren ustedes que les lleve yo? —propuso el señor de Clagny—. Tengo que estar en Pont-sur-Loire unas tres horas, en casa del notario. Entre tanto, ustedes van a sus tiendas. Y luego las traeré, pues me pilla de paso para la Noriniera.

—¡Qué felicidad! —dijo Monina, entusiasmada—. ¡Yo que nunca he ido en mail! ¿Quiere usted, abuela?

La señora de Bracieux parecía dudar.

—En Pont-sur-Loire vais a causar un efecto sorprendente, y me temo que no resulte muy correcto en señoritas...

Monina protestó:

—¡Abuela..., poco correcto viniendo el señor de Clagny!

—Viniendo conmigo —añadió el conde, cuyo semblante se en-

tristeció de pronto— no hay peligro; yo soy de confianza.

La señora de Bracieux respondió, sincera:

—Ya lo sé. Pero son tan malos en Pont-sur-Loire...

—Abuela —suplicó Monina—; no nos prive de este placer, en que usted misma no encuentra nada malo, a pretexto de lo que opinen los de Pont-sur-Loire, de quien tan poco se preocupa.

—Tienes razón, hija mía. Podéis ir, puesto que tanto os divierte y, como dices muy bien, ningún mal hay en distraerse así.

—¿Habrán un huequecito para mí?... —preguntó Rueille.

—Para usted y para más —respondió el señor de Clagny—. Hasta ahora no somos más que seis.

La marquesa se volvió a Bertrada:

—¿Y si fueras tú al cuidado de las pequeñas?

La señora de Rueille dijo, mirando a su marido, que bajó los ojos como contemplando atentamente el suelo:

—Pablo se cuidará de ellas muy bien.

Monina advirtió:

—Pido que no se salga antes de las tres, porque ya está aquí el señor Silvestre, que viene a darme la lección de acompañamiento... Ahora sube por la avenida.

La marquesa miró por la ventana y dijo:

—¡Pobrecillo! ¡A pie con este calorazo!...

—Siempre viene a pie, abuela.

—Cinco kilómetros no es gran cosa —observó Enrique de Bracieux.

Monina le replicó:

—Para ti, que los andas en coche, no.

—¡Bah... de caza se andan muchos más!

—Eso es muy distinto. Cazando se divierte uno. Si por mí fuera, haría volar en coche al señor Silvestre cada vez que viene.

—Si usted lo desea, le llevaremos hoy —dijo el señor de Clagny.

—Ya lo creo que quiero. Y usted es muy bueno al complacerme porque mi profesor de acompañamiento no es muy vistoso..., y no favorecerá mucho su mail.

—¿Cree usted que a mí me preocupa eso? Yo no soy un snob, Monina; de snob no tengo nada.

—Pero no es tan feo ese joven —dijo Juan de Blaye—; tiene unos ojos deliciosos..., de una pureza y de una dulzura extraordinarias.

Monina respondió, riendo:

—No me había fijado en ello. Aunque así fuera, no creo que se noten tanto los ojos en lo alto del mail. Lo que se nota es que va mal vestido: con un traje demasiado estrecho y muy ceñido. Y unos cabellos muy pegados también. Parece que se ha caído al agua.

Un criado anunció:

—El señor Silvestre ha venido.

—¿Han avisado a Josefina? —preguntó la marquesa.

—Sí, señora marquesa. Josefina está en el cuarto de la señorita.

Juana Dubuisson se levantó; pero Monina le dijo:

—No, no vengas. En cuanto hay alguien más que Josefina, no hago nada bien.

Al salir añadió:

—A las tres en punto estoy aquí, con mi sombrero..., y con el señor Silvestre.

Cuando Monina entró en su cuarto, Josefina, la vieja institutriz que había educado dos generaciones de Bracieux, trabajaba próxima a la ventana, mientras que en la sala inmediata el músico preparaba el atril y sacaba el violín de su caja.

Al ver a la joven, sus ojos, muy azules, se le aclararon aún más, volviéndose infinitamente pálidos en su semblante colorado. Era un mozo de veintiocho años, muy flaco, desmañado y bastante mal vestido; pero de fisonomía interesante en que se apreciaba un no sé qué de doloroso y simpático.

—¡Qué calor siente usted, señor Silvestre! —dijo Monina tendiéndole la mano—. ¿No le han dado aún nada a beber?

Acercándose a la puerta, llamó:

—Josefina, quieres decir que traigan..., ¿qué toma usted, señor Silvestre: cerveza, limonada, vino, qué?... No me acuerdo nunca...

—Limonada, si no la molesta. Es usted demasiado buena, señorita, molestándose por mí...

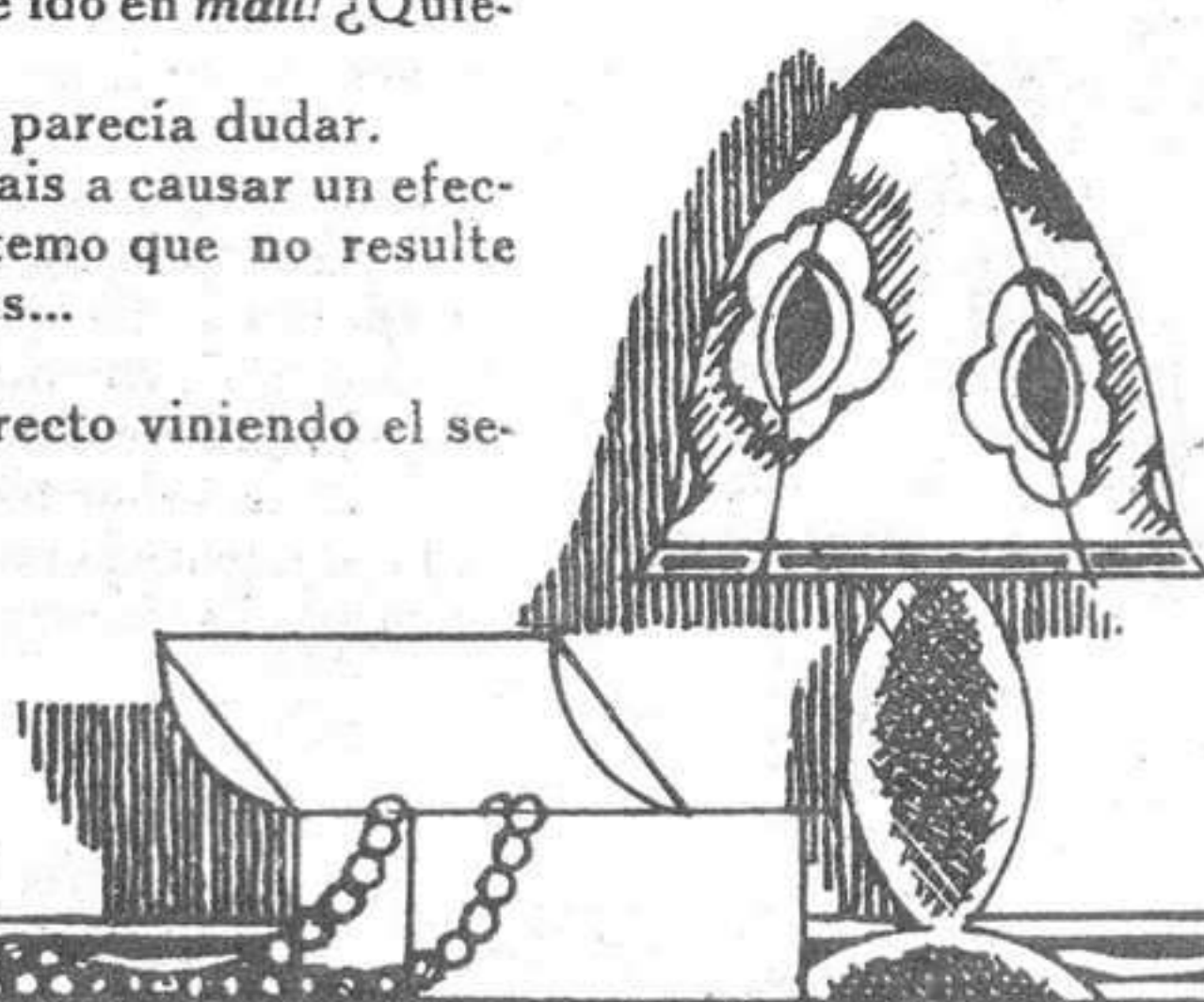
Dionisia le interrumpió:

—Va usted a reñirme porque se me ha olvidado traer de Pont-sur-Loire la música que me dijo.

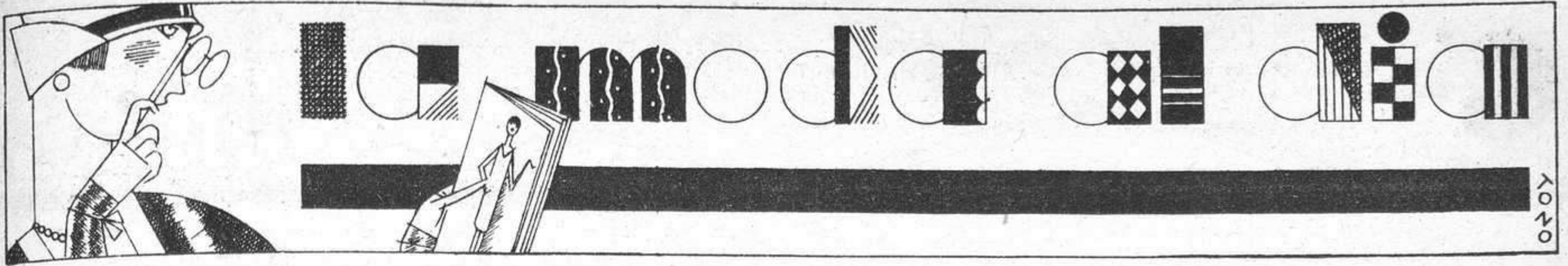
—Señorita..., ¡reñirla yo!

—¡Sí, reñirme; y hará usted bien! Vamos a ver, ¿qué tocamos? ¡Ah...! Se me olvidaba: ¿Quiere usted sentarse al piano y acompa-

(Continuará en el número próximo.)







Sección compuesta y redactada en París bajo la dirección de Madame Martine Renier redactora Jefe de la Moda en FEMINA de París

## LOS GRANDES MODISTAS

LOUISE BOULANGER

PATOU

*Abajo, vestido de terciopelo subrayado de trencillas y de una línea muy feliz. El «sweater» se abrocha por delante. Lleva un cuellecito recto y anchos bolsillos cuadrados bajo los cuales se inician los dos estrechos canelones que dan vuelo a la falda.*

*Este invierno, «Patou» manifiesta una gran predilección por los tonos púrpura y «ciruela». He aquí —abajo, a la derecha— un vestido de «crepe satin» color «ciruela», recto por detrás y ensanchado por delante. Del escote, en pico, cae una larga chorrera «en forma».*



PATOU

MARTIAL ET ARMAND

*Muchos vestidos de «Patou» van adornados con una chorrera. Este modelo es de terciopelo verde muy flexible y lleva una túnica con canelones postizos. El cuerpo cruza por delante, según un movimiento que parece que está muy en favor en las colecciones de entretiempo.*

*Modelo de trajecito sencillo, según lo entiende «Martial et Armand». Es de «reps» palo de rosa con una franja de «renardeau», y forma en el centro una ancha tabla hueca. El cierre, por delante, resulta, bastante original. Cuellecito vuelto.*



59 dolh  
es pulda 55



Mujer



WORTH

*El abrigo elegante por excelencia de este invierno. Es de terciopelo castaño con un alto zócalo, cuello y puños de «renard» de un tono «beige» sonrosado que parece armonizar con el de las medias de seda. Estos adornos de pieles se hacen mucho también para abrigos de «drapella» negro.*

DRECOLL

*Traje encantador, a la vez «de vestir» y fácil de llevar. Es de terciopelo gris ratón con un gran «panneau» orlado de «ranard» negro. La echarpe, muy larga, empieza al lado izquierdo del escote, da la vuelta alrededor del cuello y llega, por delante, más abajo que la falda.*

PATOU

*Traje de mañana de «reps» verde. Tiene, por delante, una tabla muy profunda y, a los lados, bolsillos colocados al biés. El cuerpo va abierto por delante —una estrecha solapa orla esta abertura— sobre un encantador chalequito de crespón de China, festoneado.*





## MARTIAL ET ARMAND

*Vestido de terciopelo con un grueso canelón a un lado. El cuello y las solapas llevan incrustaciones de cuero dorado. En lugar de la corbata, un grueso pompón de piel pone una notita original.*

## ALICE BERNARD

*El vestido de terciopelo gris de «Alice Bernard» es un poco menos sencillo que el de «Martial et Armand». El vuelo nace bajo un grupo de pliegues respunteados colocados más alto por delante que por detrás. El cuello, bordado, se abre sobre un chaleco plano.*

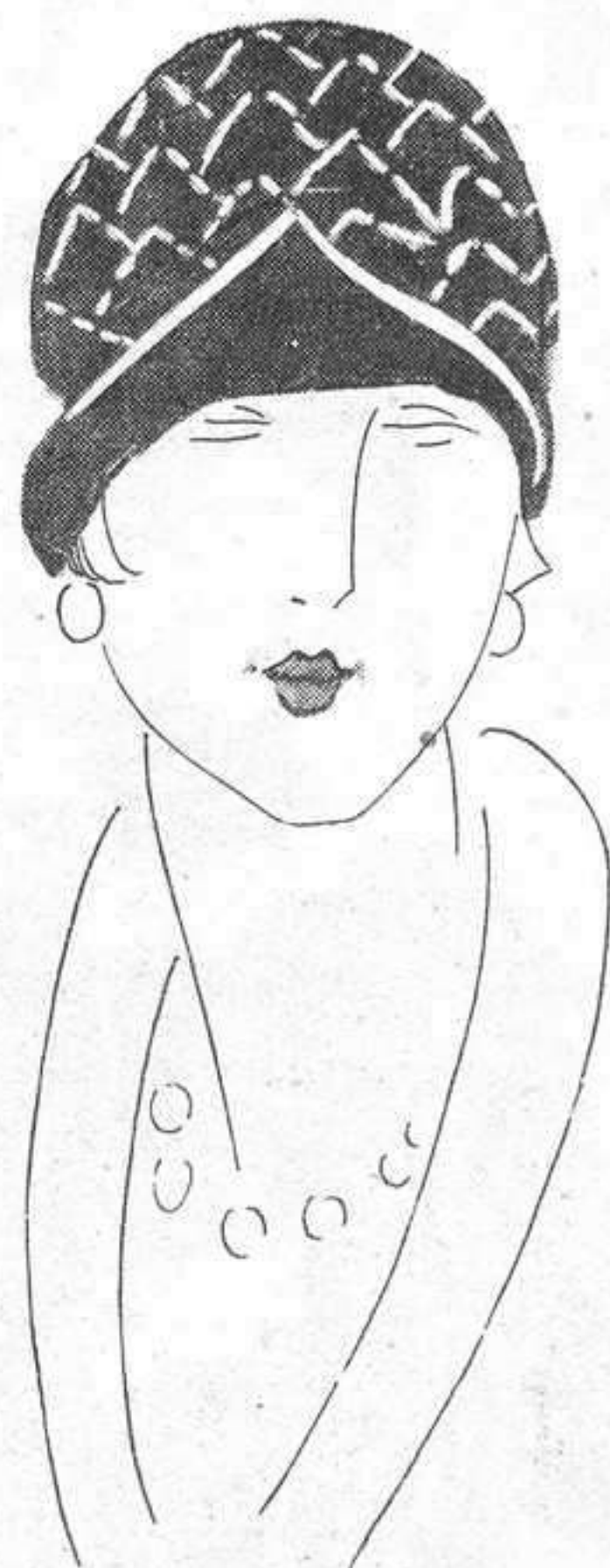
## CHARLOTTE

*En el centro, vestido de «crepe satin» utilizado por ambos lados. La parte superior de la túnica «en forma» está hecha por el lado mate, y la de abajo por el lado brillante. La echarpe de raso del escote va prendida por una rosa de oro.*





# COMO SE HACE VN SOMBRERO DE TERCIOPELO PESPUNTEADO



*Para las caritas juveniles, de facciones graciosamente irregulares, puede añadirse al sombrero la nota de fantasía del ala partida, en el centro, en la forma que indica este grabado. Pero debe cuidarse de no volver el sombrero exactamente sobre la frente, porque entonces difícilmente favorece.*



*Este ala, festoneada, va subrayada por un cordoncillo cubierto por un vivo de terciopelo. Es difícil de ejecutar, y no se lo aconsejo a las modistas novicias. Conviene limitar en lo posible el propio esfuerzo.*

*Este sombrero me parece más fácil de realizar que el anterior. Podéis, si gustais, confeccionaros varios tocados de este estilo en diferentes tonos. Formarán, con vuestros trajes, lindos conjuntos.*



*En este modelo—a la izquierda—el terciopelo no está respunteado, sino «boutononné»; la copa, en estos casos, se hace absolutamente flexible, y puede plegarse a voluntad con una aguja. El ala es flexible también.*



ON el terciopelo respunteado, se hacen unos modelitos encantadores, nada frágiles, fáciles de poner y agradables de llevar, gracias a su flexibilidad y su ligereza. Los respuntes, paralelamente dispuestos, formando listas, cubren todo el sombrero o solamente parte de él; por ejemplo, la parte superior de la copa, o parte de ella, en su alrededor, o el borde del ala, dejando espacios libres entre los grupos de métricos o de fantasía.

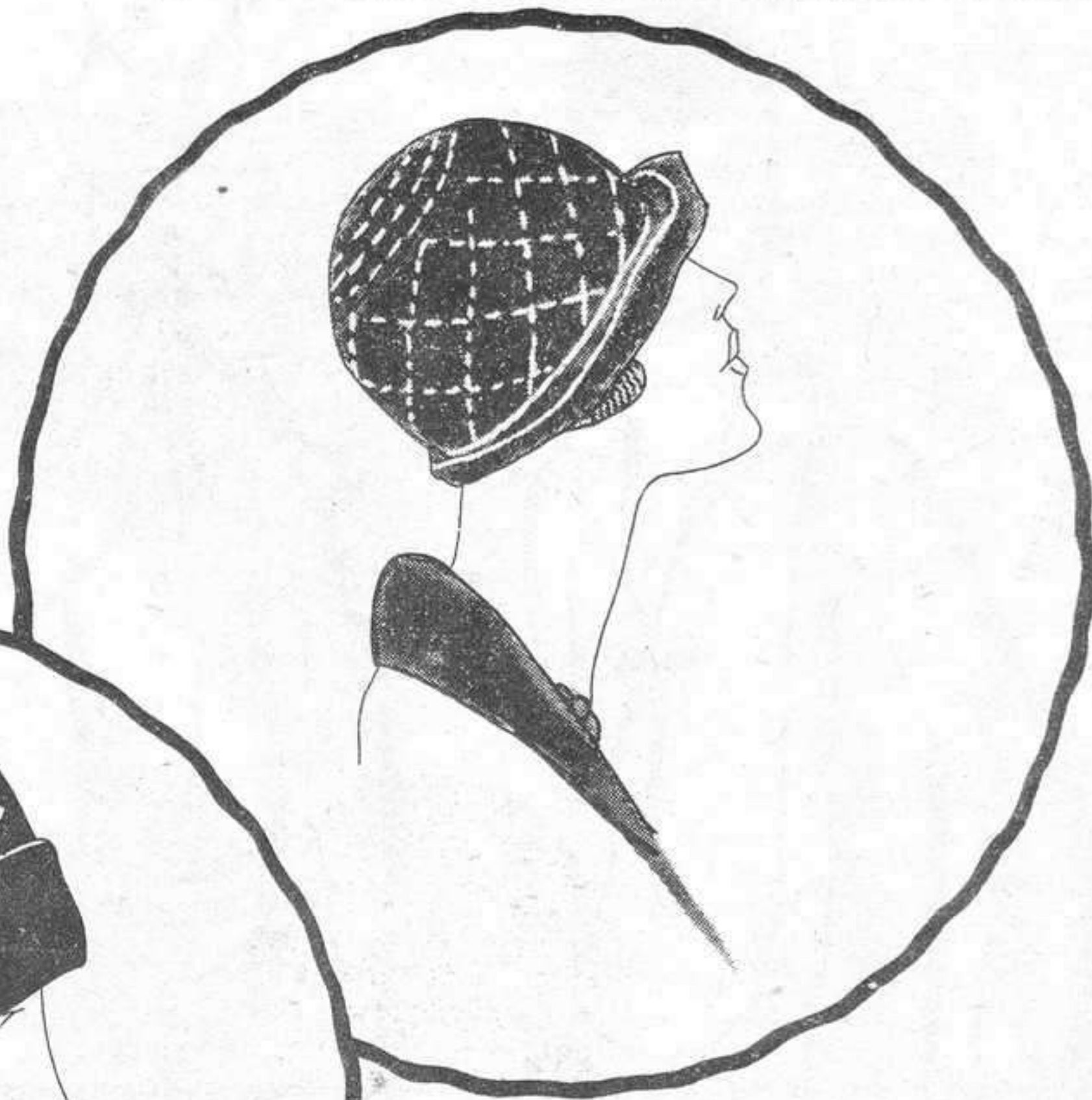
Se hacen en el mismo tono que el sombrero con cordoncillo de seda de un grueso regular, o con hilo metálico; a veces —pero pocas— los respuntes forman contraste, por su color, con el tono del sombrero.

Para estos sombreros, pueden emplearse toda clase de terciopelos; el de seda, especial para sombreros, el *chiffon*, generalmente utilizado para vestidos (éste con la condición de que no sea excesivamente fino), y la pana inglesa, que ofrece la gran ventaja de no ser muy frágil. La copa se divide en sectores, o se hace con





*Este sombrero favorece mucho porque deja ligeramente en sombra los ojos. Va adornado con una cinta de «gros grain» claro, del mismo color que los respuntes, que no le resta nada de su flexibilidad.*



*Los respuntes forman aquí un bonito dibujo. He visto este mismo efecto reproducido en un sombrero de viaje, de «kasha», que era de un tono igual al del abrigo y tenía un ala estrecha, de cuero.*

*Vi, recientemente, en un teatro, a una preciosa mujer que llevaba este sombrero de «lamé» de oro respunteado, acompañando un «sweater» de «lamé» de oro con una falda de terciopelo castaño.*



un *bandeau* cortado al biés y cerrado con una costura, y con un fondo ovalado o compuesto de sectores en forma de gajos. He aquí el procedimiento que debe seguirse para hacer un modelo de copa recta.

Para hacer la copa se corta por una parte en terciopelo, por la otra en crudillo: primero, un óvalo de 18 por 20 centímetros, y segundo, una tira al biés de 15 por 60 centímetros; se deja un centímetro más para las costuras.

Se empieza por hacer la copa en crudillo, a fin de comprobar las dimensiones; para ello se cierra el biés de crudillo con una costura al hilo, o sea atravesada; se señalan los cuatro lados en la parte de arriba de este *bandeau*, y también en el borde del óvalo, y se estira ligeramente, en sentido de altura, la parte de arriba del *bandeau*; se da forma al óvalo sobre el molde, como suele hacerse ordinariamente con los cascos de *sparterie*, pero en este caso no se moja el crudillo, porque éste toma fácilmente la forma. Luego se juntan, con una costura, la parte de arriba del *bandeau* y el borde del óvalo, cuidando de que coincidan las cuatro señales que se hayan hecho en ellos para marcar los cuatro costados.

Probáos entonces la copa, y rectificadla en caso necesario; para ello, se descose la pegadura de ambas piezas; luego, se cose definitivamente la que forma el *bandeau*.

Se coloca el óvalo de terciopelo sobre el óvalo de crudillo, y se monta con esmero; para ello se señala exactamente con un hilván el sitio de la costura del borde y, a un centímetro de esta señal, se ejecuta el primer respunte; a un centímetro de este respunte se hace otro, y se sigue así hasta cubrir todo el óvalo. Debe apretarse ligeramente la tensión del hilo para hacer los respuntes que están más cerca del borde y aflojarla luego, a fin de ir dando al fondo una forma algo abombada.

El *bandeau* de terciopelo se cierra con una costura; se coloca sobre el de crudillo y se cose como el óvalo del fondo, señalando asimismo con un hilván el sitio de la costura del fondo. A un centímetro de esta señal se hace el primer respunte; luego, otro, un centímetro más allá, y así, hasta abajo del *bandeau*.

Se unen entonces el *bandeau* y el fondo con una costura.

Para el ala, se corta un biés de terciopelo y otro de crudillo, de idénticas dimensiones: 70 por 15 centímetros. Cada biés se cierra separadamente; luego se coloca el de terciopelo sobre el de crudillo, se pegan uno a otro con una costura en el centro y se doblan los dos tejidos juntos sobre esta armadura.

Se estira cuanto sea posible el borde exterior del ala; el que ha de rodear la cabeza se estrecha, por el contrario, con un hilo de frunces; los respuntes se ejecutan aflojando el tejido en su borde exterior y comprimiendo la tensión hacia el interior.

Antes de unir el ala a la copa, se dobla la parte inferior de esta última, dejando dos centímetros más por delante que por detrás, a fin de que la copa resulte más alta por delante. Se coloca la copa sobre el ala, cuyas dimensiones se disponen según la fisonomía propia.

Por lo general, suelen favorecer los bordes más anchos por delante y a los lados, y más estrechos por detrás.

*Este es el clásico sombrero de terciopelo respunteado; va acompañado de una echarpe de idéntico terciopelo, respunteada en su parte inferior. Estos conjuntos gozan actualmente de un gran favor.*





Combinando el crespón de China liso, con el crespón labrado, se puede hacer una blusa de vestir, propia incluso para un almuerzo en sociedad. Esta blusa se hace bastante larga, con las manga cortas.



Blusa sencilla para diario. Es de crespón labrado, azul y blanco, con un chaqueto blanco subrayado por un vivo azul. Cinta de raso azul oscuro en el cuello redondo.



El primero de estos dos modelos es una blusa de «china crepe» estampado, con un faldón plisado. Entre dos capas de crespón pasa una cintura de cinta que cierra por delante con una hebilla estrecha. Una cinta igual forma el cuello. El segundo modelo es una blusa de «toile» de seda para deportes.



El sweater ha vuelto a poner las blusas de moda, y se ve actualmente una gran variedad de ellas. Por las mañanas, el colmo de la elegancia consiste en la blusa de fino jersey de lana, sin adorno alguno. Se hace escotada en pico, o cerrada con un cuello recto y abotonado. Esta blusa, muy sport, goza de una boga extraordinaria; se hace en beige, en verde oscuro o en gris hierro. Se lleva con una falda plisada en kasha o en charmelaine.

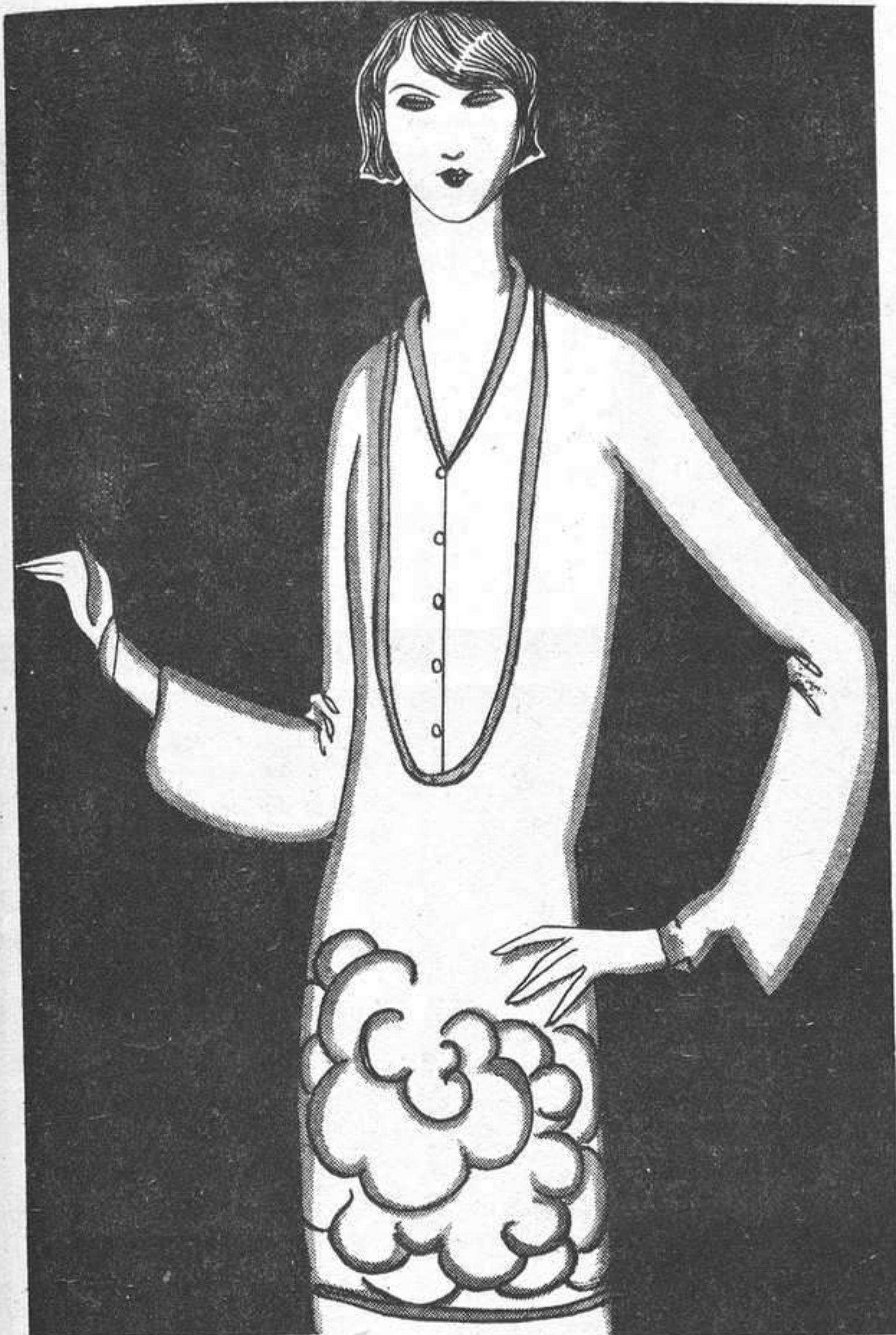
Para el «golf», Hermes acaba de crear unas blusas muy flexibles, de antilope, con dos anchos bolsillos cuadrados; estas blusas resultan muy prácticas.

Las blusas de más vestir son casi siempre de crepe satin; se utiliza en ellas el tejido por el revés y por el derecho, y se forman así dibujos apenas visibles. He visto en la casa Martial et Armand una blusa de ante con dibujos calados que semejaban un bordado a la inglesa, muy moderno, y largas blusas-túnicas adornadas con triángulos de tejidos multicolores incrustados en el crepe satin. Este género de bordados tan modernos me parece precisamente más adecuado para las blusas que para un vestido. Las excentricidades hastían pronto, aun cuando sean bonitas.

También las largas casaques de muselina de seda plisada son encantadoras y pueden hacer que un vestido muy sencillo resulte de «mucho vestir».

Conozco una elegantísima mujer que posee un fourreau «en forma» sobre el cual puede colocar, a voluntad, un pequeño sweater de oro, una casaque de raso color mastic, otra de crespón de China verde rabioso, bordado en negro, y, por último, un largo blusón bordado con flores negras y grises, de un efecto muy decorativo.

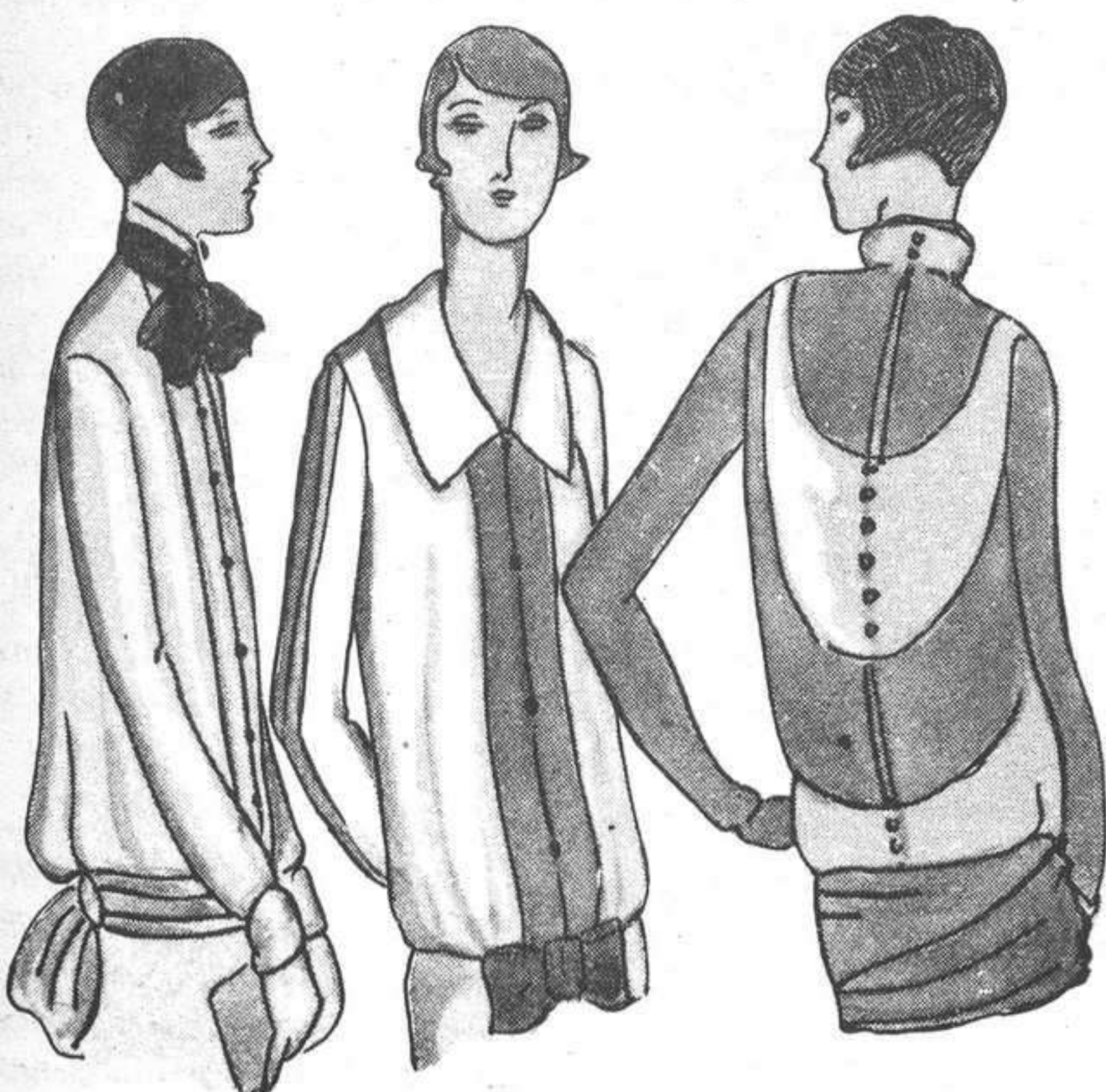




De las tres blusas que aparecen abajo, a la izquierda, la primera, de forma «chemisier», es de crespón de China y tiene un cuello alto con una ancha corbata de raso.

El modelo que figura en el centro del grupo es una blusa sencilla, cuyo chalequito, de quita y pon, está formado por una ancha cinta de terciopelo azul.

El tercer modelo —abajo— es una blusa hecha con dos tejidos incrustados. Puede hacerse en dos colores; pero esto me parece algo llamativo. Prefiero la combinación de mate y brillante.

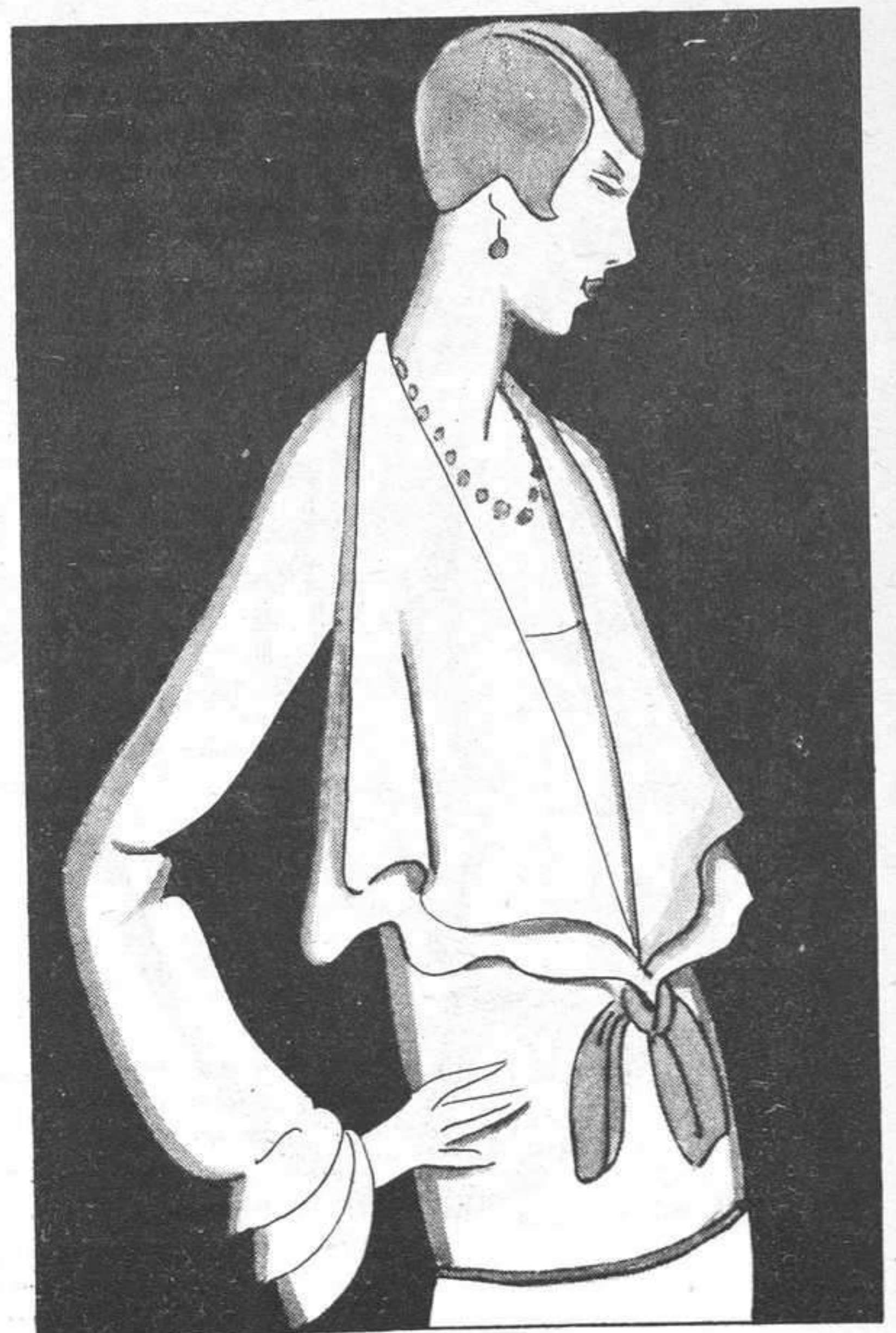


Blusa de crespón de China blanco, adornada con una ancha cinta de raso verde que pasa por unas gruesas argollas cubiertas de cordoncillo de seda blanca. Cintura y puños verdes.

Más sencilla que la anterior es la blusa de crespón, estrechada por delante merced a unos pliegues rectos. Una cinta de «faille» o de «gros grain» forma el cuellecito recto, la corbata y cintura.

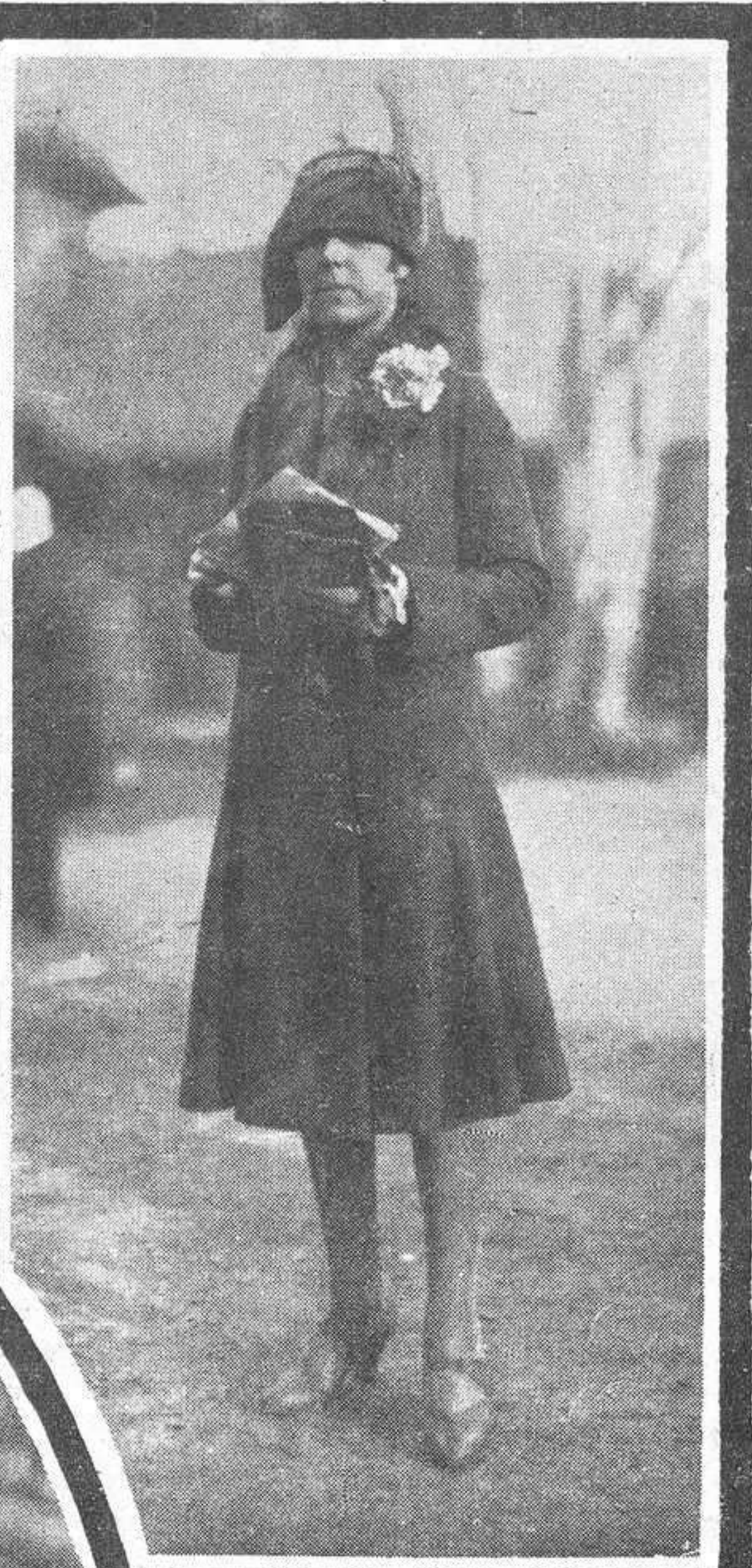
Elegantísima blusa de «crepe satin» blanco, bordada en «beige» y gris, según unos dibujos muy modernos.

Las anchas solapas onduladas vuelven a estar de moda. Son sumamente graciosas, sobre todo cuando son dobles y en tejido muy ligero, y cuando las lleva una mujer esbelta.





# LA MODA EN EL BOIS



*Para el paseo matinal, la levita clásica sigue en boga. Los costados se adornan con botones o con tablas. Este sombrero, de tamaño «mediano», es de fieltro «beige», adornado y ribeteado con una cinta de terciopelo castaño claro.*



*Una de nuestras pieles predilectas es el astrakán gris. Es sólido, su tono está muy de moda y forma hermosos pliegues algo rígidos, pues no se le trabaja con la misma facilidad que otras pieles.*

*A la izquierda, la ya clásica levita con canelones. El sombrero, de terciopelo «drapé», color palo de rosa, es interesante.*

*Vestido creado por «Premet», algo primaveral ya. Es de «crepe satin» mate con un jaretón de crespón brillante. Unas solapas de crespón continúan la línea del cuellecito blanco.*



# Y EN LONGCHAMPS

*Abrigo de foca adornado con «renard» negro. La piel, lisa y muy moteada de la foca, parecía reservada, hasta ahora, a las prendas de «sport». Este invierno la vemos utilizada también para abrigos de calle.*

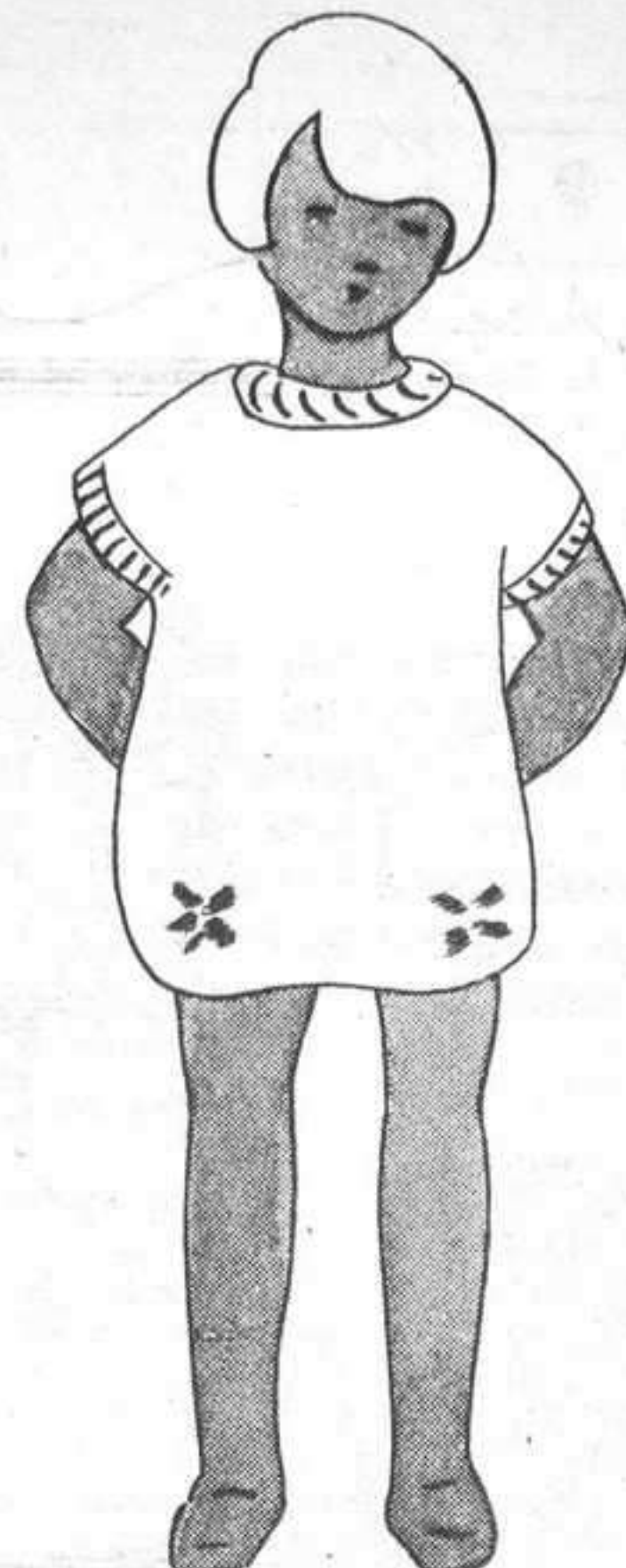
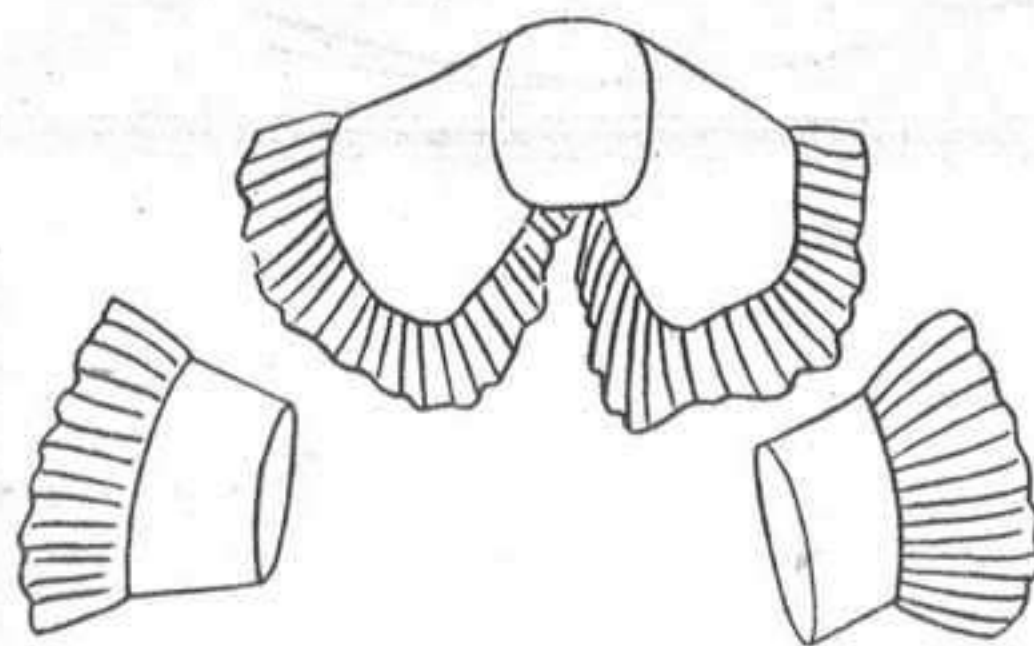
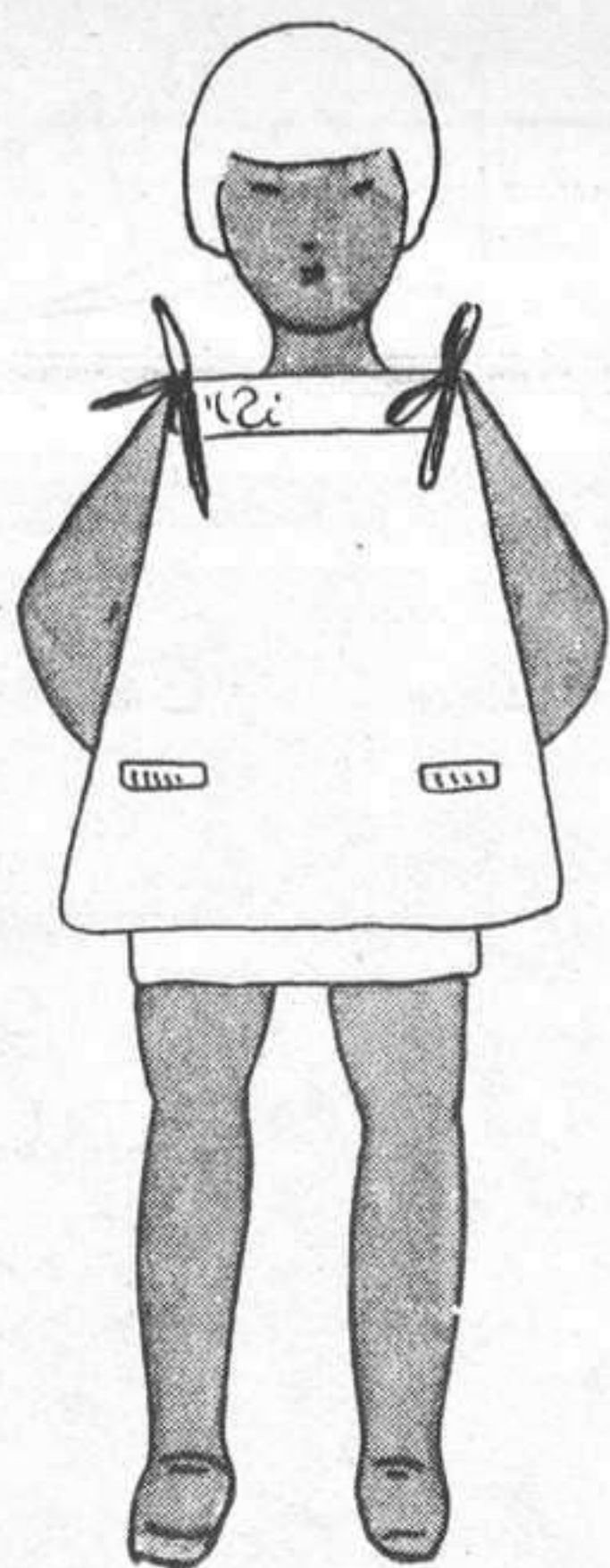


*A la derecha, en el centro, la elegante madame D. luce un abrigo de «Jenny», de piel de gacela, abierto sobre un vestido de crespón de China. La corbata es de terciopelo castaño.*

*Abrigo de «Chanel», muy envolvente y muy cruzado. Es de terciopelo negro adornado con chinchilla, y su aspecto es a la vez elegante y suntuoso. El conjunto, desde el sombrero afelpado hasta las travillas de los zapatos, es impecable.*

*A la izquierda, abrigo —creación «Jenny»— de ratina «beige», adornado con galones en relieve dispuestos en cuatro hileras y formando un dibujo. El cuello y los puños son de «renard».*





## MODA INFANTIL

*Los delantales de los pequeñuelos son de una gran diversidad de forma. Daremos, en breve, el dibujo del bordado a punto de cruz, que permite hacer este modelito de una manera original.*

*Trajecito de pana blanca, orlado con una gruesa trencilla negra y blanca, y adornado con dos motivos bordados en lanas multicolores y subrayados con lana negra.*



*A bajo, chaquetita de pana, a la vez encantadora y práctica. Para que abrigue más se la puede «guatear»; se lleva con cualquier trajecito plisado, y resulta muy bonita en negro.*

*A bajo, a la derecha, vestido plisado muy menudo, con dos volantes en su parte inferior; va pegado a un canesú formado por tres hileras de encaje fruncido. Este encaje puede, en rigor, sustituirse con tiras de tul «point d'esprit».*



*Este trajecito, que cierra a un lado con una pequeña lazada, es fácil de confeccionar y resulta muy mono.*

*He aquí, en el centro del grupo, un modelito de crespón de China o de «charme-laine», fruncido a los lados con frunces panal.*

*Cualquier vestidito recto de pana «cotelé» resultará gracioso si se le añade un cuello blanco y una amplia corbata.*





**T**rajecito para mucho vestir, fruncido sobre un borde de piel; las mangas son cortas; ancha franja de encaje en el bajo.

**Chaquetita de terciopelo estampado, bordeada de terciopelo negro, de una gran originalidad.**

**E**ste blusón de lana, hecho a punto de «liga», va graciosamente adornado con un cuello de seda rosa o azul, del mismo punto, y que forma un largo pico por detrás. Los puños también son de seda de color.

**P**ara una niña de cinco a seis años, tiene mucho «chic» este vestido de punto de fantasía, horizontalmente listado. Se hacen actualmente tejidos de punto multicolores de una gran variedad de puntos y de colores.

**E**l «jersey» en dos tonos es encantador para un nene; pero es preciso elegir los tonos con cuidado. He visto este modelito en verde claro y verde oscuro, y en rosa y rojo, lo cual le restaba toda vulgaridad.



**L**as formas de sombreros pequeños para nenes de tres a seis años son numerosas. Este gorrito, de cuatro o seis picos, es precioso; se hace en punto, en «zennanas» o en terciopelo con un borde de piel. También he visto estos días en el «Bois» a una niña que llevaba una amplia «cloche» con dos bridas de ancha cinta de raso, que se anudaba a un lado, y un hermoso nene moquetado con el gorro de alta copa y «bayoleit», de los antiguos grabados ingleses.

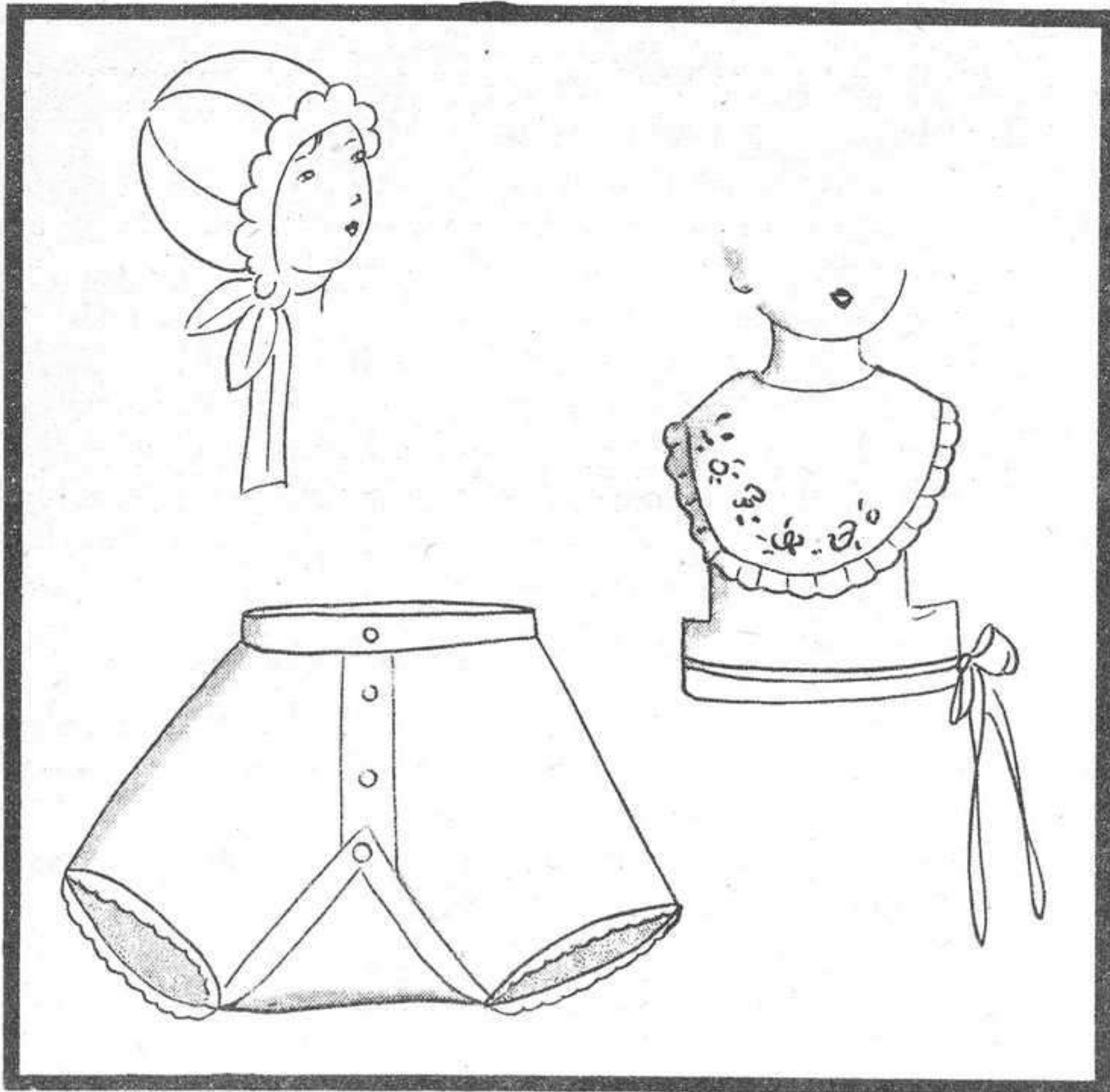




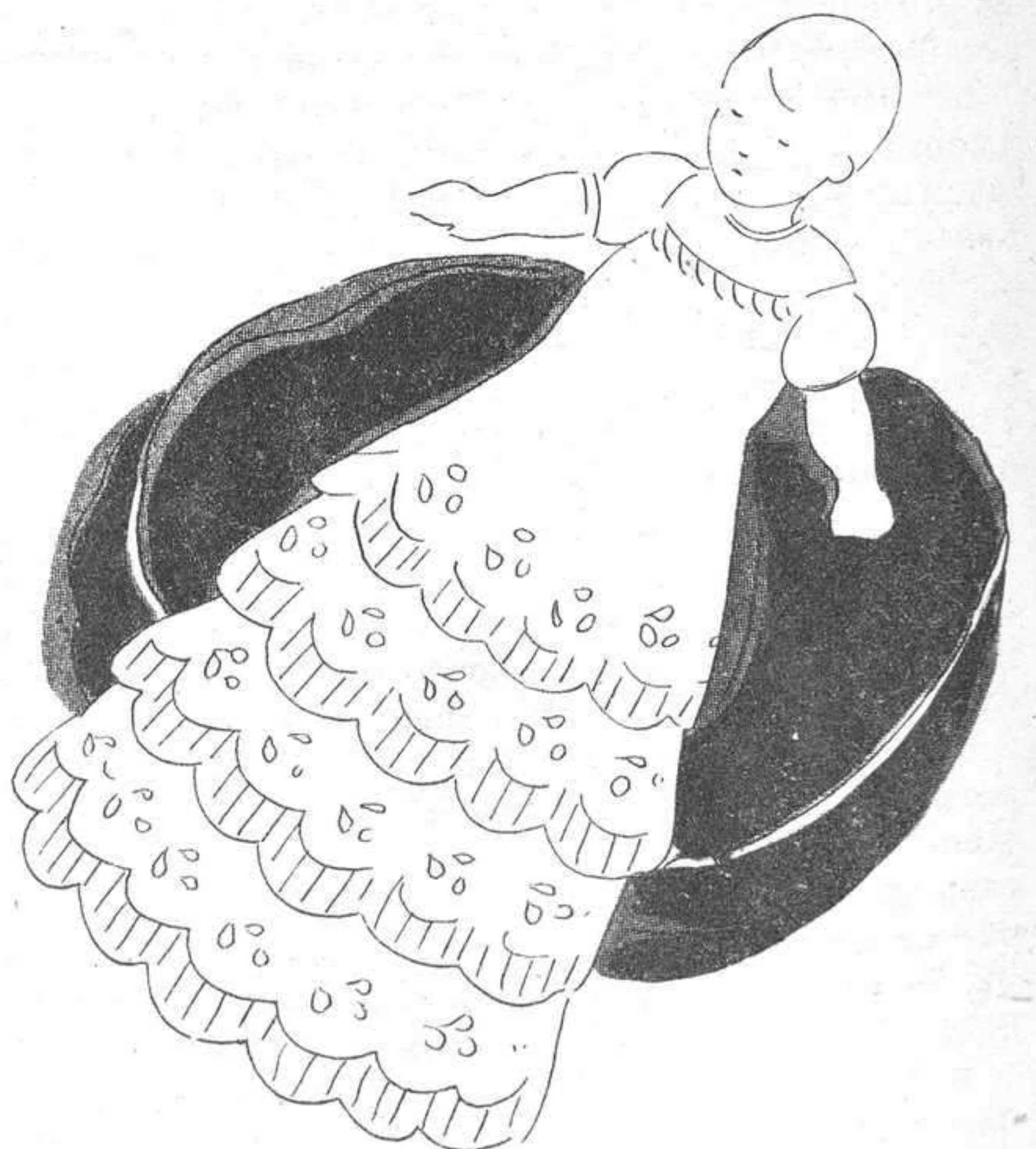
Vestido de niña, que parece copiado del de una persona mayor, sin dejar por eso de ser sumamente gracioso. Se hace en reps o en «charmeline».

A la izquierda, otro gabancito de terciopelo, bordeado de conejo blanco; estas prendas son ahora muy estimadas.

Vestido de crespón de China blanco; un vivo subraya los festones del bajo, y una cinta de terciopelo castaño muy claro bordea el cuello y los puños.



El faldoncito de cristianar es la única prenda que conserva la solemnidad de antaño, y sigue adornándose costosa y profusamente. Este modelo es de tul, bordado con volantes orlados de encaje. Otros se hacen en muselina con un delantal plisado, que es de un gran efecto y en el que perdura un pequeño carácter de otros tiempos. El cubrefaldón de «zenanas» goza actualmente de un gran favor.







## LOS CUIDADOS DEL CABELLO

UNO o dos lavados de cabeza al mes son suficientes para los cabellos femeninos. Las que tienen el pelo grasiento pueden, en rigor, lavárselo una vez por semana. Estas últimas deben utilizar jabón líquido, que haga mucha espuma, y aclararse luego con agua caliente, en la cual, caso de que el pelo sea realmente muy graso, pueden añadir un poco de carbonato de sosa o un poco de amoníaco. Pero deben usarse con gran moderación estos alcalinos, pues secan demasiado y hacen el pelo quebradizo. Monsieur Sabouraud ha demostrado que el abuso del enjabonamiento y el uso reiterado de los alcalinos provocan en el pelo pequeñas nudosidades (esto es lo que los peluqueros llaman «enfermedad de la perla», y cuyo nombre más sabio, si bien menos poético, es «tricorrexia nudosa»). El pelo acaba por quebrarse al nivel de estas perlas que son, en realidad, un principio de quebradura, análogo a los que se forman en las ramas de madera verde que han sido dobladas con exceso.

Las mujeres que tienen el pelo seco pueden sustituir con ventaja el jabón por una emulsión que se prepara batiendo dos o tres yemas de huevo en medio litro de agua. Se aclara luego el pelo con agua caliente.

Debe secarse la cabeza con mucho cuidado, a fin de evitar las neuralgias. Se encuentran ahora en las tiendas de objetos de electricidad aparatos de aire caliente, que se adaptan a cualquier enchufe y que son perfectos para el caso.

El rizado por el calor presenta los mismos peligros que los enjabonamientos demasiado frecuentes. También provoca la enfermedad de la perla. El rizado llamado ondulación permanente o eléctrica es particularmente peligroso. En efecto, el peluquero tiende a llevar la temperatura del agua hasta la ebullición, a fin de que la ondulación prenda mejor y dure más. Los cabellos no resisten a tales traumatismos si son reiterados. Si, por el contrario, este rizado se hiciera con una temperatura moderada, sería el menos dañino de todos.

Los tintes, por los lavados frecuentes y los traumatismos incesantemente renovados que provocan, constituyen un gran peligro para el pelo. Cualquiera que sea, todos son nocivos. «Se puede teñir un traje; es poco probable que el tejido se beneficie con ello, aunque cabe la posibilidad. Pero suponed que se tiña cinco o seis veces la misma prenda; al cabo estará a tal punto corroída por los aprestos, los colorantes, los fijadores, que quedará convertida en un harapo» (Sabouraud).

Lo que se echa a perder no es la raíz del pelo, que vuelve a crecer incesantemente, sino la punta que está constantemente en contacto con el tinte. Por esto, se quiebra, y casi no se da el caso de una cabellera teñida que no disminuya notablemente.

Después de lo que acabamos de decir, sin duda esperan ustedes una reprobación completa. Pero el higienista es también, o debe ser, un psicólogo, y en el caso actual debe saber que no logrará, de un plumazo, que desaparezca una costumbre varias veces secular y que ha resistido a todo, incluso a la moda. Su deber, pues, no es condenar sin recurso, sino buscar e indicar el mal menor. Vamos a intentarlo, inspirándonos en el excelente artículo de Gerbelaud, en su *Formulario de las principales especialidades de Perfumería y Farmacia*.

Existen en el comercio innumerables recetas de tin-

tes; pero bueno es saber que los que dan los más bellos matices son también los más peligrosos. Especialmente los tintes a base de *parafenilenediamina* o de *diamidofenol* provocan a menudo fuertes erupciones con roseolas, exudaciones, edemas y comezones, que pueden fácilmente extenderse sobre la cara y el cuello. Estos tintes deben, claro está, rechazarse. También provocan a veces accidentes los que son a base de plomo.

En general, los tintes se dividen en tres categorías, según la naturaleza de su principio activo: metal, base orgánica y vegetal. Estos principios pueden también ir combinados en preparados mixtos. Conviene advertir que muchos preparados comerciales cuya etiqueta reza: «Tintes vegetales inofensivos» son, sin embargo, a base de plomo y demás materias nocivas.

El agua oxigenada no entra en esta clasificación. No es un tinte, sino un decolorante. Comunica al pelo un matiz rubio claro, si se reiteran las aplicaciones, o reflejos dorados a los cabellos morenos. Su uso es inofensivo; pero a la larga hace los cabellos quebradizos y los da una rigidez poco graciosa.

En regla general, antes de darse el tinte debe limpiarse el pelo con un *schampoing* o con una solución de cinco gramos de carbonato de sosa en un litro de agua. Hay que abstenerse de los lavados con agua sedativa o con alcalinos fuertes.

El Comité de Higiene prohíbe todos los tintes, salvo los que son a base de hierro, de cobalto, de níquel, de manganesio o de henné.

Los tintes a base de ácido pirogálico son inofensivos, a condición de que la dosis no pase de cinco gramos por litro. También pueden emplearse los que son a base de plata.

El arte de teñirse el pelo es difícil. Es casi imposible que una mujer pueda teñirse a sí misma, o confiar su cabeza a la doncella. Es, pues, necesario dirigirse a un peluquero, y muchos de estos, desgraciadamente, utilizan las cabezas de sus parroquianas para ejercitarse en la práctica del oficio.

### Tintes a base de un metal.

La base es: el plomo, la plata, el bismuto, el cobre, el hierro, el níquel, el cobalto sin arsénico, el mercurio e incluso el cianuro de potasio.

Daremos aquí, solamente algunas fórmulas, inofensivas todas para las pieles normales. Pasaremos por alto los tintes «progresivos» a base de plomo, si bien su uso es muy corriente, sobre todo en Inglaterra, sin grandes perjuicios.

#### Tinte a base de nitrato de plata:

Nitrato de plata cristalizado.....	50 gramos.
Agua destilada.....	1 litro.

Se disuelve, se guarda en frascos oscuros y se conserva al amparo de la luz.

Este tinte no produce su efecto más que al cabo de algunas horas de exponer el cabello a la luz. Su acción es tanto más rápida cuanto que la luz es más fuerte.

Doctor CLEMENT SIMÓN.

Antiguo interno de los Hospitales de París. (Extractado de la obra *La Salud en el Hogar*, por el Profesor Labbé.) (DOIN, editor.)

(Concluirá en el número próximo.)





**MUJER** tiene siempre espacio reservado para honrarse publicando cuantas producciones literarias le envíen sus lectoras.

## Siluetas

### IV

Margot.

La hermosa finca titulada «El Castañar», que perteneció a un general ilustre a quien sus amigos llamaban cariñosamente en broma *Le chevalier sans peur et sans reproche*, está habitada ahora por gentes adineradas que deslumbran a sus convecinos por el derroche de su riqueza, y demuestran en su conversación lo vulgar de su espíritu y lo ordinario de su porte.

Ausente por sus negocios el actual poseedor de la finca, y siguiendo en el extranjero un curso de estudios sus dos hijos, ocupan solamente «El Castañar» Margot y su madre. Vinieron por atender a la quebrantada salud de aquella. La pobre joven está neurasténica.

La casualidad la puso en mi camino, y pude observarla y... compadecerla. Su aspecto no es el de enferma; sus ademanes y posturas, más que de persona delicada, parecen aprendidos ante un espejo; se muestra lánguida e indolente, se aburre en todas partes, y en el campo se le hacen eternos los días, aunque se levanta muy tarde. Sufre mucho, a pesar de verse rodeada de todo el bienestar que la opulenta posición de sus padres le proporciona.

Es bondadosa e inteligente; pero como nadie dirigió su corazón ni ilustró su inteligencia, ignora lo que es un deber, y no se detiene a reflexionar. Su espíritu está atento solamente a superficialidades, y desconoce totalmente la idea de sacrificio. Porque asiste a funciones benéficas sabe que existen pobres en el mundo, y porque paga algunas suscripciones a favor de los necesitados se considera caritativa. Va a misa los domingos, muy engalanada, luciendo un bonito devocionario; si le hablan de un predicador notable acude a oírle. Y a esto limita sus devociones, pues no quiere ser tildada de beata.

No tiene amigas, porque en las jóvenes que trata sólo ve rivales. El pulir sus uñas es el único trabajo manual que la entretiene. Y así, sin sólida piedad, sin deberes, sin ocupaciones, sin alimento su inteligencia y sin abnegación su alma, hastiada de todo, no disfruta con nada, sufre y teme no ser querida más que por su dinero. ¡Pobre Margot!, ¡qué fácil sería de curar su neurastenia! ¿Cómo? Enseñándola a practicar la caridad, acercándola al necesitado, para que viese el dolor de la madre que no puede dar a su hijo, que llora, un pedazo de pan; la pena de una hija enferma que con su trabajo sostiene a la madre anciana; las miserias, las angustias, los sinsabores de los que la desgracia persigue.

¿Cómo? Enseñándola a cultivar su espíritu con lecturas serias y amenas y a ocuparse en obras manuales que sirven para vestir al desnudo.

Y sobre todo y ante todo, inculcándole que la vida no es mero pasatiempo, sino que en ella todos tienen una misión que cumplir.

Si Margot practica un cristianismo esclarecido, reflexivo y conquistante, si rechaza la ociosidad y consuela al triste, verá desaparecer su neurastenia y no conocerá las horas de aburrimiento.

MAMI.

### Paz de aldea.

Ni los montes me atraen  
ni el campo me recrea...  
¡Ay, cómo me consume  
esta paz de la aldea!

Ya mis ojos se hastían  
de contemplar las fuentes,  
ya mis labios no cantan  
canciones inocentes,  
que esta vida monótona  
no es para un cuerpo joven  
ansioso de aventuras,  
de rasgos que emocionen.

Aquí, el vivir no es vida:  
es una muerte lenta  
en que nada se sueña  
porque... nada se alienta.  
El tiempo se desliza  
sin ningún accidente:  
trabajo, pan y sueño,  
y hasta el día siguiente.

Y mata tus pasiones...  
Y oculta bien tu idea...  
¡Ay, cómo me consume  
esta paz de la aldea!

Yo he leído novelas

que dicen de otras vidas;  
palacios suntuosos,  
no como estas guaridas,  
donde damitas lindas  
con ojos soñadores  
escuchan las sonatas  
de nobles trovadores.

Me dice el señor cura  
que en nada de esto crea,  
pues todo son patrañas  
que Lucifer idea;  
que nada hay tan hermoso  
como estos prados verdes,  
ni cielos tan azules,  
ni montes tan alegres...

Mas, aunque así él lo diga  
y así mi madre crea,  
¡a mí me está matando  
esta paz de la aldea!

LUCRECIA CALVO DE APARICIO.  
Valencia.

### Del teatro.

¡Qué justificado y hermoso triunfo el de Catalina Bárcena en París! ¿verdad, mujer? Ganas tengo de ver las novedades teatrales que este año nos traerán los empresarios; porque... ¡es tan agradable el teatro!

Sólo me han gustado *plenamente* dos actrices: Rosario Pino y Catalina Bárcena: aquélla, más mujer; ésta, más ingenua; las dos son inconmensurables; y en género de *variétés*, aquella inolvidable Fornarina..., y ahora Raquel. Siempre que se va al teatro, es muy agradable después el poner en un cuadernito la impresión que la obra nos haya producido, aquello se lee de vez en cuando, y es prolongar el goce. ¿No lo haces tú, mujer? Así, por ejemplo: tengo delante lo que escribí sobre una obra muy interesante; no sé si tú la has visto; ve lo que me pareció y veamos si tú piensas igual de ella; es esta obra: «El admirable Crichton». Yo escribí: «Es una obra admirable», y lo es, no sólo teatralmente, sino como obra de enseñanzas. La idea principal, que es demostrar cuán imposible es la igualdad en el mundo, tal como está hoy constituido, es una idea siempre interesante. Y es una obra de actualidad, a pesar de estar escrita hace más de veinte años; está muy originalmente desarrollado el asunto y es ciertísima la afirmación. La igualdad no es posible, porque los mismos que más la desean, los que más odian al superior, son los que en su esfera más guardan las distancias de unos a otros; así, el mayordomo, trata y mira despóticamente a los criados; la primera doncella no puede mirar ni rozarse con la pincha, etcétera. Y esto ocurre en todas las esferas. Otra idea ciertísima es la de demostrar la falsía que resulta en la aparente idea socialista de los amos. Es un tipo muy tristemente humano el del viejo señor que reúne los criados una vez al mes para que hagan de... *amigos* suyos e invitados y los entra, anunciándolos, en el salón como a señores; les da té, les trata y hace que sus hijos les traten de igual a igual..., pero no permite que le contradigan ni en un punto, y se siente halagadísimo cuando le aplauden. Es algo raro, aunque no del todo inverosímil, que haya un criado de talento tal, que sea precisamente él quien reconozca que en todas las edades de todos los siglos ha tenido y tiene que haber diferencias sociales, y lo que es aún más raro, él, el criado, así lo desea, hasta el punto de que cuando las señoritas, reconocidas porque va a rebajarse, ¡un mayordomo!, a hacer de ayuda de cámara, le preguntan en qué podrían demostrarle su reconocimiento, él, muy respetuosamente, les indica que haciéndose más orgullosas y menos efusivas, como lo es la señorita mayor y como corresponde a sus categorías.

Y luego, cuando todo cambia, cuando por el naufragio en una isla desierta el mayordomo se hace el amo y todos acaban respetándole, los más orgullosos, después de dos años de lucha; pero... es que si no, no comen, ni tienen casa, y en una isla de aires saludables, la Naturaleza impera sobre todos mucho más fuertemente que en la ciudad. Todos están subordinados al admirable Crichton, y si se piensa bien, no es exagerado el cambio, pues todo lo que es *necesario* tiene que ser, como él dice. Sin embargo, están suspirando por que pase un buque que lleve a todos a ser lo que fueron. Y el actual amo se porta muy noblemente, haciendo la señal de su invención al divisar un buque, para que vuelva el señor a serlo, y precisamente en el momento en que iba a casarse con la hija mayor.

Y, es claro, al volver el lord con su familia, vuelven a su antiguo ser. Y el señor, horrorizado del recuerdo de su servilismo al criado, suprime los *tes socialistas* y... se hace conservador.

La parte amorosa de la obra la hace aún más interesante.

WHITE IRIS.





## Un error lamentable.

—Entonces, María Paz, ¿es esa negativa su última decisión? Está bien; no insistiré más, pero permítame que censure su conducta para conmigo, es usted culpable de que yo haya dado este paso; usted, que alentaba mis insinuaciones con sus sonrisas y coqueteos, siento tenerla que decir el concepto tan deplorable que me ha hecho formar y la decepción grande que conmigo llevo.

La muchacha quedó perpleja; en el primer instante, parece que asentía a lo que su compañero de excursión le iba diciendo, pero fué un breve momento, porque súbitamente exclamó:

—Es decir, que usted se cree gravemente ofendido, con derecho a juzgarme mal y a publicar por aquí que soy una coqueta.

—Nadie diría que me falta razón.

—¡Muy bien! He aquí un caso en el que se demuestra palpablemente el egoísmo y la injusticia de los hombres; por si las leyes ya de por sí no son bastante injustas para con nosotras, sólo faltaban las costumbres.

—No sé a dónde va usted a parar.

—Pues se lo explicaré: Corriente es el caso de que una muchacha siga el *flirt* iniciado por un admirador: hoy es una mirada, mañana sonrisas, aun promesas; pasa el tiempo, y llega un día en que al hombre le parece que ya no hay que seguir aquello; para él ha sido un pasatiempo que tenía que acabar, sin tener en cuenta lo que pudiera perjudicar a la infeliz que creía en la sinceridad de todas aquellas demostraciones. ¿Qué ha hecho el muchacho? Pues, sencillamente, coquetear; ni más ni menos que lo que usted dice he hecho yo; mejor dicho, más, porque tiene más disculpa el que sigue lo que otro ha iniciado que el caso de los hombres que van a buscarlo. ¿Ha oído usted llamar a algún muchacho coqueto? ¿No? Pues los hay, los hay a montones, pero eso no se censura.

—¿Como que no hay motivo!

—Pues, amigo mío, estamos en el mismo caso; si no es censurable en ustedes, ya le he dicho que menos en nosotras.

—Entonces, ¿su negativa es no creer en mi sinceridad?

—No; no le creo, ni tengo ganas de molestarme en estudiar el asunto; un poco por experiencia propia y otro mucho por ajenas, estoy harta de ver embustes donde sólo debiera haber verdad.

—Está bien; no volveré a hablarle una palabra del asunto.

—Lo mejor que hará usted.

Y es que María Paz, en su conversación, demostraba su estado de ánimo; en aquella época era una escéptica, no creía, no creía..., pero un día creyó; él era un muchacho alto, fuerte, elegante; la convenció, en poco tiempo se casaron; no tardó en ver su error, cuando ya era tarde; la pobre sufría y callaba..., mas un día fueron ya muchas las humillaciones, llegó él sin noción de las cosas, gracias al alcohol que llevaba en el cuerpo, colgado de un brazo el gabán y del otro una mujer.

María Paz estaba tumbada en una butaca, abstraída en sus reflexiones; él gritaba a su compañera:

Pasa chica, ésta es mi casa.

María Paz quedó estupefacta, subió al rostro su indignación tanto tiempo retenida, y pudo decir:

—¿Pero es posible que estés en tu juicio?

El hombre groseramente la tiró contra la pared, sin escuchar, primero, las súplicas de su mujer, y después sus insultos; ella corrió a encerrarse a su habitación, a llorar su triste suerte y su juventud destruida. Al fin, cansada, quedó dormida. Despertó a la mañana siguiente y le pareció que había sufrido una horrible pesadilla; llamó al timbre, acudió su doncella a la que preguntó:

—¿Y el señorito?

—¡Ah!, ¿pero usted no sabe? Esta mañana, al ir Juan a hacer la limpieza del comedor, lo ha visto en el suelo; entre él y yo lo hemos llevado a su habitación.

—Está bien, deme un maletín. Ya me mandarán lo demás. Me voy con mi madre, y le dice usted a ese hombre que no volveré a poner los pies en esta casa.

—Está bien, ¡pobre señorita!

María Paz salió nerviosa sin poder reprimir el llanto. Subió la calle en busca de un coche que la condujera a la estación y se dió de bruces con una señora que iba a entrar a una iglesia. Levantó ésta la cabeza, y al decir María Paz:

—«Perdón, señora», quedaron mirándose frente a frente. Formaban los dos rostros gran contraste; uno, tan cansado, triste; en el otro se veía la tranquilidad de ánimo.

—María Paz, ¡qué sorpresa!, ¿no me recuerdas? Claro, tres años que no nos vemos; ni siquiera sabía que vivías en Madrid; pero ¿qué te ocurre, alguna desgracia? Vamos a casa y me lo contarás todo. Sigo siendo tan amiga tuya como en nuestros tiempos de colegialas y será para mí un gran placer el poderte servir de algún consuelo.

María Paz se dejó conducir como una niña. Preguntó a su amiga:

—¿Con quién vives?

—Con mi marido. Hace un año me casé.

—¿Y eres dichosa?

—¡Oh, mucho! Es buenísimo mi Federico, capaz de hacer feliz a cualquier mujer, por exigente que sea.

Llegaron al piso coquetón y alegre de Matilde. La hizo pasar a un saloncito íntimo.

—¡Pobre María Paz!, cuéntame tus penas.

□ □

Asomó por la puerta un hombre diciendo ¿se puede?

María Paz quiso recordar aquella voz. ¡Oh, sí! Era Federico Montes, el que un día ella rechazó. Quedaron mirándose. Matilde se apresuró a hacer la presentación:

—Mi amiga señora de Monreal.

Se saludaron. María Paz dijo:

—Me voy. Cuando uno pierde la felicidad para siempre, comprende lo que vale.

Matilde insistió para que se quedara con ellos unos días hasta tranquilizar su ánimo. Leyó en los ojos de Federico la súplica para que accediera; ella rehusó resuelta y bajando la escalera se decía:

—Por nada del mundo quisiera contribuir en lo más mínimo a perturbar un hogar dichoso. No volveré más aquí.

¡Oh la felicidad! Por lo mismo que vale tanto resulta tan problemático saberla encontrar. ¡Y pensar que a veces pasa por nuestro lado y la dejamos escapar!

Federico decía a su mujer, que comentaba las penas de su amiga:

—¡Pobre! El caso es que es digna de que la suerte le hubiera deparado un buen compañero.

LESGEAN.

## La razón de los pequeños.

¡A veces los juegos de niños son tan interesantes! Estoy hace rato pensativa, y ello sólo ha obedecido a un juego: al juego que ha tenido mi hija con dos amiguitas suyas. Y pensativa he recordado aquel cuento tan conocido de las *Mil y una noches*: «El barril de aceitunas», en el que dos niños, sin saber que nadie los escuchaba, jugaban a juzgar, y juzgaron tan bien, que su juego dió ocasión a que los mayores juzgasen un pleito difícil, basado en el ejemplo del juego aquél. ¿Pero a qué divagar? Voy a contaros el juego de mi hija y sus amigas:

Tienen las tres una casita de muñecas muy mona; mi chica había pasado algunos días a arreglar la casita de una de las amigas, y la regañaba: «parece mentira que tengas esto tan mal arreglado». «Pues yo juego bien así», decía ella. «Pues no puede ser.» Y quieras que no, la hizo quitar todo y ponerlo a su gusto. Hizo las camitas, colocó cada cosita en su sitio, y si notaba que faltaba algo, venía por ello a su casa y se lo llevaba allí... a la otra. «¿Dónde vas con eso?», le decía yo. «Para la casa de Fifi», contestaba ella.

Pero hete aquí que hoy ha venido Fifi y otra amiga; ¡y no ha tenido límites el asombro de las dos! «¡Pero es posible!» «¡Tú que tan bien has arreglado mi casa y tienes la tuya en este estado!»

Efectivamente, al abrirla hubo un ruido alarmante. Todos los mueblecitos y cacharros, revueltos, vinieron al suelo: las camitas, con las patas rotas; los muñequitos, sin cabeza, o cojos, o mancos; los platitos hechos trizas. ¡Una verdadera miseria!

Y se pusieron a querer arreglarlo entre las tres; pero fué inútil, ¡era tarde! No era sólo desarreglo lo que había dentro de la casita, sino miseria. Imposible pegar los platos, porque faltaban los pedazos; los muñequitos flojos de todos lados, al cogerlos se hacían añicos..., mi chica estaba un poco avergonzada; dejaron la casa, y jugaron un poco a otras cosas; se fué Fifi, y la otra amiguita que quiere mucho a la mía y es un poco mayor, dice: «Pero, ¿cómo fuistes a arreglar la casita de Fifi y no te has ocupado de la tuya?». «Porque se lo había prometido». «Pues mira, muy mal, porque ni ella está contenta, pues la oí decir que le gustaba más arreglada a su gusto, ni tú has ganado más que destrozar la tuya. Y ahora a ella le siguen faltando cosas, y tú no puedes dárselas, pues te has quedado sin nada en absoluto». «Pero —dice mi chica muy apurada—, ¿cómo iba a faltar a lo que le había prometido, de arreglársela? Yo ya sabía que perdería la mía; pero como me había comprometido...» «Pues, hijita, haber consultado con nosotras (ella y otra) que somos mayores. ¿Para qué formamos el año pasado la Sociedad de las Casas de Muñecas? Nosotras, entre todas, ya hubiéramos pensado y arreglado la cuestión. Muy bien que tú, puesto que lo habías prometido, fueses a ayudarla un día o dos; pero dejando tiempo para arreglar tu casita antes. No vuelvas a ocuparte más de Fifi, hasta que tengas la tuya arreglada de nuevo. ¡Pues vaya! Aún si fuese que Fifi necesitase un lazo o un pañuelo para ella, y tú te quedases sin ello por dárselo, sería otra cosa. Pero los pobres muñequitos tuyos, eres su madrecita y tienes que ocuparte de ellos antes que de ningún otro; si te queda tiempo y ganas además para los de Fifi, muy bien; pero lo primero los tuyos, que tan caros han costado a tus papás, y que son como tus hijitos».

.....  
¿Qué tal, lectora amiga? ¿No es una estupenda estadista la amiguita mayor de mi hija?

PINK ROSE.  
Madrid.





*Tristán es un humilde jardinero solitario. Cuida sus flores. Cuida sus recuerdos... Porque apenas si le quedan ya esperanzas. Tristán es amigo nuestro. Conocemos su mesura, su discreción y su bondad. En su arca sencilla, pulida y patinada por los años, acaso duerma más prudencia aprovechable que en el saber aquilatado de los doctos.*

*Cuando surgió el proyecto de esta Revista pensamos en Tristán, como trazo de unión entre ella y las mujeres de España. ¿Por qué? Por lo que él mismo dijo al escucharnos. Al pronto frunció la frente sorprendido:*

*—Fero si yo, no siendo de flores...*

*Pero comprendió al punto, y sonriendo:*

*—Sí, sí; tratándose de flores...*

□ □ □

*Bien habíamos pensado que para comprenderos, para manejaros, nadie era más perito que un floricultor. Tristán se entregó a la tarea con tal entusiasmo, que hoy parece encarnado en él el espíritu mismo de la Revista. Tristán quería conservar el anónimo; pero le hemos hecho ver que no es posible. Y hoy comienza él a hablaros.*

## Correspondencia de TRISTÁN

Una de las normas directivas de MUJER, uno de los pensamientos esenciales que presidieron su gestación, fué el formar dentro de ella algo como un hogar espiritual para sus lectoras. La inmensa amplitud de esta idea permite, y aun supone, un número indefinido de etapas sucesivas. La primera se traduce por la cordialidad, por el afecto mutuo entre las lectoras y la revista. Las demás irán —esperémoslo— cobrando forma y tomando cuerpo a medida que nuestro favor lo permita. Entre ellas, como un ensueño lejano, queremos entrever una realización efectiva de la idea: *algo como un hogar para nuestras lectoras*; pero real, y no ya meramente metafórico, un hogar colectivo, sencillo, cordial y *feminista*, es decir, *femenino*, porque hay un error muy frecuente que consiste en llamar *feminista* a una mujer con espíritu e indumentaria de hombre, es decir, una mujer *masculinista*. Pero, en fin, esto no es del momento y lo otro está aún en la nebulosa...

Etapas de esa idea directriz son LA PÁGINA DE LAS LECTORAS, los CONCURSOS y la sección de LA AMISTAD INCÓGNITA.

LA PÁGINA DE LAS LECTORAS es como una *cámara de los secretos* donde cada amiga de MUJER, tras el antifaz del seudónimo, da rienda suelta a su espíritu, tan cohibido, tan aprisionado a veces por las limitaciones que imponen (en todas partes, pero en España más) a la mujer su sexo, su condición y enredosos convencionalismos más o menos circunstanciales. LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS son como un baile de máscaras, donde las parejas empiezan por hablar sin conocerse, y quizá por eso llegan a conocerse mejor. Los CONCURSOS —cuyos temas irán variando sucesivamente— son otra excelente válvula de escape. Ya veis con qué frecuencia, allí como aquí, brota de entre las líneas impresas un secreto dolor inconsolable o una desbordante y contenida alegría, un ansia, en suma, de *comunicación*, de exteriorización, de eso que los franceses llaman *soulagement* y que a veces es imposible por... ¡por tantas y tan diversas razones! ¿Verdad, amigas mías? Sentirse sola, sola, sin un alma cercana, aunque acaso rodeada de cuerpos, impermeables a toda efusión sentimental, a toda idea levantada, a todo entusiasmo. Sentirse incomprendida, cohibida por un ambiente hostil, cerril, incapaz de apreciar las delicadezas de un corazón sensible, ansioso de expansión, de compenetración. Verse abandonada en la celda de un dolor inconsolable sin nadie a quien confiarlo para que lo alivie, para que no se encone más y más. O haber de reprimir constantemente los saltos gozosos de un alma jovial que quisiera —y no puede— derramarse sin cesar en alegría clara e irreprimible, como agua recién nacida de un manantial fecundo, en sueños generosos, acaso irreales, acaso absurdos, pero tan bellos, tan divertidos...

A todo ese torrente de almas desbordantes, inquietas, entusiastas, hemos querido abrirle cauce en las páginas de MUJER. Venid, pues, a ellas todas: las tristes y las alegres; las que morís de recuerdos y las que vivís de esperanzas; las contentas de su suerte, para aumentar su gozo relatándolo, como aumenta sus encantos un espejo que hace de una cara linda dos; las afligidas, para dejar salir esas penas que no pueden decirse a nadie, pero que pueden confiarse a todos; las divertidas, para gozar agitando sus cascabeles; las románticas, para fabricar en un rincón de MUJER el castillo almenado y el trovador apuesto, o la reja misteriosa y el embozado galán; (que en las ciudades de veras, la luz de la Luna está siempre nublada, o como si lo estuviese: porque hay cerca otras luces más *prácticas* y porque casi nadie mira ya hacia el cielo); las que nadan penosamente en un charco de tedio, para poner pie en una playa

cualquiera, que tal vez sea punta saliente de un país nuevo, donde espera la diversidad y la aventura, acaso la ilusión, acaso la felicidad...

Encarnad vuestra angustia o vuestra alegre exaltación, vuestra inquietud o vuestro *spleen*, en unas líneas y enviadnoslas; o lanzad en LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS un mensaje a lo desconocido. ¡Quién sabe! Y en todo caso, en el juego, muchas veces, lo de menos es ganar.

Aparte, o además, de todo eso, estas colaboraciones son gimnasia excelente del espíritu; son cultivo de dotes literarias, y son, en suma, alegre o interesante, siempre fino pasatiempo que añadir a la vida cotidiana.

□ □ □

Muchas colaboradoras de esta página nos piden que les digamos si se publicarán los trabajos que nos envían. No lo hacemos porque son muchas las interesadas, y contestar a cada una ocuparía un espacio que siempre resulta insuficiente para el original que hemos de acoplar en cada número. Por lo demás, la mayor parte de las colaboradoras de MUJER pueden estar tranquilas. En nuestro primer número decíamos: «Las españolas, en general —pese a una leyenda estulta—, escriben muy bien: porque si a veces les falta entrenamiento, casi siempre les sobra buen gusto y espiritualidad». A la vista está que acertábamos. No obstante decirnos muchas amigas de MUJER que su envío es el primer ensayo, y a pesar de rodearlo de escrúpulos y temores de encantadora modestia, ha sido raro el trabajo que hemos tenido que desechar, y apenas hemos tenido que acordarnos de que en esta página caben frutos sazonados de un talento maduro, al lado de tentativas, de escarceos, de ensayos que, tímidos, balbuceantes quizás, sean como flores lozanas de esos frutos que vendrán después.

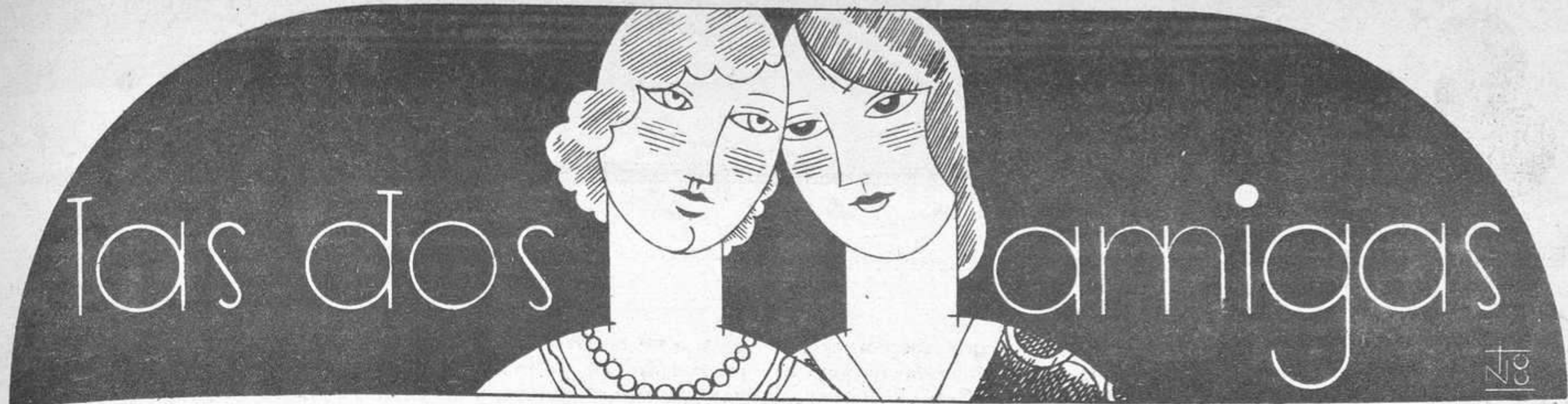
ROSA LINA. Madrid.—La sección HE RECIBIDO SU CARTA está exclusivamente dedicada a las consultas que nuestras lectoras dirijan a *Carmen de Avila* sobre los temas concretos que en la sección se indican. Por eso soy yo quien se complace en contestar a la carta deliciosa de usted. Puede, sin temor, enviarnos cuanto quiera. Lo que usted escriba será siempre alegre, luminoso e interesante, como el espíritu que revela su carta encantadora.

RAMAYHANA.—Miles y miles de gracias, ante todo, en nombre de MUJER. Su artículo, tan interesante como bien escrito, se publicará en esta misma página tan pronto como sea posible. También verá en la sección de *Amigos incógnitos* su respuesta a uno de ellos. Sé que algún suplemento en colores se ha retrasado por no recibir a tiempo los dibujos de París.

AMELIA M. E. Málaga.—Cuando haya usted sabido que el que se figuró severo censor no es sino un sencillo y afable *jardinero*, habrá advertido cuán infundados eran sus temores. Su trabajo se publicará, porque lo merece; es un ensayo feliz que denota positivas cualidades, si bien revela, a la par, cultivo insuficiente. Para eso está aquí el jardinero. Pero, además, la carta que usted escribe a C. de A. —y que con forzosa indiscreción he leído y contestado— es tan conmovedora... En esta misma página hay palabras que se diría escritas pensando en usted. Sin duda se siente más animada después de haberlas leído. Escriba, escriba; confíe al papel todo el tesoro ideal que llena su corazón. Y envíeme cuanto escriba. Yo le ayudaré con toda mi buena voluntad, dentro de mis medios humildes. Quizá todo no se publicará..., porque hay poco espacio y muchas amigas de MUJER; pero sí cuanto sea posible. Verá usted cómo se encuentra más acompañada, más defendida, contra esa incompreensión tan dolorosa, y más segura de sí. La estimación ajena es deseable, pero no tanto como la propia estimación.

TRISTÁN, el jardinero.





NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

Odette, cerca de ella, parecía un poco desdeñosa. Las largas pestañas de la joven le daban un aspecto de meditación. Parecía distante en medio de los demás. Y se adivinaba que aquello provenía de algo que estaba en ella misma.

Los borricos tomaron el camino de regreso. Bajaban lentamente, de piedra en piedra, la cabeza baja y el lomo levantado. Marta Guillaume dirigía la caravana. Ahora, Odette y Mauricio se encontraban a solas.

Hablaban poco, preocupados, sobre todo, de sus borricos, con el busto hacia atrás y las piernas alargadas. Mauricio tiraba suavemente de las riendas para ayudar al jumento.

El sol bajaba lentamente hacia las olas que tenían, al declinar el día, matices de ópalo. El frío parecía subir de la tierra y penetraba en los valles, se deslizaba por debajo de los árboles y envolvía a los viajeros, poco a poco, de una manera continua, insinuante.

Era casi de noche cuando llegaron a la ciudad. Las luces encendíanse por todas partes. La fila de a uno se dislocó y se formó de nuevo el grupo compacto, como a la partida. Marta Guillaume dijo:

—¡Qué día más agradable! Es lástima que nos separemos tan pronto. Convido a tomar el te. Esto nos calentará.

Dejaron los borriquitos frente al quiosco. Los excursionistas invadieron la pastelería. Odette, la señora Chanoy y Mauricio fueron a escoger las pastas, mientras Marta Guillaume, informándose del gusto de cada cual, encargaba el te, el chocolate o el café con leche.

Odette se puso a toser. Se tapaba fuertemente la boca con el pañuelo.

—¡Tienes frío! —dijo su madre.

—¡No, mamá!

La joven había sentido, de repente, un estremecimiento, mientras se ponía, demasiado tarde, el abrigo de pieles. Sus manos, desde aquel momento, permanecieron heladas. No recobraba el calor. Habíase puesto muy pálida.

Mauricio se mostraba locuaz. En la mesa volvía a estar entre Odette y Marta Guillaume. Hablaba a su prometida. Encontraba frases chistosas y deseaba vivamente llamar la atención.

Miraba del lado de Marta, cuando había dicho algo que le parecía digno de atención, y Marta le miraba también con una sonrisa de simpatía.

XX

Hacia un mes que los Angerolle vivían en la villa Miramar.

Odette no mejoraba. Tosía más cada día, y cada día se iba agotando más. Su madre la contemplaba a veces a hurtadillas, con ansiedad solícita.

La joven luchaba aún contra el mal. Confesaba raramente su fatiga, por miedo a verse obligada a largas y aburridas sesiones de *chaise longue*. Encontraba siempre miles pretextos para salir.

Llevaban la vida ordinaria de los invernantes de la Costa Azul. Todos los días se parecían a los anteriores.

Odette conocía todas las tiendas y sus existencias, a fuerza de visitarlas por las mañanas, buscando, examinando, manoseando y regateando las innumerables cosas de que tienen necesidad las mujeres.

Encontraba las mismas personas sentadas, de once a doce, en torno al quiosco. Ivona Bosio también acudía allí con regularidad. Las dos jóvenes, habiendo viajado juntas, se miraban de lejos, examinando de una ojeada sus vestidos. La actriz parecía todavía más delgada; tenía el andar cansado; se dejaba caer en un sillón de mimbres, abandonándose. Permanecía allí sin moverse, doliente y vestida de claro, ante la balastrada, el mar azul y el claro horizonte de villas y palmeras, como la mujer que se ve en los carteles de la línea Paris-Lion-Mediterráneo.

«¡Esa pobre Ivona Bosio tiene muy mal aspecto! —pensaba Odette».

Un día añadió:

—Mamá, me parece que no vivirá mucho tiempo.

El señor Angerolle se reunía a menudo con su familia, frente al quiosco. Permanecía allí, tomando el sol, bajo la sombrilla de tela.

Encontrábanse también con los Chinay y la viudita Guillaume.

Se reconocían los vestidos ya vistos. Acababan por interesarse en los más insignificantes pormenores de la vida en común. Habían bautizado a muchas de los que veían allí todos los días: «¡Mira, la señora del perrito; ha comprado el sombrero azul que estaba expuesto en la avenida de Felix-Faure!» O bien: «¡Oye, el marido de la rubia se ha marchado!» Y encontraban colgados, detrás de los

cristales de la tintorería, el traje blanco de Marta Guillaume o la blusa coral de Susana Chanay.

Mauricio iba frecuentemente a comer con ellos. Llevaba flores a su novia: rosas, claveles blancos, olorosos narcisos, que perfumaban la alcoba de Odette.

Varias veces había intentado adelantar la fecha de la boda. La joven le estaba agradecida por aquella insistencia. Pensaba: «¡Cuánto me ama!»

Se trataban con verdadera e íntima familiaridad. Salían juntos por las mañanas, dando paseos por las calles y la orilla del mar. Un día, después de comer, dieron un paseo delicioso, que Odette no olvidó nunca.

Habían empezado por colocarse de bruces en el antepecho de la ventana.

—¡Qué hermosa noche! —exclamó ella—. ¿Quiéreme que salgamos? Mamá, vamos a pasear por delante de casa para ver el mar. ¡Hace una temperatura tan deliciosa!

La señora Angerolle se acercó a la ventana. Percibió el aire tibio.

—En efecto —dijo—, no creo que tengas frío. De todos modos, abrigate.

Mauricio le ayudó a ponerse el abrigo.

Odette, satisfecha de esta solicitud de su novio, sonreía afectuosamente. Salieron juntos, y una vez en el jardín, exclamó la joven.

—¡Cuando pequeña, no me atrevía a salir de noche! A veces, en Borgoña, miraba tras los cristales antes de acostarme. Y quedaba un poco asustada al ver los grandes pinos del parque que, en mi imaginación infantil, tomaban un aspecto de negros gigantes.

Se puso a hablar de aquel tiempo. Los recuerdos acudían en tropel. Mauricio conoció la finca, los bancos favoritos, las muñecas, el pequeño «Parisién» y las ocupaciones, penas y alegrías que habían llenado los primeros años de la vida de Odette.

Al principio siguieron, sin fijarse, un camino que subía a la derecha de la villa. Andaban lentamente. Pronto se encontraron en la barriada de Garaván.

—¡Qué feliz soy —le dijo— al oírte hablar de tu pasado! Me parece que te he conocido siempre..., que te he visto crecer, que te amo desde hace mucho tiempo...

La cogió del brazo, con muestras de profunda ternura.

—¡Si supieras cuánto pienso en ti! —exclamó él—. En cuanto te dejo, quisiera volver a tu lado. ¡Tengo prisa por tenerte conmigo!

Las palabras que le decía parecían nuevas y deliciosas a Odette, porque no las había oído nunca. ¡Ay! ¡Son las mismas eternamente! Generaciones de amantes las han repetido; generaciones de amantes las volverán a pronunciar, repitiéndolas hasta el fin de los tiempos. Y nadie añadirá jamás nada nuevo, nada mejor a esas frases antiguas que mecen, alegran y encantan nuestro corazón.

Odette escuchaba en aquella noche azul, enternecida, emocionada, las graves palabras del hombre amado. La decoración poética las hacía más turbadoras.

Por encima de la barriada descubriase el anfiteatro de la ciudad dormida, más blanca en la claridad nocturna, en medio de las negras masas de árboles, y el mar, un mar irreal, color de luna, que hacía soñar en las primeras edades del mundo.

Marchaban lentamente bajo los pimenteros, cuyas ramas ligeras, en medio de una plateada bruma de país encantado, presentaba un matiz grisáceo, soñador, delicioso.

En la blanca arena del camino alargábanse las sombras de las villas y de los árboles. Ningún ruido llegaba hasta los novios.

Sentíanse solos y muy cerca el uno del otro. Ella escuchaba con la cabeza baja. Un rayo de luna acariciaba su rostro.

Mauricio hablaba sin cesar.

¿Qué sortilegio cae del astro blanco de las noches? ¿Por qué la luz de la luna nos hace más tiernos, más sentimentales, más vehementes? ¿Por qué sentimos descender a nosotros tanta calma, tanta dulzura, tanta necesidad de afecto en aquellas horas silenciosas, ante la Naturaleza dormida?

Mauricio hubiese dicho las mismas palabras a cualquiera otra mujer bonita porque se encontraba impulsado por una imperiosa necesidad de expansión. Se embriagaba con sus propias frases. No sabía a ciencia cierta a quién las dirigía.

Ella recibía en su corazón las deliciosas frases, sin adivinar que él no la quería de veras, que acababa de ser atacado por uno de aquellos «golpes de luna», de los cuales habla poéticamente *Mau-passant*.

De este modo empezaba entre ellos la mala inteligencia que se para tan a menudo a los matrimonios.

Nace, a veces, en el preciso momento en que se creen unidos de un modo más estrecho. ¿Se sabe jamás, cuando son dos, lo que el





DOS AMIGAS

(Continuación.)

otro piensa? ¡Nos imaginamos que nos escuchan, que nos comprenden! ¡Y hablamos, hablamos! ¡Cuántos insospechados pensamientos, pensamientos que no habíamos previsto y que ignoraremos siempre, nacen, junto a nosotros, en el otro ser, mientras seguimos nuestras ideas solos, muy solos! Porque cada cuál grita en el desierto, y cada cuál sueña en el desierto.

Odette sentía una alegría interior indecible, una infinita sumisión hacia el iniciador que le proporcionaba tanta dicha.

No sabía que era aquella la hora más bella de su vida; no sabía que no volvería a encontrar instantes parecidos. Afortunadamente, nunca se adivinan estas cosas.

Es después, cuando se llega al final del camino de la vida, cuando decimos: «¡Fue aquél el día más feliz! ¡Qué pronto pasó! ¿Por qué lo gocé tan poco? ¿Por qué no presentí que no volvería a presentarse? ¡Si lo hubiese sabido! ¡Oh! ¡Si lo hubiese sabido...!»

No se sabe nada... Y se marcha a tientas, guiado por vagas claridades intermitentes hacia lo que se cree el porvenir y la esperanza.

Una especie de ceniza brumosa parecía flotar en torno de los viejos troncos retorcidos. La sombra de las hojas manchaba de un modo extraño la iluminada hierba, la carretera blanca.

Los novios entraron en el salón. Sus padres le esperaban. La madre observó, sin decir una palabra, el rostro transfigurado de su hija. Parecía radiante.

Odette se marchó a su cuarto en cuanto se hubo despedido Mauricio. Abrió la puerta ventana de la galería y se puso de bruces sobre la balaustrada.

Permaneció allí largo tiempo, sumergida en un profundo ensueño.

Oía las breves olas que rompían una tras otra con un ruido de seda desgarrada. Y cuando volvía la cabeza distinguía la alta silueta de una palmera del jardín, punteada, por encima de su corona, de una centelleante estrella. Aquella palmera y aquella estrella hacían soñar en las tradicionales imágenes de las noches de Oriente.

Odette acabó por acostarse. Tardó en dormirse. Al día siguiente se despertó muy cansada, y, después del almuerzo, hubo de tenderse entre las columnas de la galería.

XXI

Al día siguiente también tuvo necesidad de descansar. Contemplaba la palmera del jardín. Se aburría con un libro abierto sobre la falda. Mauricio había sido retenido por el príncipe. Su madre vino a hacerle compañía.

—Mamá —le dijo—, quisiera salir.

—Iremos al cabo Martín en coche.

—El paseo es demasiado corto. ¡Qué lástima que Clara no esté aquí! Si estuviese aquí tendría compañía siempre. ¡Es tan triste pasarse las horas en esta *chaise-longe*!

Odette había pensado ya muchas veces en invitar a Clara.

—El viaje de París a Menton cuesta bastante dinero y no sé si sus padres podrán hacer este gasto.

—Si la tenemos con nosotros una larga temporada se podrá resarcir del gasto.

La señora Angerolle inclinó la cabeza diciendo:

—Díselo a tu padre.

Consultáronle:

—Papá, tenemos dos alcobas sin ocupar. ¿Por qué no invitamos a Clarita? ¡Estaría tan contenta de venir a la Costa Azul!

El señor Angerolle sumergió dos dedos en la barba. Era su gesto habitual cuando reflexionaba. Odette insistió:

—¡Me aburro tanto en esta *chaise-longe*! No puedo estar siempre leyendo o haciendo punto de media. Todas las diversiones de las otras muchachas me están prohibidas. No debo bailar, ni jugar al *tennis*, ni salir de noche para ir al casino.

El señor Angerolle añadió persuasivo:

—Tienes a tu novio, los Chanay, Marta Guillaume, que vienen a verte.

—Mauricio tiene bastantes ocupaciones. Los Chanay y la señora Guillaume no son amigos íntimos. Papá, ¿dejas que invite a Clara?

Miró a su hija enferma, tendida en la *chaise-longe*, con la cabeza entre almohadas. Los abundantes cabellos de oro se acumulaban sobre su frente pálida. Sus adelgazadas manos fruncían maquinalmente la manta de lana escocesa que cubría su delgado cuerpo.

Pensó que tenía veintidós años y que era infinitamente triste pasar en aquella edad días y días de aquel modo, agotada por su dolencia.

—Escribe a tu amiga —dijo— para que venga a pasar con nosotros todo el tiempo que quiera.

—Gracias, papá.

Y en seguida corrió a su escritorio y escribió las siguientes líneas:

«Mi querida Clarita: Mis padres me han dicho que te invite a pasar una temporada con nosotros. Tendremos mucho gusto en que aceptes nuestra invitación. Confío en que tus padres me concederán la gracia de que estés con nosotros todo el invierno, y no me guardarán rencor si les robo un poco a su hija.

»La estancia en Menton te será muy provechosa para la salud.

»No me niegues la alegría de tener a mi lado, en este hermoso

país, a mi mejor y más querida amiga, al propio tiempo que a mi prometido. Tú, ya lo sabes, formas parte de la familia. Vamos a llevar una vida deliciosa, y en cuanto recobre un poco las fuerzas, haremos hermosas excursiones tú, papá, mamá, Mauricio y yo.

»Tienes dos trenes para venir: el Costa de Azul, que se compone de coches de primera clase y de lujo, y otro que lleva coches de todas clases.

\*Desde Valence mira por la ventanilla; ¡es tan bonito el paisaje!

»Hasta pronto, ¿verdad? Da muchos recuerdos a tus excelentes padres.

»Te abraza tiernamente, y va en seguida a preparar tu cuarto, tu amiga

Odette.»

Recordaba la primera carta de Clara, que parecía tan triste, y en la cual pensaba no habría de ver jamás la *Riviera*. ¡Qué feliz iba a ser ahora! Además, descansaría durante dos meses; no tendría que ocuparse de los quehaceres domésticos.

Clara contestó en términos calurosos y anunció su llegada.

Odette fué a la estación a esperar a su amiga.

El tren omnibus llegó, deslizándose sobre los rieles, y se vació ruidosamente de sus viajeros y equipajes.

Clara apareció. Iba pobremente vestida, según la costumbre de la gente modesta, que al viajar se pone la ropa más usada. Pero llevaba un bolso nuevo, seguramente comprado para ir a Menton; uno de esos bolsos que imitan cuero brocado y dan una lastimosa sensación de falso lujo.

Abrazó a Odette con entusiasmo; después, con gran inquietud, buscó por todas partes su maleta.

Era una antigua maleta de madera, negra, rodeada de una cuerda en cruz; una maleta que debía haber seguido a los Vimereux, durante años, de guarnición en guarnición.

—¡Ven! —dijo Odette—. Dame el bolso.

Sentía un deseo grandísimo de cambiar la suerte de su amiga. Un casamiento feliz podía salvarla de la pobreza.

Arrastró a su invitada hacia su coche, que estaba esperando, y en seguida empezó a hacerle los honores de Menton.

Le enseñó las calles, las tiendas, las palmeras, el mar, el horizonte, el puente fronterizo, la punta de Bordighera.

—Vas a ver la *villa*; desde aquí se la ve: ¡una gran casa rosa!

Clara Vimeaux repetía:

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito! Estoy verdaderamente contenta de encontrarme aquí contigo, y te agradezco mucho la invitación.

Estaba contenta, en efecto, de encontrar aquella mañana de sol, cuando la tarde anterior llovía en París; de pensar que iba a vivir en las costas encantadas, donde se divierten los ricos. No tendría que ocuparse de la casa, de la compra, de las camas, de la cocina. No tendría inquietudes durante un mes, o quizá dos meses... ¡Qué alegría!

Examinó a Odette de reojo. La rubia, viendo la mirada y adivinando el pensamiento, le preguntó:

—¿Cómo me encuentras?

—Pues... muy bien...; tienes buen aspecto.

—No, Clara; no me encuentras bien ni tengo buen aspecto. Adelgazo por días.

—La heredera cogió la mano de su amiga.

Clara...

Odette iba a hablar. Se calló. Las dos jóvenes se miraron. Cada una de ellas adivinó que la otra pensaba en algo que no decía.

—Clara..., me fatigo mucho; todos los días me fatigo.

Se callaron. Se dieron cuenta que aquel silencio, en el momento de su primera entrevista, se hacía dramático.

Vieron a la señora Angerolle que las esperaba delante de la verja.

Clara saltó ligeramente a la acera. Tendió la mano a Odette, que se levantó lentamente, buscando el suelo con un pie vacilante. Sentíase fatigada, pobre de fuerzas, mientras subía las escaleras que conducían a las habitaciones.

No encontraba la salud en Menton; de día en día, la pobre niña adelgazaba. Ya no tenía más que gestos lentos y cansados. Se ayudó de la barandilla, diciendo:

—Me vuelvo achacosa, Clarita. ¡No puedo subir una escalera sin ahogarme!

Todo el resto del día fué empleado en la instalación de la invitada.

En cuanto las dos jóvenes se encontraron solas, dijo Clara:

—¿Y Mauricio? ¡Háblame de Mauricio! Supongo que te adorará.

—Creo que sí —contestó Odette—. Es muy amable. Me trae flores...

—Naturalmente.

—Se preocupa por mi, de mi salud, de mis gustos y de mis proyectos. Sabe hablarme y comprenderme. Me gusta mucho...

Se detuvo. Pensó en el embriagador paseo nocturno por Garaván.

Y terminó diciendo:

—Sí, me ama.

(Continuará en el número próximo.)





En esta sección, los lectores de MUJER corresponden entre sí (lectores con lectoras o lectoras con lectoras); publicamos cuantas comunicaciones se nos envían, firmadas con seudónimo, con iniciales o con el nombre.

**Amiga Leonor:** En esta amena Revista veo con agrado que quisieses tener por camarada a un hombre, a un buen amigo que te comprenda y que te pueda corresponder como te mereces.

Digo como te mereces, porque casos como a ti me han ocurrido a mí, y yo creo que para mí, con relación a mi carácter, merezco alguna cosita de consideración. ¿Podrías ser tú? (desinteresadamente).

Yo, querida, aunque desconocida amiga, como tú, también me he quedado desilusionado ante una salida o desplante así, disipando y transformando por completo el concepto que, como buen amigo, me formaba de la mujer que en tal caso no supo comprender la necesidad que tenía yo de su opinión, teniendo que oír ante mi desconcierto estas palabras que salían de entre sus rojos labios, a la par que sonreían indiferentes... ¿Te has fijado, Luis, cómo va Matilde?...

Leonor, simpática amiga. Tú, como yo, habraste reprimido alguna vez... Pero... ¡Bah!... ¿A qué recordar escenas que reportan a nuestra ilusión fracasos tontos? Tú querrás saber de alguien que comprenda tu carácter y desee expansionarse refiriéndote sus ideas y pensamientos. Pues bien, mi buena amiga; yo quiero ser uno de los que soliciten ser tus camaradas; yo quiero que, como buenos amigos, nos comunicásemos nuestras impresiones. ¿No te parece?

¿Tú, incógnita amiga, cómo eres?  
Ante esta pregunta, no sé qué opinión dar; pero creo ante todo serás una mujer que carece de vulgaridad por tu carácter; una mujer moderna, sencilla, capaz de inspirar de verdad cariño de amigo y fraternidad de hermano... En fin, una mujer como hay pocas.

Ante tan bellas cualidades, ¿no puede uno ciego depositar su confianza y confiar a su amiga querida sus penas y alegría?

Creo comprenderte, y, por lo tanto, aspiro a ser el camarada que deseas. ¿No?...

Como entre los buenos amigos debe imperar la franqueza, debo manifestarte que soy guapo; ¿depositarías en mí ese cariño que con tanta necesidad apetece mi espíritu?

Dices que los hombres guapos resultan fatuos... Entonces, yo, mi buena amiga, ¿soy también de ese calificativo?...

No, ¿verdad?... Si así fuese... ¡Qué desencanto, Dios mío!

LUIS.

**Para el eterno amigo.**—He leído tu carta y quisiera ser la primera en contestarte, amigo incógnito; mas como estoy tan lejos llegaré tarde, ¡qué rabia! Mira, yo entre todos te he escogido a ti, justo es que me correspondas; amistad con amistad se paga. La mía es un poco interesada, te lo confieso; tú que eres hombre sabrás mejor que yo lo que sentís y pensáis vosotros. *El* (no es mi novio, pero es *él*) hace tres años que me escribe, y de amor ni una palabra; es inútil que le ponga *chinitas*, ¡tiene más conchas que un galápago! He querido terminar amistosamente nuestra correspondencia, y se ha opuesto; si me quiere, ¿qué espera? Ya debe tener unas pocas canas como tú, tiene pesetas...

Y si no le importo, ¿a qué ese empeño entonces en escribirme? Sácame de dudas *Eterno amigo*, yo te lo suplico; tú debes ser muy amable, muy complaciente y muy enemigo del matrimonio; no sé por qué me parece que cuando las mamás de tus amigas te hablen de eso, tú harás ¡fú! ¿Acierto?

TI-KHA, FILLE D'ANNAN.

Estoy encantada, verdaderamente encantada, con esta idea genial de las amigas y los amigos incógnitos; ¡qué interesante será tener un amigo a quien no se ha visto en la vida!

No dudo que algún lector de esta simpática Revista me escriba, y acabemos siendo un buen par de amiguitos incógnitos.

A ver quién se decide.

MARI-NEL.

¿Quién quiere ser el amigo incógnito de esta nueva suscritora, que ofrece su amistad, sincera y alegre...?

En el número de esta Revista veo varios que se ofrecen... *El eterno amigo* es simpático; con su eterna complacencia resultaría algo aburrido; pero si en esta correspondencia no piensa seguir su costumbre, seguramente resultará *bien*. *Roberto* me interesa mucho y quiero asegurarle que, por lo menos, mis ojos no han sido indiferentes al pasar por sus líneas... *Ramón* es de mi mismo modo de ver, por lo menos en el flirteo...; me gusta a mí también mucho, sobre todo de una manera inocente, ¿y qué más inocente y simpático que esto?

El amigo *Florencio* es simpático, y me parece tan alegre como yo...

Diréis por qué no me decido, aunque sea a cara o cruz... Es que... las mujeres estamos acostumbradas, por lo menos yo lo estoy, a no ir a buscar a los hombres, a que sean ellos los que nos saquen de nuestra reserva...

Bastante hago que a todos os ofrezco mi amistad y simpatía; si a alguno le parece que estas líneas merecen contestación, que lo haga...; si no...

Diréis que soy muy reservada; por hoy, sí; luego me iré destapan-

do, como suele decirse, y veréis cómo soy muy alegre y cómo sé, a pesar de mis pocos años, comprender también las tristezas, las penas, la soledad, el aburrimiento. Esto último sabe combatirlo especialmente

LA CONDESITA DE... XII ABRILES.

**Una mujer mujer.**—Es usted eminentemente femenina, en efecto. Pero como es usted razonable, tendría que convenir conmigo en que con los encantos femeninos, base de nuestra seducción, son perfectamente compatibles los movimientos amplios (no desenvueltos), y que tan absurdo resulta una «rata sabia» enteca como una analfabeta «musculosa». Un justo medio es siempre de buen tono.

Independientemente de la seducción a ejercer sobre el sexo contrario está el culto de nuestra propia belleza y de nuestra salud, y yo prefiero una intelectualidad descuidada a una columna vertebral desviada, o, sin ir tan lejos, un vientre flojo y descuidado. Considéreme su amiga,

RAMAYHANA.

**Leonor.**—¿El hombre, sólo a distancia y envuelto en las sombras de lo desconocido es agradable y simpático? La verdad, yo creía que éramos alguna vez simpáticos en las condiciones corrientes. Eres muy graciosa. Dices que los hombres guapos presumen; pero las mujeres, ¡aunque no lo sean!

Pero a pesar de todo, quisiera ser ese amigo a quien buscas, pudiendo tener contigo algunas confidencias, que se pueden tener con muy pocas hoy día. Yo no veo tu vulgaridad por ninguna parte, sino, al contrario, que eres muy original, y creo aceptarás mi amistad como yo he buscado la tuya.

JOSÉ LUIS.

**Para Ramón.**—Desconocido amigo Ramón: Hemos leído en el número 12 de la revista MUJER que tiene usted deseos de que le tomen el pelo y nosotras estamos dispuestas a ello. ¿Acepta usted?

Somos un tresillo de amiguitas que meten miedo, y nos hemos propuesto divertirnos a costa de dejarle calvo.

Como suponemos vamos a ser buenos amigos, desde este momento vamos a tutearnos. ¿Te parece bien, desconocido Ramoncín? Ya que eres tan partidario del *flirt* y de las amistades francas.

¿Tienes novia? Es una cosa que nos molestaría mucho. Porque, la verdad, andáis tan escasos... Somos tres: una morena, una rubia y una trigueña, las tres muy postineras; en una palabra, valencianas

¿Eres moreno o rubio con cara de ángel bobo?  
Si eres rubio ya estamos preparando un par de pistolas cada una; y si eres moreno, todo lo contrario.

¿Eres acaso paisano nuestro?  
Dínoslo, porque esto haría que nuestra amistad fuera más íntima. Hasta la tuya simpático, Monsín.

TRES VALENCIANITAS «BIEN».  
Valencia.

**A Roberto.**—Quisiera que esta carta mía que usted leerá, ¿cómo no?, le fuese tan agradable, que mereciera el favor de una respuesta suya, ya que esto sería, a no dudarlo, el principio de una amistad muy franca y muy leal, de lo que tan necesitados estamos ahora en estos tiempos, en que nada triunfa tanto como lo artificial.

Usted quiere hallar una amiga razonable y sensata, y a un tiempo franca y reidora, ¿no es eso?, pues ahí va un apretón de manos, amigo Roberto, y a ver si tal cual yo creo encuentra en mí esa amiguita que busca. Sincérese conmigo, que tan leal será mi consejo cual incógnita nuestra personalidad.

Siempre fué de mi agrado tener un amigo de quien aconsejarme, principalmente en materias amorosas, por creerlo más leal que cualquiera amiga. Mas he aquí que yo, francamente, cuando tal cosa he pretendido con un joven conocido (y esto no es jactancia), casi siempre sólo he conseguido una gran admiración por parte del muchacho, que en el instante de hablarle cuan sinceramente sé hacerlo ha creído hallar en mí un espíritu poco vulgar en este siglo, y créame, sólo halló una franqueza sin límites, y un corazón que asusta de grande que es.

Es decir, que sin quererlo poseo un atractivo para los hombres que no podrían ser para mí más que amigos, y, sin embargo, cuando estoy ante el que reúne todas las cualidades por mí soñadas resulto hermana de la tonta de Coria; ¿querría ser usted tan amable que me explicase lo que yo no sé explicarle?

Ahora, amigo Roberto, me corresponde a mí preguntar si estas líneas le serán indiferentes, las contestará sólo por galantería, o serán leídas con el mismo entusiasmo que las escribo.

L. CARIÑOSA.

**Roberto.**—En esta simpática Revista, que se puede, gracias a ella, tener amigos incógnitos, a usted, caballero, que escribe bajo el nombre de Roberto.

Si una asiática nacida en el Líbano puede con un poco de afecto llevarle esta amistad sincera y verdadera, para ser buenos amigos, se la ofrezco de corazón.

No sé cómo me juzgará usted, pues no soy atrevida.

HORTENSIA.



# CONCURSOS

Este concurso consiste en relatar un bueno y un mal recuerdo (lo pasado) de vuestra vida. En declarar cuáles son vuestras preferencias y antipatías (lo presente). Y en describir un deseo y un temor (lo futuro).

Las respuestas deben venir escritas a máquina o con letra muy clara, por un solo lado del papel y firmadas con un nombre o seudónimo. En este último caso, sería conveniente, pero no lo exigimos, conocer el nombre y señas de la autora, por si resultase premiada.

Nuestro segundo concurso consiste en que las lectoras expliquen, definan o aclaren, el concepto de la palabra flirteo.

Publicaremos todas las respuestas ingeniosas que recibamos, y, para las mejores, concederemos importantes premios.

Para más detalles de estos concursos, véanse los números 1 y 2 de MUJER.

## LO PASADO :-: LO PRESENTE :-: LO FUTURO

1. Un buen recuerdo resulta para mí cuando de pequeña, en el día de Reyes, recogía por la mañana los juguetes que yo creía haber visto poner a los Reyes magos por haber sido buena.

El de las ilusiones, que a pesar de contar solamente diez y nueve años, voy perdiendo paulatinamente.

En cuanto a mal recuerdo, no he tenido otro que el de las enfermedades de los míos, con que tanto sufrieron...

2. Mis preferencias: Los deportes, la poesía, las noches de luna en el mar y los caracteres francos.

Mis antipatías: Por la persona que nunca deja entrever lo que siente por egoísta y por cursi.

3. Mi deseo: Sería tener siempre a las personas que quiero a mi lado. No tener ninguna enemistad. Ser muy ingenua y gustar mucho, sin distinción de sexo. Tener una novela en mi vida (claro que la novela moral), de la que yo fuese la protagonista, de una de esas obras tan encantadora que ponen alas en los pies y en la imaginación. Tener un novio muy enamorado, elegante, buen tipo y que no tenga nada de vulgar. Y ser muy buena.

Mi temor: No conseguir lo que deseo.

UNA RUBIA DE OJOS VERDES.

1. Soy tan feliz, mi vida es tan tranquila, fácil y divertida, que tengo una multitud de buenos recuerdos. Pero el más agradable creo que es el del día que comprendí que estaba «bien», que podía gustar, en fin, que no era fea como antes temía..., ¡que gusto...! Luego, ¡cuánto me costó y qué mal recuerdo me dejó el día que tuve que dar calabazas a un chico que me gustaba mucho..., pero que no tenía fe!

2. ¿Mis preferencias? Leer, escribir, nadar, bailar, dibujar y pintar... y, sobre todo, oír y ver a España alabada, engrandecida.

Mis antipatías... ¡los moros!

3. Mi mayor deseo es tener alguna vez mi hogar muy mono, muy mío, muy de él y muy de mis hijitos. Temo perder alguna vez mi felicidad y tranquilidad presente y quedarme solterona.

XVII ABRILES.

Madrid.

1. Un buen recuerdo: Los primeros premios que tuve en el colegio.

Un mal recuerdo: Cuando supe que querían matar a un gato que me gustaba.

2. Mis preferencias: Las personas de buen corazón, que no hacen sufrir a los animales.

3. Un deseo: Que no me olvide una amiga que amo mucho.

Un temor: Que se muera pronto mi gatito..., pues ¡le quiero tanto!

QUINCE ABRILES.

1. Noche de feria. Mientras bailábamos, él murmuró en mi oído: «¡Te quiero!...» Aún al recordarlo se estremece mi alma de alegría.

El instante en que me di exacta cuenta de que era preciso olvidar, es, sin duda alguna, el peor recuerdo que guardo del pasado.

2. ¿Lo que más me gusta? Los morenos con ojos verdes, con uniforme y que sean un cachillo sirvergüenzas... como él.

¿Lo que más aborrezco? ¡Las rubias metiditas en carnes!... Esas mujeres redonditas que al verlas me recuerdan a una que odio con toda mi alma.

3. Deseo... vivir. Amar de nuevo, y temo que si este deseo mío no se realiza, voy a pasar una vida más aburrida que una ostra, y entonces... ¡Vaya un programita!...

ELISABETH.

1. Un buen recuerdo: El día en que me dijeron que se me notaba que era poética y melancólica.

Un mal recuerdo: El día en que vi devorada por las llamas mi casita de campo.

2. Mis preferencias: Las personas dulces y pensativas que tienen el cabello largo.

Mis antipatías: Las faldas cortas y el pelo a lo «garçonne».

3. Un deseo: Ser una gran poetisa que emocione con mis versos las almas masculinas.

Un temor: Que pese los cien kilos, y por esto se aleje de mí la musa de la poesía.

LIRIO DEL VALLE.

¿Un buen recuerdo? El del día que un bofetón le pegué; recuerdo, no del cachete, pero sí por lo que fué.

¿Un mal recuerdo? Una tarde rompí la parte de atrás de una media. Es sofocante llevar un «punto» detrás.

¿Mis preferencias? Los trapos, Marcial Lalanda, Charlot, los novios de mis amigas, los bombones y el «fox-trot».

¿Antipatías? Me aburre lo de la radiofusión, y no me da la «galena» de jugar más al «mah-jong».

¿Un deseo? Sólo un hombre que venga con la intención de hacer un sitio en su pecho donde entre mi corazón.

¿Un temor? He dicho un hombre, y como hay pocos, pudiera que tuviese que decirle «amos, anda», a un «pollo-pera».

CLARA COMO EL AGUA.  
Madrid.

1. Un mal recuerdo: El día en que los moros me arrebataron a mi Paco.

Un buen recuerdo: La noche en que lucí, por primera vez, mi mantón de Manila.

2. Mis preferencias: Los «8» que van a la «Bombi».

Mis antipatías: Las personas postineras que presumen de mucho y no son nada.

3. Mis deseos: Tener una mantilla de madroños y un abono de toros.

Un temor: No triunfar las noches de verbena.

LA CASTIZA MADRILEÑA.

1. Tengo muy buen recuerdo de un viaje que hice en el que me divertí mucho, y del cual volví encantada.

Un mal recuerdo: El día que yendo de paseo encontré una manada de toros, y me tuve que subir a un árbol; entonces me vi rodeada de cuernos: si miraba a la tierra, veía los de los toros; si miraba al cielo, los de la luna.

2. Mis preferencias: Los vestidos, el teatro, los paseos y las novelas.

Mis antipatías: El frío y el fútbol, que no lo puedo ver ni en fotografía.

3. Muchas cosas deseo: entre ellas un castillo a la orilla de un río. Temo tener ese castillo en el aire.

LA FLOR DE LA ALDEA.

## ¿QUÉ ES FLIRTEO?

No es nada y puede serlo todo. Una cosa pasajera y efímera como el humo de un cigarro, algo tan fugaz como el sabor de un beso, un juego muy sencillo y atrayente, en el que siempre solemos perder algún pedacito de nuestra alma.

ELISABETH.

Como todavía soy una «peque» y tengo una inexperiencia enorme, no me atrevo a decir sobre el «flirt» nada. Sólo puedo asegurar que me gusta y me divierte bastante. Creo que es una tontería tomar el amor en serio mientras no se está en edad y condiciones de hacerlo así... Esperando que todo esto llegue, nos entretenemos flirteando, y así conservamos más nuevo nuestro cariño y más entero nuestro corazón hasta que llegue el momento de emplearlos del todo.

NIEVE Y FUEGO.  
Madrid.

¿Qué es flirteo? Encuentro tan imbécil esta palabra que no acierto a definirla, ni me tomo la molestia de hacerlo.

LA FLOR DE LA ALDEA.

**El plazo de admisión de este concurso termina el día 12 del mes corriente.**



# PASATIEMPOS

En nuestro número anterior terminó la serie de los 14 problemas de *Palabras Cruzadas Ilustradas* y la primera serie de Pasatiempos correspondiente a los meses de setiembre, octubre y noviembre. Condiciones que han de tenerse en cuenta para el envío de las soluciones de los problemas de

## PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS

Es indispensable para tomar parte en este concurso enviar las 14 soluciones de dichos problemas, *todas juntas*, bajo sobre, acompañadas del correspondiente cupón, a la «*Editorial Saturnino Calleja*», S. A., Valencia, 28. Apartado 447. Las soluciones que lleguen a nuestro poder incompletas o sin el cupón, no serán tomadas en consideración. El lector que nos envíe soluciones de varias series, lo hará poniendo cada una en un sobre. Si en un sobre se reciben dos o más series, aunque éstas estén completas, sólo se considerará como recibida una, anulando las demás. El plazo de admisión de soluciones terminará el 2 de febrero próximo.

## PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES A LOS MESES DE SETIEMBRE, OCTUBRE Y NOVIEMBRE

### PRIMERA SERIE

En nuestro próximo número daremos la lista de premios correspondiente a esta primera serie de Pasatiempos. Condiciones que han de tenerse en cuenta para el envío de las soluciones a esta primera serie de

### PASATIEMPOS

Es necesario el envío de la serie completa de Pasatiempos, o sea de todos los publicados en los números 1 al 14, ambos inclusive, acompañados del cupón adjunto. Toda serie que se nos envíe incompleta o sin dicho cupón, se considerará nula. El envío se hará, bajo sobre, a la *Editorial «Saturnino Calleja»*, S. A. Apartado 447. Madrid. El plazo de admisión de soluciones terminará el 2 de febrero próximo.

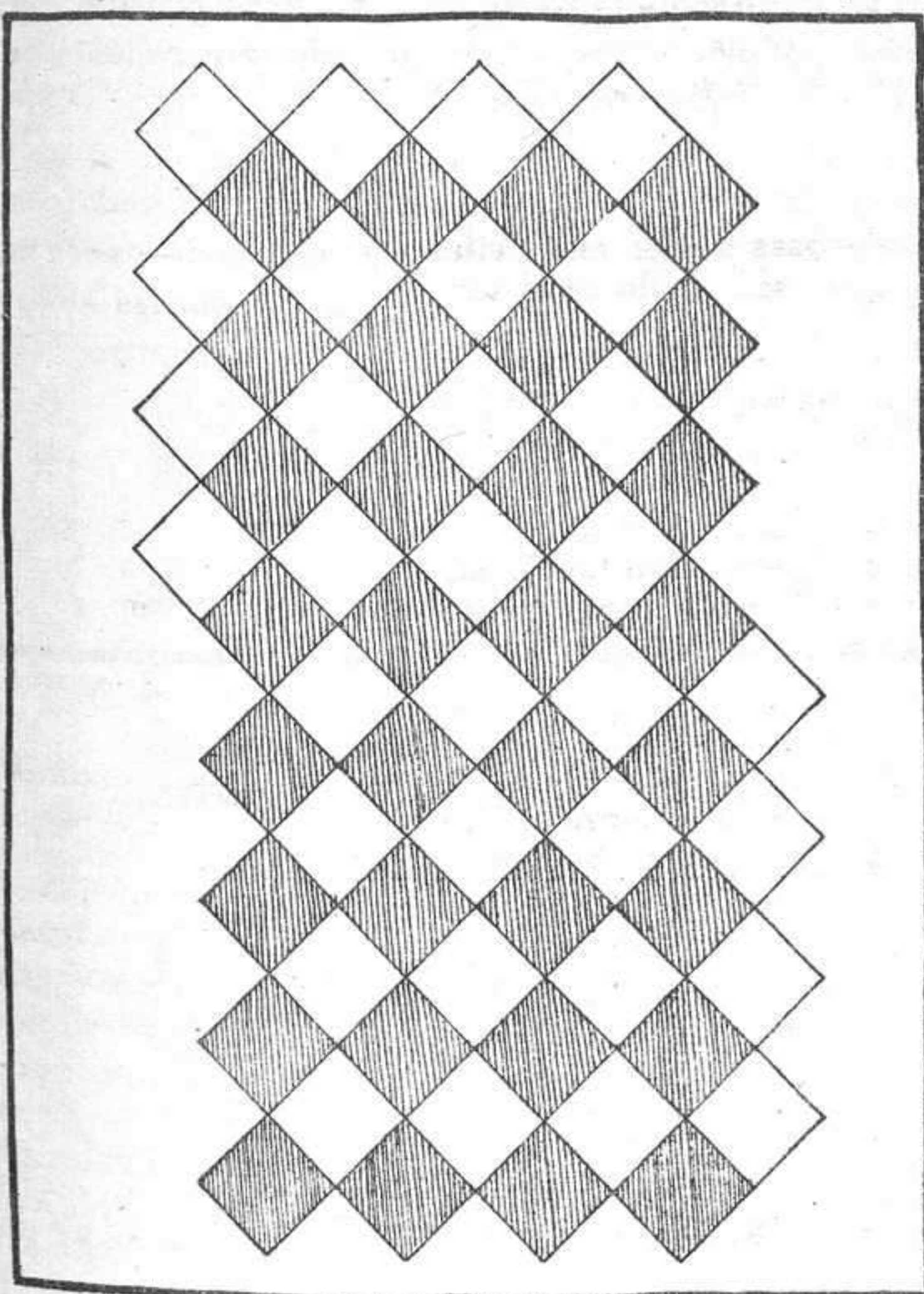
◊ M U J E R ◊
<b>PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS</b>
D. <sup>a</sup> .....
que habita en la calle .....
Pueblo .....
Provincia de .....

◊ M U J E R ◊
<b>Primera Serie de PASATIEMPOS, núms. 1 al 14.</b>
D. <sup>a</sup> .....
que habita en la calle .....
Pueblo .....
Provincia de .....

## SEGUNDA SERIE DE PASATIEMPOS

**Aprovechamiento de un trozo de linóleo.**

**Un informe de Sherlock Holmes.**



Con este trozo irregular de linóleo tenemos que recubrir el piso de una habitación cuadrada, teniendo en cuenta que no hay que desperdiciar ni un cuadrado siquiera. ¿En cuántas partes hay que dividir este trozo para formar el cuadrado?

Este gran detective estaba una mañana en su despacho, cuando fué a verle un campesino y le contó lo siguiente: «Hace unos cuatro días estaba trabajando en el campo, cuando oí un tiro cerca de mi granja. Corrí a ver qué pasaba, pero cuando llegué no había nadie; sin embargo, llamé a mi esposa, le dije que me trajera la máquina fotográfica y tomé una vista de todo. Ahí la tiene usted. ¿Puede, con verla, reconstruir la escena y decirme lo que pasó?» El gran detective, con auxilio de la fotografía, reconstruyó la escena, y explicó punto por punto todo lo que sucedió. Así, pues, la solución consiste en hacer un relato exacto, o lo más aproximado posible, al que hizo Sherlock Holmes. Para esto obsérvese detenidamente el dibujo.





FLOR DE NIEVE.—Ahí va, por ahora, una pequeña lista de libros en francés, en español y en inglés.

En español. Azorín: *Los pueblos, Castilla, Un pueblecito*.

Eugenio d'Ors, *La bien plantada*.

Martínez Sierra: *Tú eres la paz; Feminismo, feminidad, españolismo, y Cartas a la mujer de España*.

Gorbea, *Magerit*.

Georges Duhamel, *Vida de los Mártires*; Chesterton: *El hombre que fué Jueves, El candor del P. Brown*.

Todas las novelas de la colección «Aurea».

Concha Espina: *La esfinge maragata, La rosa de los vientos*.

En francés. Jean Bertheroy: *Les trois filles de Pieter Waldhorp, Le journal de Marguerite Plantin*; Louis Hémon, *María Chapedelaine*; Jean Lorrain, *Ellen*; Anatole France, *Le crime de Sylvestre Bonnard*; Guy Chantepleure, *La folle histoire de Fridoline*; Francis Jammes, *Le rosaire au soleil*; Alphonse Daudet, *Tartarin de Tarascon*; André Lichtemberger, *Petite Madame*; Henri Greville: *Dosia, La fille de Dosia, Petite Princesse*; Ludovic Halévy, *L'abbé Constantin*; Marcel Prevost, *Lettres a Françoise, jeune fille*; Auguste Germain, *Premier prix du Conservatoire*; Paul et Victor Margueritte, *L'eau souterraine*.

En inglés. Dickens: *Dombey and Son, The old curiosity shop, Pickwick papers, Sketches by Boy, Little Dorrit*.

Mark Twain: *The White elephant, A knight in the court of king Arthur*.

Wells, *Hoopdriver*.

Emily Brontë, *Wutherings Heights*; Stevenson, *Travels with a Donkey*; Mason, *The four Feathers*.

Todas las obras de Miss Barclay, de Mrs. Hungerford, de Ethel M. Dell y de Charles Garvice.

J. M.—Para las manos ya habrá usted visto en MUJER (número 13, pág. 20) recetas de cremas, insuperables. Para adelgazar, lea en el número 5, en esta misma sección, mi respuesta a *Flor de Nieve*, a quien le dí un plan completo y minucioso. Para las pecas, darse por las noches un compuesto de tres partes de glicerina y una parte de tintura de iodo. Otra receta: vinagre, zumo de limón, alcohol, aceite de espliego, aceite de rosas, aceite de cedro y agua destilada, todo ello por partes iguales. Se lo da por la noche, y a la mañana siguiente se lava con agua clara. Ambas recetas son excelentes, pero no respondo de ninguna de ellas.

En cuanto a la parte sentimental..., algo difícil me resulta lo que desea. Sin embargo, me parece imposible que un sentimiento tan fuerte no logre siquiera atraer la atención del interesado. Para darle un consejo, necesitaría saber algo del carácter, las ideas y el tipo de él y, además, en qué términos están ustedes: si se ven a menudo, cómo y dónde; si hace mucho que se conocen ustedes, etcétera..., etc. Si quiere escribirme todos estos detalles, yo le prometo estudiar el caso con verdadero interés y poner a su servicio los frutos de mi modesta experiencia psicológica.

MARUJA.—Precisamente en este mismo número (págs. 12 y 13) viene lo que usted desea. Por eso no la contesto; lo haré con mucho gusto en cualquier otra ocasión que usted me proporcione complacerla.

VIOLETA DE PARMA.—No; de ningún modo.

UNA LECTORA.—1. Me gusta mucho. 2. Si, está de moda; en realidad creo que lo están todas las pieles, incluso las de conejo. 3. Mejor, una piedra o pasta; si quiere darme sus señas, le indicaré una excelente. 4. Depende de la edad.

## CONSEJOS

## PRÁCTICOS

**Los niños zurdos.**—Muchos niños son zurdos en los primeros años de su vida, debido a la costumbre de las niñeras y de las madres, de llevarlos constantemente sobre el brazo izquierdo. Conviene llevarlos alternativamente sobre uno y otro brazo, dejándoles así la mano derecha libre, no ya solamente para que no se vuelvan zurdos, sino además, para que se acostumbren a utilizar las dos manos por igual, lo cual puede ser en la vida una gran ventaja.

**Para lavar las plumas.**—Las plumas de avestruz, las *aigrettes*, los paraísos de colores claros, se lavan muy bien con agua y jabón; preparad agua jabonosa, tibia; sumergid en ella las plumas, una por una, sujetándolas por el nervio y agitadlas suavemente sin soltarlas. Luego, exprimid el agua y enjuagad la pluma en agua clara. Dejadla sobre un lienzo para que se seque.

Hay que cuidar de que permanezca extendida, para que no se deforme, y, cuando está casi seca se expone al sol, a la lumbre o sobre un horno, cuyo calor hinchará las briznas.

**Para limpiar el crespón.**—Debe exponerse el crespón al vaho de agua hirviendo, sin ejercer tensión alguna. Cuando está mojado, se enrolla a un palo liso y blanco, sin estirarlo demasiado pero sin que forme pliegues, dejando el lado derecho hacia afuera. Luego se deja secar en una habitación caliente. También se puede sujetar el crespón con alfileres sobre una tabla de planchar y cubrirlo con un lienzo mojado, que se plancha con una plancha muy caliente hasta que el lienzo esté completamente seco.

**Dentífricos naturales.**—El bicarbonato de sosa, utilizado con el cepillo en seco; los polvos de carbón de encina, mezclados con miel; la ceniza de leña, con unas gotas de zumo de limón; las hojas de salvia, secadas al horno, y finamente pulverizadas, son otros tantos dentífricos insuperables... y económicos.

■ ■ ■

### ¿CÓMO SUSCRIBIRSE A MUJER, REVISTA DEL MUNDO Y DE LA MODA, COMPLETAMENTE GRATIS?

Muy sencillo. Buscáis seis amigas que se suscriban por un año (gratis también; ahora veréis cómo). Nos enviáis vuestra dirección y la de vuestras seis amigas (total, *siete*) con el importe sólo de *seis* suscripciones; la suscripción vuestra la serviremos gratis. Como cada amiga vuestra puede reunir otras siete suscripciones, también para ellas será gratis la suscripción, porque el importe de una de las siete suscripciones puede guardárselo para reembolsarse lo que pagó por la suya.

Ejemplo: María obtiene que se suscriban sus amigas Luisa, Mercedes, Lola, Matilde, Pilar y Margarita; son siete suscripciones de un año. María nos manda el importe de seis suscripciones y nosotros le enviamos siete: una (la suya) gratis. Pero después Luisa obtiene que se suscriban Julia, Milagros, Teresa, Lucía, Rosa, Carmen y Casilda y recoge el importe de siete suscripciones; pero como una de las siete se la enviamos gratis, Luisa puede enviarnos solamente el importe de seis, y el importe de la séptima se lo guarda para reembolsarse lo que pagó a María por su suscripción, que, por tanto, le resulta también gratis. Y lo mismo que Luisa pueden hacer Mercedes, Lola, Matilde, Pilar..., todas, en fin, las que tengan siete amigas a las que haga ver que sólo con buscar otras siete puede suscribirse a MUJER, *completamente gratis*. También puede María suscribirse, desde luego, antes de hablar a sus amigas, y después, en vez de seis, buscar siete amigas (como Luisa, con lo que tendrá, por de pronto, su suscripción sin esperar a reunir las siete, y cuando las reúna, se reembolsará el pago hecho).



# MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 16

50 Cents.



Echea

PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.

Ed. "Saturnino Calleja"

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.



Acaba de terminarse la monumental

# HISTORIA DEL ARTE

## EN TODOS LOS TIEMPOS Y PUEBLOS

por

KARL WOERMANN

No es posible dar al público idea, ni siquiera aproximada, de lo que es una obra como nuestra edición de la famosísima HISTORIA DEL ARTE, de Woermann, en unas cuantas palabras que el lector ha de mirar distraídamente, porque confunde en un mismo escepticismo indiferente todos los elogios de cuanto huele a «suelto de contaduría». No dicen ya nada los epítetos encomiásticos, a la vez lustrosos y deslustrados, como prendas mostradas vestidas y sobadas por cada cual.

Nada podrá sugerir al lector una imagen tan convincente como el hojear uno tras otro los seis volúmenes de nuestra edición, y palpar, ver, sentir la riqueza, el esfuerzo, la utilidad, el encanto que suponen tantos miles de obras de Arte descritas, estudiadas y REPRODUCIDAS en las cinco mil páginas que esta obra formidable contiene.

Por eso no pretendemos que este anuncio sea exposición de méritos con ánimo de convencer a los lectores para que adquieran la obra: deseamos solamente que sea un ruego razonado al público para que busque la obra y la examine. Esto nos basta, porque sabemos lo que sucederá a toda persona cultivada que contemple la edición española de esta obra incomparable.

**LA OBRA.** A los peritos, nada hay que decirles. Se trata de la HISTORIA DEL ARTE de Woermann. Y ya saben lo que eso significa. A los no especialmente versados les diremos que Woermann es la máxima autoridad en el país de la máxima ciencia.

**LA EDICIÓN ESPAÑOLA.** Evitemos adjetivos. Enumeremos hechos solamente. Nuestra edición contiene más del doble de las ilustraciones contenidas en la edición alemana.

Damos, pues, ese mismo libro de ciencia, célebre en todo el mundo; ese guía siempre enterado, siempre ordenado, siempre claro y seguro; esa enciclopedia de Arte, arsenal inagotable, archivo copioso y completísimo, donde de cada cuadro de Madrid, de La Haya, de Amberes, de Leningrado; de cada escultura de Atenas, de Munich, de París, de Florencia; de cada monumento de Italia, del Japón, de Rusia, de Inglaterra, de España, de la India, encontrará la nota justa, la apreciación exacta, la referencia cabal. Damos, sí, todo eso que ha sido la razón del éxito y del prestigio de la edición alemana; pero nosotros a todo eso le hemos añadido la fotografía de muchísimos de esos cuadros, de muchísimas de esas esculturas, de muchísimos de esos monumentos, reuniendo un conjunto de asombrosa riqueza no igualado por ninguna otra obra similar del mundo entero. Nuestra edición es un alarde honroso para el país donde se ha hecho; es como síntesis de todos los museos, como guía ilustrada de todos los viajes.

Woermann abarca en su obra todos los aspectos del Arte, incluso los novísimos, y por supuesto los del Arte español, que conoce por visión directa y que le inspira particular entusiasmo. Pero Woermann es alemán, y obedece a la ley invariable que impulsa a los autores a dedicar preferente atención y mayor espacio al arte de su país.

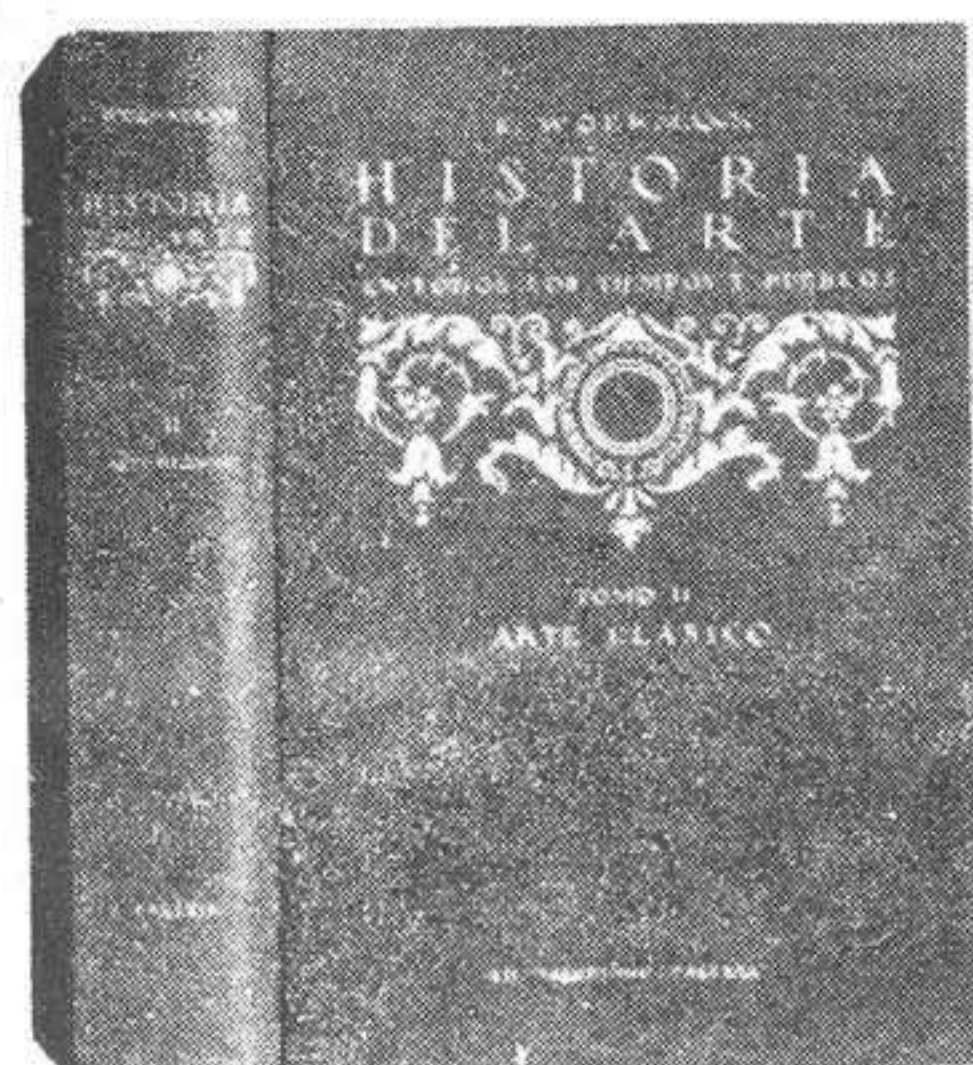
En nuestra edición, el mismo Woermann ha condensado, a ruego nuestro, ciertos estudios relativos principalmente a los aspectos menos interesantes del arte alemán, y nosotros hemos llenado ese espacio —y muchísimo más— con tres capítulos especiales sobre la Arquitectura, la Pintura y la Escultura en España durante el siglo XIX y los años transcurridos del XX. Estos capítulos no sólo son nuevos en la HISTORIA DEL ARTE de Woermann, sino que son el primer estudio de conjunto publicado sobre el Arte español moderno y contemporáneo. Su ilustración en esta parte, más rica que en ninguna otra de la obra, es colección única también, no sólo por la cantidad, sino por la calidad de las obras reproducidas.

Con igual largueza y con no menos esmerada selección hemos añadido todo cuanto más importante y señalado ha producido el arte francés nuevo y novísimo y muestras suficientes de los otros países. No podemos menos de repetir aquí al lector que no se atenga a nuestras palabras: que juzgue por sí mismo examinando la obra. **En todas las librerías importantes puede encontrarla. Desde pueblos donde no la hubiese se nos puede pedir, y nosotros enviaremos con el mayor gusto un tomo de muestra sin compromiso de adquirirla.**

Lo indicado son ejemplos, que no enumeración completa de las mejoras introducidas en nuestra edición. En ella encontrará el lector incesantemente notas aclaratorias, información española complementaria, apéndices especiales, como el que en el tomo I se dedica al Arte rupestre en España, o el que en el tomo II se ocupa de la Arquitectura romano-española, etc., etc.

**LAS ENCUADERNACIONES.** La HISTORIA DEL ARTE de Woermann es la obra para todos. Ninguna otra puede más indiscutiblemente blasonar de serlo. Pero entre todos hay gustos dispares y apreciaciones distintas. Por eso hemos hecho de la obra tres distintas encuadernaciones, orientadas hacia sendos grupos de lectores. Todas son finas, selectas, dignas de la obra incomparable que cobijan. Sus precios se acomodan también a una escala gradual; y todos son asequibles a cualquier presupuesto, ya que cualquiera de las tres ediciones se vende a plazos en condiciones cuya comodidad apreciará quien solicite el prospecto especial que remitimos gratis.

ENCUADERNACIÓN  
EN TELA INGLESA  
CON ESTAMPACIÓN EN ORO

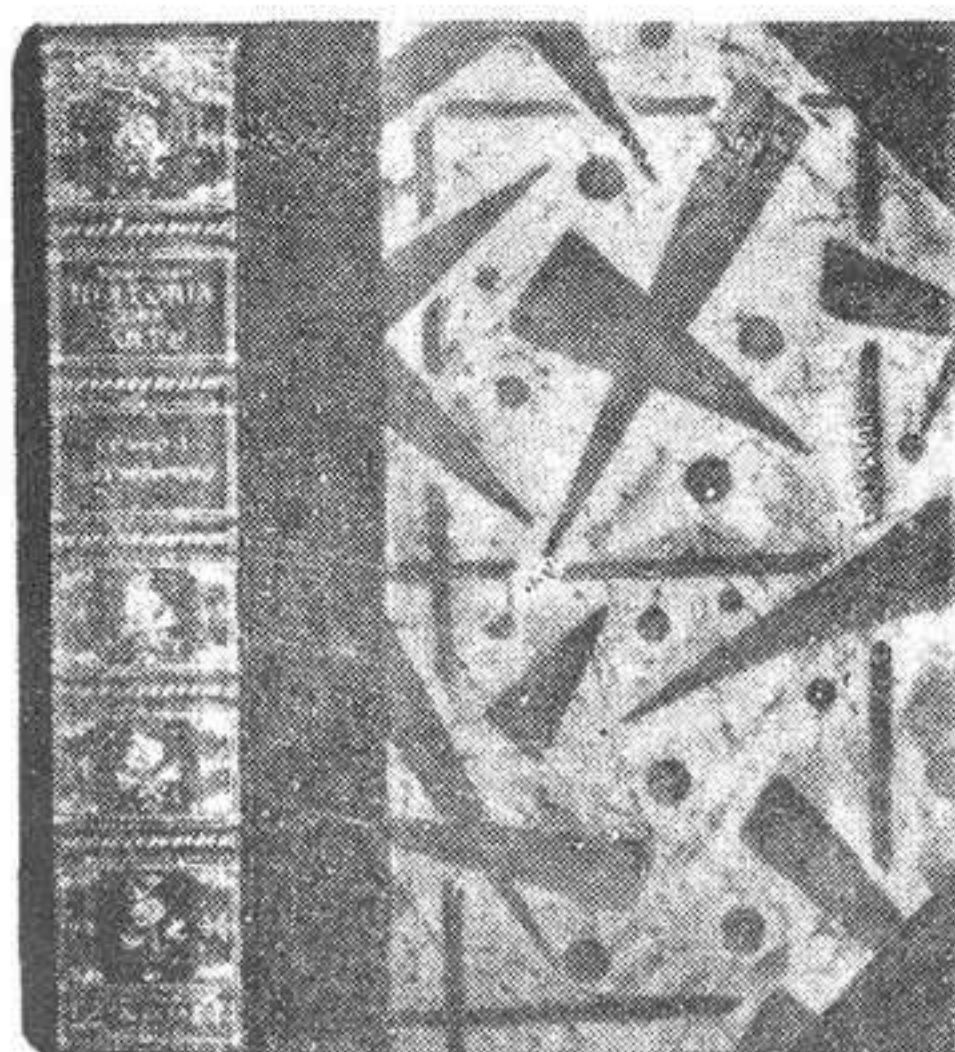


**Elegante, sólida, barata,**

esta encuadernación en tela es la adecuada para quienes necesitan armonizar su deseo de adquirir obra tan monumental con las exigencias de un presupuesto reducido.

**Precio al contado:**  
PESETAS 250 PESETAS  
**Precio a plazos:**  
La obra completa  
PESETAS 275 PESETAS

ENCUADERNACIÓN  
EN MEDIO CHAGRÍN

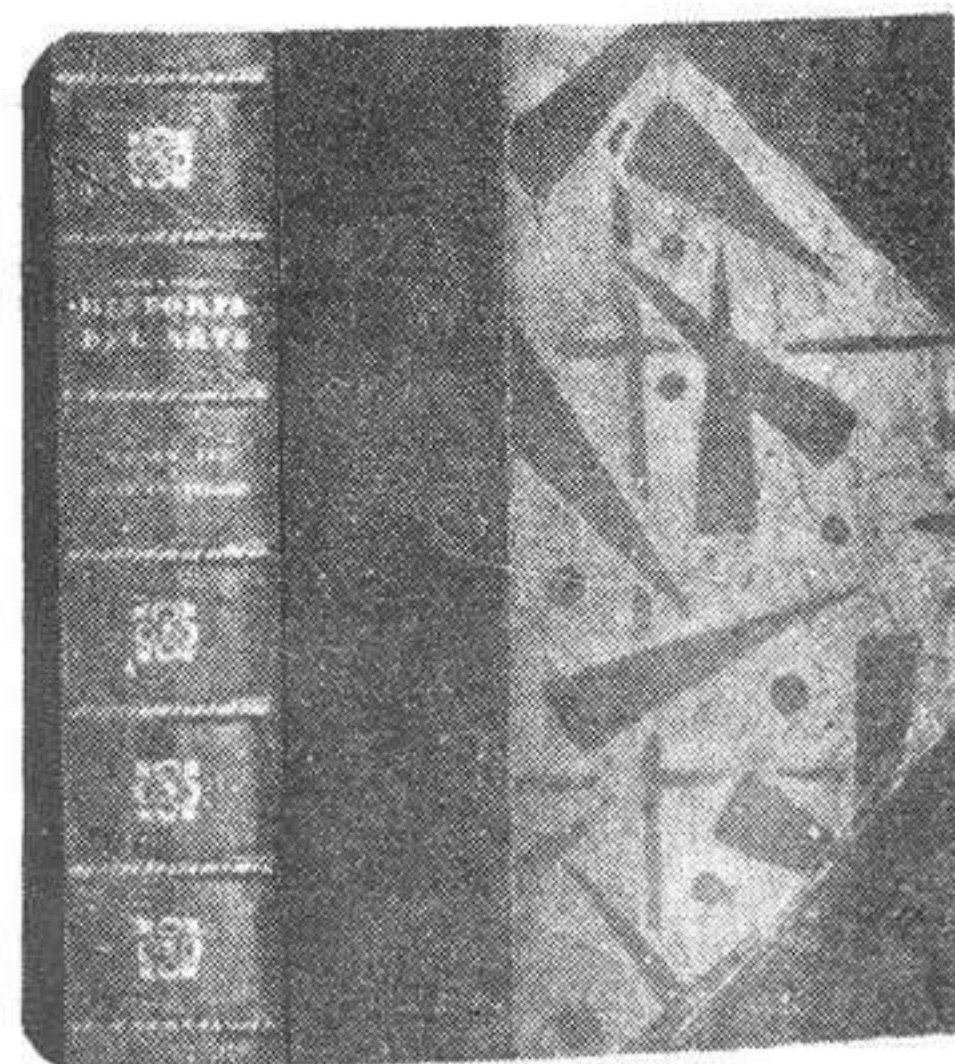


**Encuadernación de lujo**

con planchas inspiradas en el insuperable arte del libro en el siglo XVIII. Quien adquiera esta encuadernación comprará a la vez la mejor Historia del Arte y una rica obra de arte.

**Precio al contado:**  
PESETAS 300 PESETAS  
**Precio a plazos:**  
La obra completa  
PESETAS 350 PESETAS

ENCUADERNACIÓN  
EN CHAGRÍN FINO



**La encuadernación de bibliófilo.**

Suntuosa y señorial. Ornato de una biblioteca, esta edición da tono y carácter a un despacho como una serie de viejos grabados auténticos o de magníficas porcelanas.

**Precio al contado:**  
PESETAS 350 PESETAS  
**Precio a plazos:**  
La obra completa  
PESETAS 400 PESETAS



**Gracias a su madre, un niño débil y enfermizo puede llegar a ser fuerte y robusto.**



## **LA EDUCACIÓN FÍSICA DEL NIÑO**

**POR EL DR. SPITZY**



Esta obra, no sólo se lee con interés y sin esfuerzo: apasiona e incita la afición a las cuestiones de la cultura física. Los antiguos conocían todo el valor de la sentencia *mens sana in corpore sano*. Un gran poeta inglés dijo: "El niño es el padre del hombre". En efecto; de la salud y buena crianza en los primeros años de la vida depende que el hombre de después, cuyo padre es el niño de ahora, resulte no un hombre frustrado, flojo, melancólico e insociable; antes bien, un hombre cabal, robusto, optimista y útil a sus semejantes. Los padres que ignoran cómo educar físicamente a sus hijos, son responsables de graves daños causados a sus hijos y a la sociedad. Este libro es una verdadera guía práctica de las madres en el cuidado de la salud y fortaleza de los niños.

*Un tomo de 420 páginas, con 195 grabados fuera de texto.  
En rústica, 15 pesetas. En tela, 18 pesetas.*

**Por culpa de su madre, un niño fuerte y robusto puede llegar a ser débil y enfermizo.**

### **ÉXITO EDITORIAL**

**OTTO SCHUBERT**

# **HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA**

*De todas las Artes, la Arquitectura es aquella cuyo conocimiento menos puede eludir cualquier persona siquiera medianamente cultivada. Cabe excluir de la vida normal y aun de las excursiones del turista la visita de Museos, la contemplación de cuadros, de esculturas, la audición de obras musicales. Pero nadie puede, en su ciudad o en las ajenas, eludir el enfrentarse con las obras del Arte arquitectónico.*

Un tomo de 469 páginas, con 293 grabados; esmeradamente impreso sobre magnífico papel de primera calidad. Encuadernación en antílope fino, estampado en oro de ley con planchas de bronce grabadas a mano según dibujo original; protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente.

**PRECIO, 50 PESETAS**

Todos estos libros se remiten sin aumento de precio a cualquier punto de España o de América con sólo pedirlos acompañando su importe a la

**EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A., Apartado 447. MADRID**

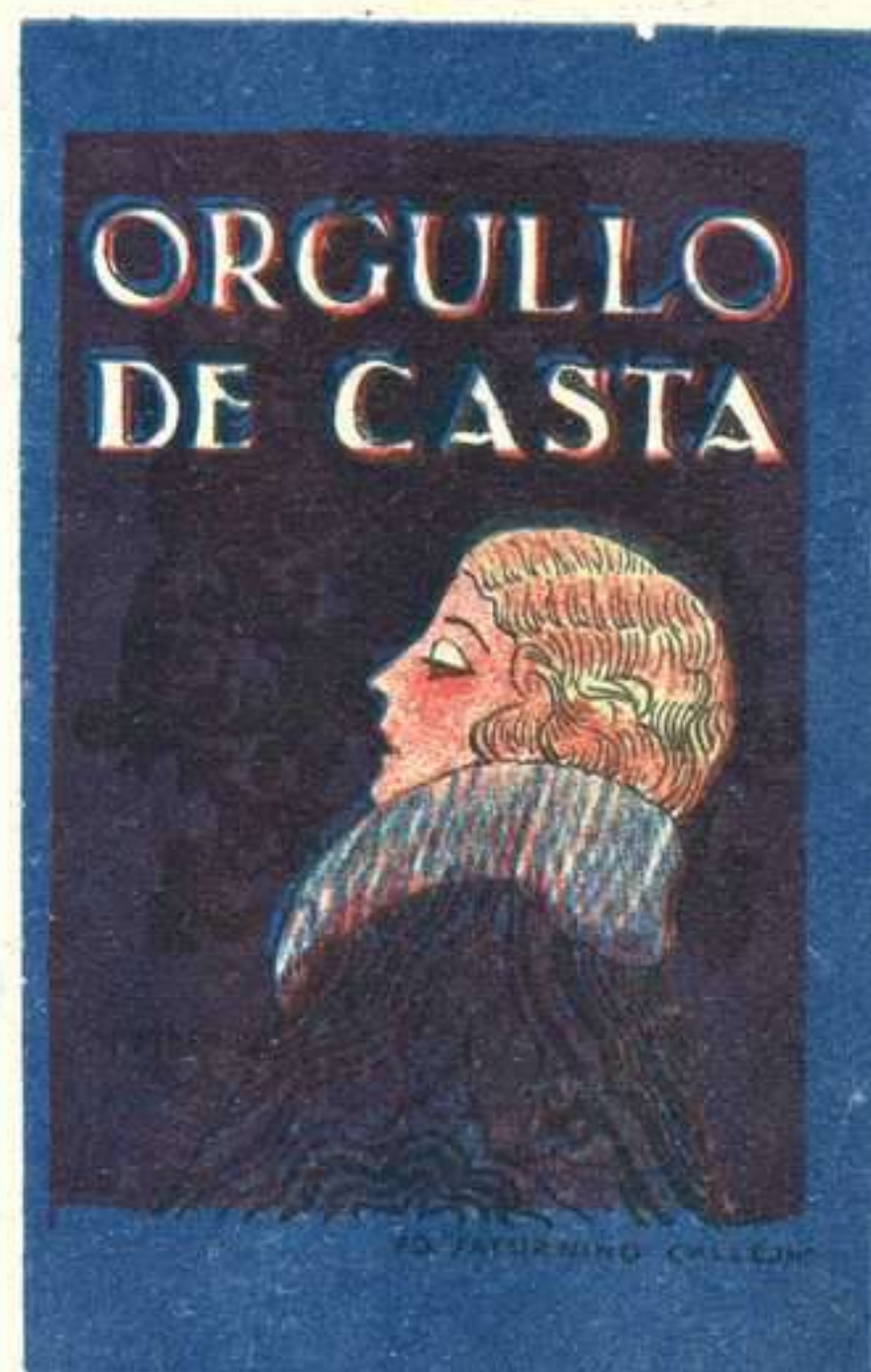
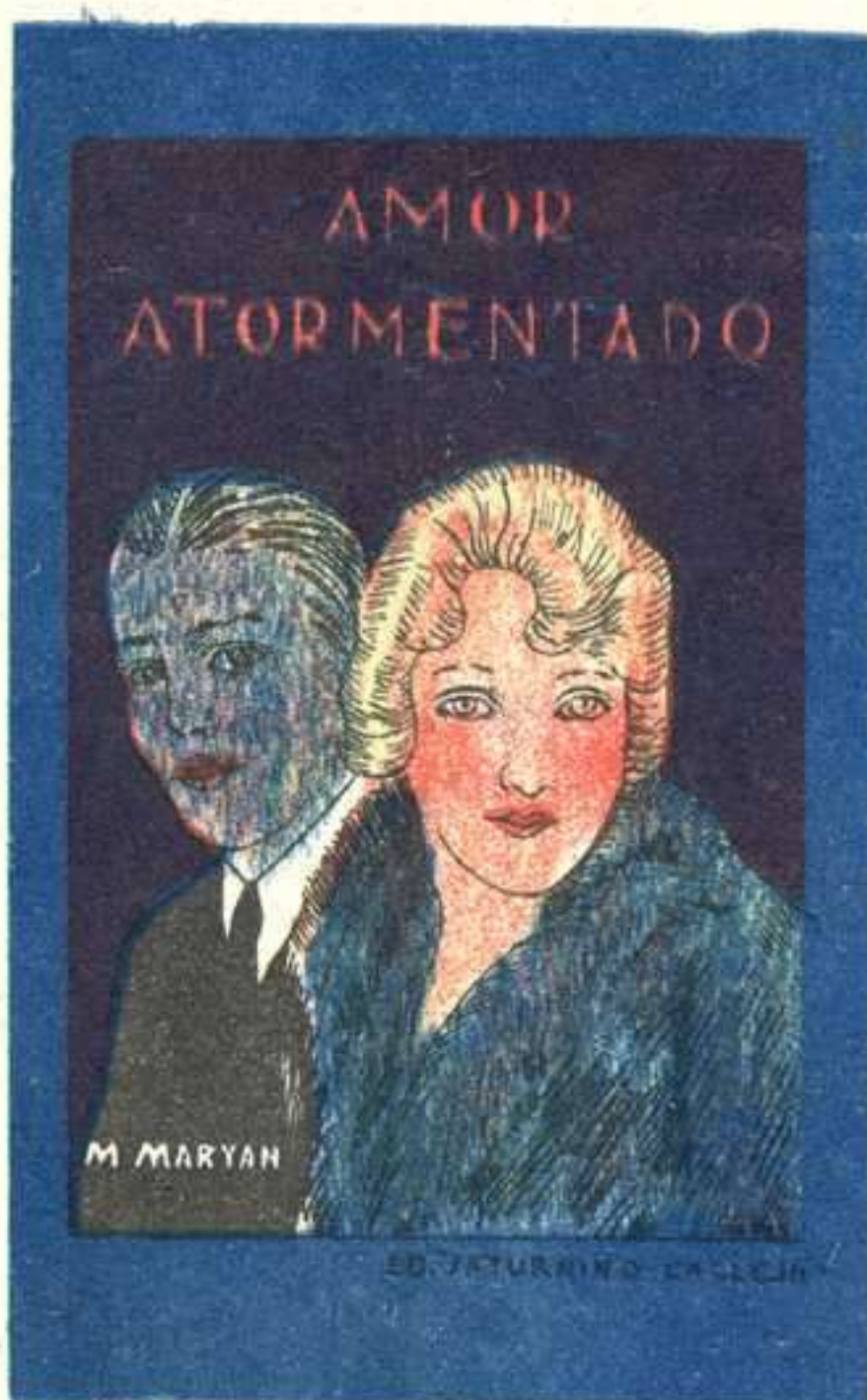


BIBLIOTECA

# A U R E A

COLECCIÓN LITERARIA DE LA FAMILIA

LA MÁS SELECTA :: LA MÁS LUJOSA :: LA MÁS BARATA



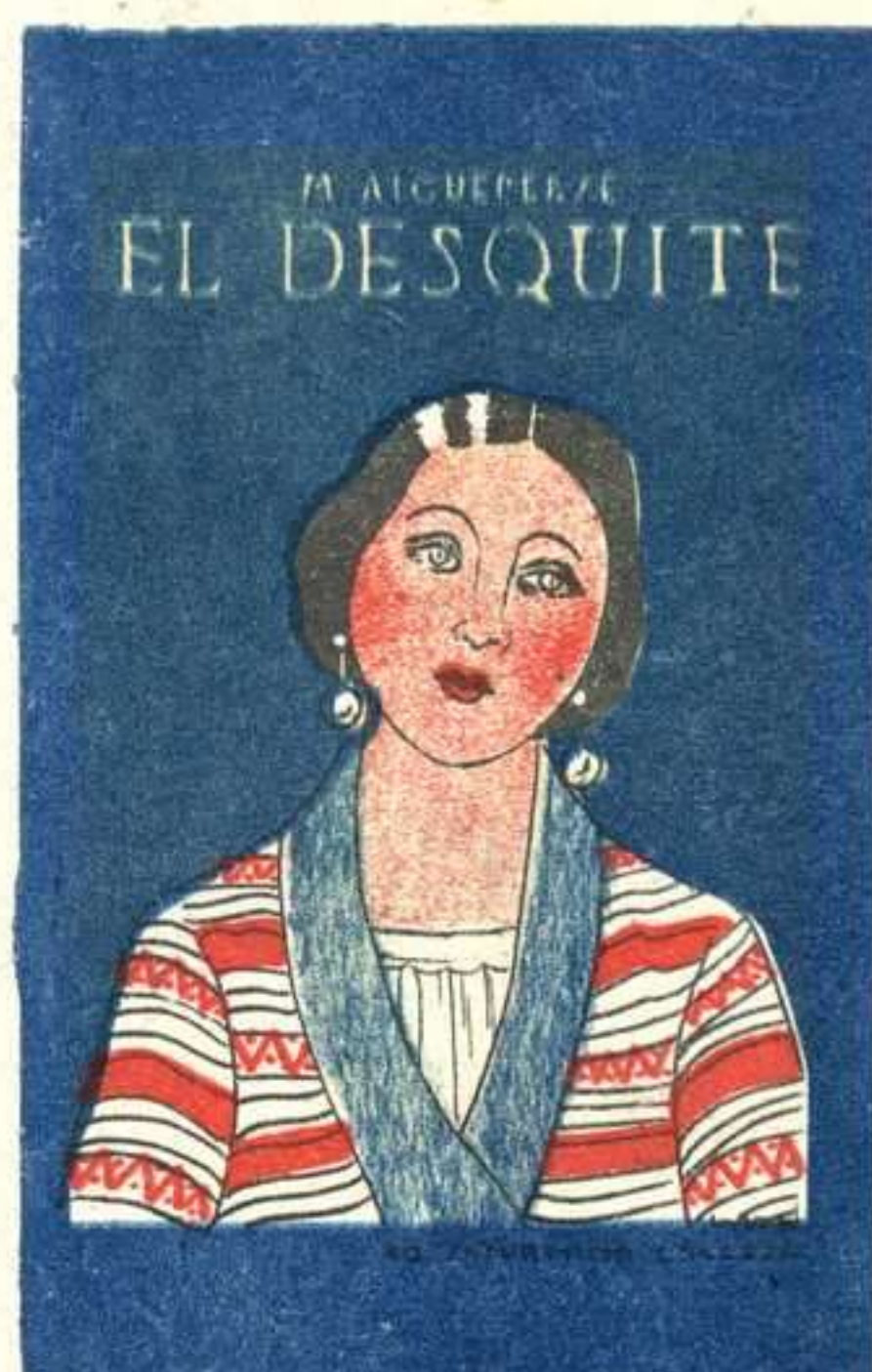
TOMOS DE 400 O MÁS PÁGINAS, CON DOBLE CUBIERTA Y UN DIBUJO A TODO COLOR DE LOS MEJORES DIBUJANTES

## TÍTULOS PUBLICADOS

M. Maryan. *Caminos de amor.*  
— *Amor atormentado.*  
— *Orgullo de casta.*

M. Thiery. *La flor venenosa.*  
J. de Coulomb. *La cruz luminosa.*  
M. Aigueperse. *El desquite.*

CADA TOMO  
3,50 pesetas.



EN P R E N S A  
NUEVA EDICIÓN DE

J. de Coulomb. *Feminismo.*  
E. Marlitt. *La segunda mujer.*  
M. Aigueperse. *Las fases de una vida.*  
M. Maryan. *La novela de una heredera.*

V. Monniot. *Rafaela de Merans.*  
— *El diario de Margarita.*  
— *Margarita a los veinte años.*

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A., Apartado 447.—MADRID